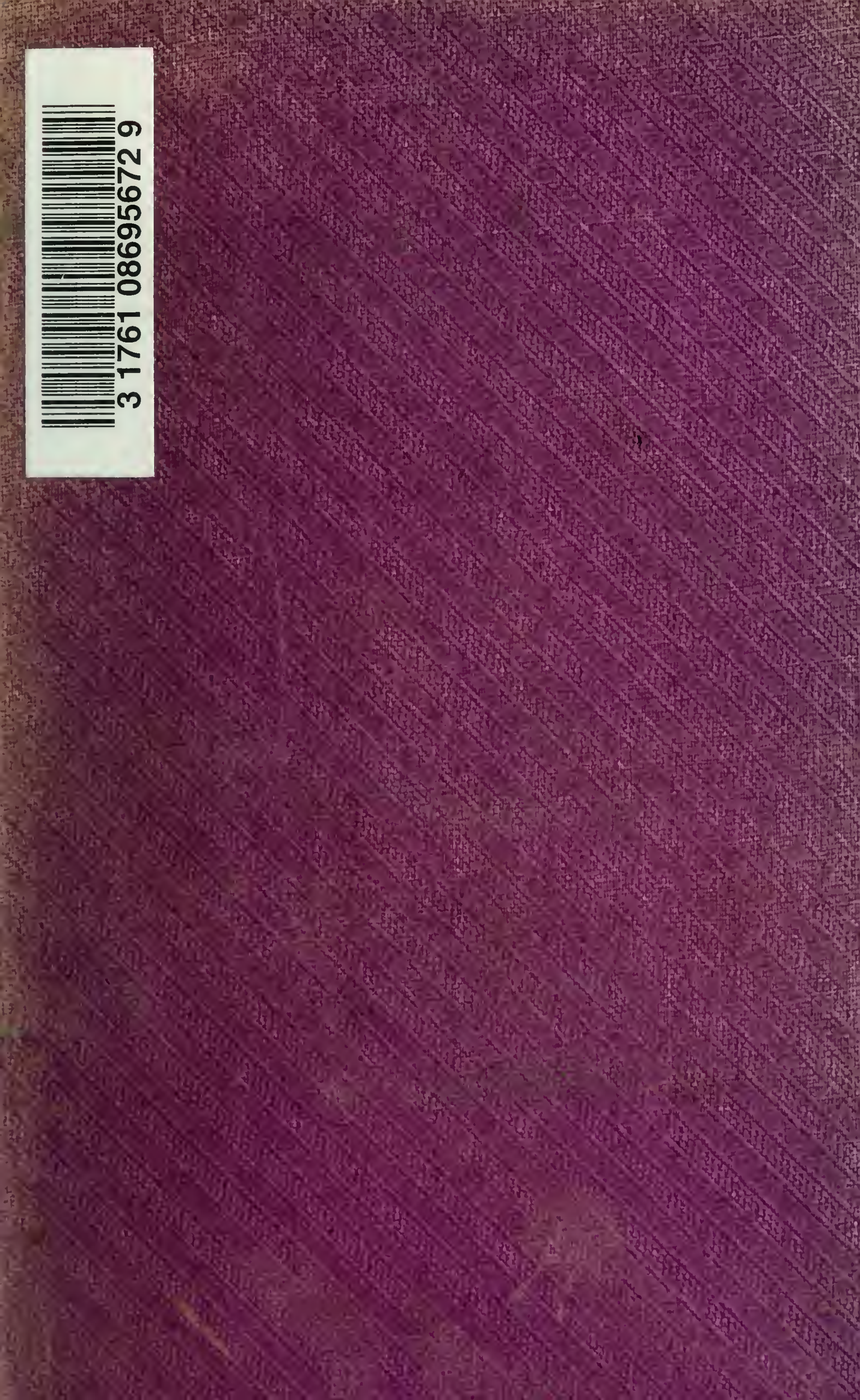

3 1761 08695672 9

HISTORIA DE UN CORAZON.

HISTORIA

DE

UN CORAZON

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR.
Calle del Cármen, núm. 13.
1874.

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA).
Calle del Duque de Osuna, núm. 3.

CAPITULO PRIMERO.

CONVERSACIONES LITERARIAS.

El jardin que rodeaba la quinta de Jura, era uno de los más hermosos y de los más sanos de toda la Luisiana. Aunque no distaba mucho de las orillas del rio Misisipí, alzábase en esbelta colina, para evitar el doble peligro de aquellos territorios: la inundacion y las emanaciones mefíticas. Grupos de toda suerte de árboles, plantas de todos los climas, lo embellecian con la varia forma de sus ramas, de sus hojas, y lo saneaban con sus emanaciones de oxígeno y con sus esencias y aromas. Allí se cimbreaba la palmera, erguida y resonante; allí elevaba á los cielos su cúspide la deliciosa auracaria; allí

abria, entre las hojas de color metálico, sus cogollos blancos y olientes la magnolia; allí el plátano tendia su majestuosa sombra y mostraba sus áureos frutos parecidos á gigantescas espigas; allí se combinaban con las plantas de las Indias Orientales, nuestro melancólico cipres y nuestro mirto, de suerte que en algunos momentos hubierais creido hallaros en las orillas del Amazonas, entregados á la exuberante naturaleza, y á los pocos pasos en los bosque de Colonna, donde cantaban los ruiseñores de la Ática su inmortal elegía por las desgracias de Edipo. Dicen cuantos las han visto que es imposible describir el efecto de estas plantas, destacándose en el azul oscuro de los cielos, y jugueteando con los reflejos y cambiante de la excesiva luz. Ademas, habian sido dispuestas de suerte que la ley primera de la hermosura, la ley de variedad, se cumpliera en todas sus partes por los espacios de aquel jardin dilatadísimo. Al lado de un torrente, con más ó ménos artificio, habiase extendido un lago tranquilo; al

lado de colinas donde los árboles se erguian, valles hondísimos donde los prados se dilataban; al lado de una porcion de edificios á la italiana, la soledad de un bosque de América; al lado de inmortales estatuas los juguetones surtidores, presentándose siempre de esta manera bruscos, pero tambien artísticos contrastes. Allí podiais entregaros, visitando la variedad riquísima de animales y la ciencia maravillosa del cultivo, á todos los goces de la agricultura; y perdiéndoos en los bosques sombríos y espesos, á la religiosa contemplacion de la naturaleza.

Por aquellas alamedas, á la grata sombra del plátano, respirando el aire primaveral, cargado con las brisas del mar y las emanaciones del rio, departian frecuentemente Antonio y Carolina, de artes, de ciencias, de literatura, conversaciones sabrosísimas, principal y grata distraccion de su existencia. En una de estas mañanas, el aire era tan puro, el cielo tan azul, la luz tan clara, el ambiente tan delicioso, la brisa tan grata, que, á pesar de haber entrado el

dia, Carolina se encontraba sentada en un banco de mármol, con un libro en la mano, cuando se presenta el mulato que traia de la mano á Ricardo. La madre se baja á besar á su hijo y acariciarlo; el libro se le cae, Antonio lo recoge, y ve que era el *Don Cárlos* de Schiller.

— Magnífico drama, dice.

—Pero, aunque tomado de la historia, poco fiel á la verdad histórica. La edad provecta y el genio sombrío que le da á Felipe II, no son del tiempo en que se enlazó con Isabel de Valois. Entónces Felipe II era jóven, apuesto, hermoso; y su hijo, que el poeta describe como un héroe y un sabio, deforme, contrahecho, asaltado por toda suerte de malas pasiones, inquieto y tornadizo, medio loco por carácter y por nacimiento, como una gran parte de su familia; imposibilitado por sus enfermedades para cautivar un corazon como el corazon de una reina, su madrastra, enfermedades agravadas con la caida en las escaleras de su colegio de Alcalá, que acabaron por ablandar aquella perdida mo-

llera, aquella espina dorsal, y por agriar aquel perverso carácter.

—Esta es la verdad histórica, replico Antonio; y, sin embargo, la vence la verdad poética. Del D. Cárlos histórico separará la vista el mundo como la separa de un cadáver corroido por los gusanos, exhalando el hedor de la putrefaccion; y la fijará eternamente en el D. Cárlos que han encerrado Schiller y Quintana en el mármol de su arte. D. Cárlos de Austria é Isabel de Valois marchan juntos por el mundo, apoyados uno en otro, confundidas sus almas y sus alientos, como Francesca de Rimini y su amador, esculpidos en el bronce de los tercetos del Dante. Para el mundo el rey Felipe ha libado en los labios de Isabel la felicidad que el cielo reservára á su hijo. Sus archivos podrán decir toda la verdad histórica; pero los archivos no vivirán más que el buril con que inmortales escultores han grabado la imágen de D. Cárlos en la conciencia humana. El hijo, que Felipe mató, vive lleno de luz en el arte, en un templo más duradero que las

piedras del Escorial. El amor que Felipe ha gustado, será en todos los siglos un amor ilegítimo. Isabel es una flor que su mano huesosa arrancó del tallo donde la habia erguido alegre primavera, es una estrella que su aliento letal borró del cielo.

Don Cárlos tiene un proceso que nadie lee. Pero muchedumbres ébrias de entusiasmo, le ven pasar ante sus ojos como un cumplido caballero, como un amante tierno, como una esperanza malograda de la libertad y de la patria, como el defensor generoso de mil víctimas, como el Isaac sacrificado, no á la voluntad de Dios, sino á las implacables furias del infierno. Bien podrán aglomerar manuscrito sobre manuscrito, prueba sobre prueba: que no lograrán matar al D. Cárlos vivificado por la poesía. No sé qué crítica histórica ha borrado á Numa de las llanuras de Roma, y todas las generaciones siguen buscando la caverna donde resonaba la voz de su Egeria. No sé qué autor ha pretendido ver sólo una leyenda en la vida de Guillermo

Tell, semejante á otra leyenda que los dinamarqueses salvajes del siglo x contaban á sus hijos en las grutas de hielo. Y todavía, cuando bogais por el lago de los Cuatro Cantones, la figura que precede vuestra barca, la sombra que se dibuja entre las selvas, la voz que se levanta de los abismos, la vibracion que suena en las peñas, es la figura, la sombra, la voz, el eco de aquel cazador inmortal que vivirá tanto como las montañas y la libertad de Suiza. Sea cualquiera la realidad histórica, en las leyendas y en la música D. Cárlos vive, y nadie podrá secar las lágrimas que el mundo vierte en holocausto de sus desgracias. ¿Y por qué vive? Por su muerte. — Ved ahí la justicia de Dios centelleando en la historia. La tiranía es impotente. Cuando cree castigar, inmortaliza; cuando cree matar, vivifica.

—Todo cuanto dices, Antonio, es verdad y está muy bien dicho.

— Gracias. ¡Como que la leyenda ha eclipsado á la historia!

—Pero yo creo que no se debian escribir ni dramas ni novelas históricas falseando la historia.

—Una es la verdad literaria, otra es la verdad real.

—Cierto.

—Por lo mismo el poeta puede tomarse algunas libertades.....

—Mas, ¿qué necesidad tiene de ir al mundo real de la historia, cuando le queda por suyo el cielo entero de la idealidad artística?

—Creen, y creen con razon, que los personajes históricos interesan más que los personajes fantásticos.

—Yo aplaudo esto y lo comprendo; la tragedia antigua está tomada del poema épico ó de la historia. Pero la tragedia antigua no falsea los caractéres; no disfraza los personajes; no contradice la historia.

—Es verdad.

—Yo creo que hay asuntos históricos supe-

riores en animacion é interes á los asuntos de pura fantasía.

— Es verdad.

—La historia italiana se halla sembrada de este género de sucesos.

— Y la historia española tambien: los amores de D. Alonso XI, las terribles tragedias de su hijo D. Pedro el Cruel, los últimos dias de los reyes de Granada, las escenas de los Trastamaras y sus descendientes; todo eso, siendo esencialmente histórico, es tambien esencialmente poético.

— Yo recuerdo entre los episodios que recogí en mi viaje por Italia, yo recuerdo el episodio de Bianca Capello, cuya hermosura es proverbial desde hace tres siglos. He visto su retrato en Florencia, y al verlo, he comprendido el daño hecho por tan hermosos ojos.

Blanca era hija de un noble veneciano que la celaba como el noble consejo de los Diez á la aristocracia. Jamas en la sombría calle donde estaba su palacio se vió aparecer la faz de aque-

lla hermosa enterrada viva. Jamas las serenatas consagradas en su obsequio desde las negras góndolas alcanzaron que una ventana se abriera ni que se dibujára una sombra por las galerías de mármol. Un oscuro jóven florentino fué á Venecia y logró robar á Blanca. Venecia se conmovió y estuvo á punto de declarar la guerra á la ciudad que guardaba aquel tesoro. Toda la aristocracia veneciana se creyó herida en la honra de los Capellos.

Innumerables asesinos fueron enviados por do quier, como verdugos ambulantes, para castigar en los dos jóvenes su pasion con la muerte. Francisco de Médicis , Duque de Toscana, quiso conocer á la rara perseguida beldad. Un dia, paseándose por la calle Larga de Florencia, donde sabía que moraba Blanca, la vió y se enamoró de ella. En el siglo XVI la moral no andaba muy robusta por Italia. Los historiadores del tiempo dicen, con un candor casi infantil, que Francisco de Médicis, Blanca y su marido formaban (lo diré en italiano) un *triango-*

lo equilatero. El marido de Blanca era muy pendenciero, y una noche fué asesinado. La Gran Duquesa odiaba á su rival. Cierto dia que la encontró en el puente de la Trinidad, quiso arrojarla al Arno. Naturalmente no lo hizo por temor al escándalo; pero habiendo sido reprendida por su esposo, al volver al palacio Pitti murió de dolor. Francisco de Médicis y Blanca, viudos ya, se casaron álos tres meses. Faltábale un heredero para completar su ventura. No lo obtuvo Blanca de la naturaleza, y lo buscó en la intriga. El hermano de Francisco, heredero eventual del trono á falta de heredero directo, celaba ála Duquesa. El dia del parto se constituyó en su habitacion con un breviario en la mano. Rogóle Blanca, por medio de un gentil-hombre, que se marchára. «Haga su oficio la Duquesa; que yo hago el mio.» En esto Blanca empezó á dar gritos y muestras de dolores terribles. El médico vino. El príncipe heredero salió á su encuentro y le abrazó fuertemente. Al abrazo, el niño que traia el médico bajo el ropon co-

menzó á llorar. «He aquí, exclamó el Príncipe, hé aquí el hijo que traian á mi hermano.» Blanca no perdonó nunca aquella afrenta. Un dia que su cuñado debia ir á comer con ella, le aderezó su plato favorito con veneno. El Príncipe no quiso comer de aquel plato. «Pues si tú no quieres, yo me lo comeré», dijo el Gran Duque, y se sirvió la mitad del plato. Blanca comprendió que todo acababa para ella en el mundo, y se sirvió la otra mitad. Los dos murieron el diez y nueve de Octubre de mil quinientos ochenta y siete.

—Pues un suceso, en algunos puntos parecido, cuentan las sesiones de los tribunales de Lóndres, dijo Antonio. Un comerciante de Manchester vió con dolor que su sobrina única se casára con un pintor, y la desheredó. La jóven pidió perdon, y el tio lo negó. Perdon al ménos para un inocente que llevaba en sus entrañas, y el tio se enterneció. A los tres meses moria el comerciante, dejando todas sus riquezas al futuro hijo de sus sobrinos. Fuéronse éstos de viaje. Los

ingleses celebran las bodas y lloran las muertes viajando. Dieron un paseo por el lago de Ginebra y naufragó el vapor en que iban. Diez personas se ahogaron y entre ellas la mujer del pintor. Éste perdió de un golpe mujer y fortuna. Una diabólica idea le vino en mientes. Fuése á ver á una gitana y le rogó que fingiera ser su mujer. En seguida la instruyó para que fingiese un parto. Compraron por doscientas libras esterlinas á un gitano un hijo, que debia parir por aquellos dias su mujer. La trama se urdió tan admirablemente, que el médico se engañó. El niño fué declarado hijo de Eduardo y María, sobrinos del comerciante de Manchester. La herencia llegó á sus manos. Pero á los pocos dias, el gitano pidió á los tribunales su hijo, diciendo que el supuesto matrimonio no lo necesitaba, puesto que habia obtenido su objeto. Y gitana y pintor gimen hoy en la cárcel.

— Hé ahí, dijo Carolina, cómo el mundo real, el mundo de los tribunales, ofrece los mismos ejemplos, sirve de teatro á las mismas tragedias

que el mundo de la historia. Por eso no hay necesidad de profanar los cadáveres reales para encontrar eternas tragedias vivientes. Ofrécelas á todas horas y en todas partes la imaginacion El dolor es el eterno protagonista del arte y de la historia. Las lágrimas tienen dentro de sí, esas lágrimas, que toman, al caer, la forma esférica, como los mundos en el espacio, tienen dentro de sí una esencia inmortal de poesía. Con tal que una obra de arte sea bella, me da lo mismo que sea real ó que sea fingida su idea.

— Ciertamente, ciertamente. Diferencia grande hay de las tristes historias reales que hemos contado, á la hermosa balada de aquel gran poeta del Norte, que decia:—La madre está á la ventana, y en el duro lecho el hijo.—¿No quieres levantarte, le decia, para ver la procesion? —Estoy enfermo, madre mia, muy enfermo. Pienso en mi novia que se ha muerto, y este pensamiento me desgarra el corazon.—Levántate, é irémos al santuario, y la Madre de Dios curará tu corazon dolorido.

Los estandartes flotan al viento, los cánticos sagrados resuenan por do quier, y á orillas del Rhin, en la santa Colonia, pasa la procesion. La madre y el hijo la siguen cantando en coro: Gloria á tí, María.

La Vírgen lleva su más espléndido manto. Los enfermos llegan en tropel á sus plantas. Unos le presentan piés, otros ojos, otros manos de cera. El que presenta, si está cojo, un pié, anda. El que presenta, si está ciego, sus ojos, ve. Muchos van saltando delante de la milagrosa imágen, cuando ántes no podian ni moverse en su lecho. Otros van tocando el violin armonioso en la orquesta, cuando ántes no podian ni siquiera mover un dedo. La madre tomó un cirio bendito, derritió la cera, formó un corazon, y dijo al dolorido mozo: lleva esta ofrenda á la Madre de Dios, y te curará. El mozo tomó suspirando el corazon, lo llevó delante de la imágen; torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos y estas palabras de su corazon: «Gloriosísima María, sierva inmaculada y Madre de Dios, Rei-

na del cielo, oye mi queja. Yo vivia con mi madre en Colonia, la ciudad de las cien iglesias. Y cerca de nuestra casa vivia Margarita, que acaba de morir últimamente. María, te traigo un corazon de cera; cúrame la herida de mi corazon. Cúrame, sí, mi corazon dolorido, y yo cantaré tarde y mañana: Gloria á tí, María.

El hijo dormia y le velaba su madre. La divina María, la Madre de Dios, entró, apoyó ligeramente su mano sobre el corazon, sonrió dulcemente y desapareció. La madre del pobre mozo dormia cabeceando sobre su silla. Y en sueños le vió todo. Salió de su soñolencia, y los perros comenzaban á aullar. Su hijo estaba allí, frio, inmóvil, muerto, sobre el jergon. El sonrosado crepúsculo de la mañana se dibujaba sobre sus pálidas mejillas. La madre juntó las manos, cayó de rodillas, y murmuró: Gloria á tí, María.

Antonio, enfermo del corazon, recitó con tal uncion, con tal verdad, esta preciosa balada, que Carolina, enferma del corazon tambien, se llevó

la mano involuntariamente al pecho, y uno y otro se miraron, y uno y otro se comprendieron quizá, aunque nada se habian dicho al traves del espeso velo de sus lágrimas. Carolina quiso distraer el pensamiento de aquella emocion, y volviéndose hácia su esclavo, le dijo:

—¿Te gusta la literatura alemana?

—Más que ninguna otra, le contestó Antonio.

—Pues tiene, dijo Carolina, la literatura francesa, como el pueblo frances, un carácter de universalidad que la lleva á empaparse en el espíritu de las demas literaturas. Si ha ejercido un grande influjo sobre los diversos pueblos, en cambio sobre ella han ejercido influjo igual los diversos pueblos. Durante el siglo XVI, Italia; durante el siglo XVII, España; durante el siglo XVIII, Inglaterra; durante el siglo XIX, Alemania, han dominado imperiosamente en el espíritu literario de Francia. Pero no vayamos á caer en el antiguo acreditado error de presentar estas influencias de unos pueblos sobre otros co-

mo títulos nobiliarios, ni aspiraciones á buscar los heráldicos blasones de la antigüedad para la literatura, como si el espíritu humano fuera algun orgulloso hidalgo; el espíritu humano, que es como el sol luminoso, y como el sol universal. Las ideas se comunican, se cambian, se metamorfosean en esta grande química de la civilizacion, sin que muchas veces podamos conocer su orígen. —¿Quién sabe de qué ola ha venido el vapor para henchir la nube que luégo calma la sed de la tierra?—¿Quién sabe de dónde ha nacido la electricidad que luégo truena en los cielos y abrasa los aires?—Las grandes inspiraciones van, como las semillas de ciertas misteriosas plantas, en las alas del viento. Dejemos en la esfera de la conciencia ese sistema de importacion y de exportacion que va siendo ya viejo hasta para el comercio. Hermanos en un mismo espíritu, hijos de un mismo padre, destinados á un mismo fin, produccion y consumo, todos para todos, la hacienda espiritual de todos es la santa é igualitaria comunion de las ideas. Nada

importa que Cervántes fuera español. Lo que importa es que su histérica sublime carcajada derribára á un tiempo en todas partes los ídolos de la Edad Media. Nada importa que Rafael fuera italiano. Lo que importa es que su pincel haya trazado en la conciencia humana el ideal de la forma perfecta. Nada importa que Descártes fuera frances. Lo que importa es que haya sentado la ciencia en el espíritu humano, en la base inquebrantable, eterna, que nadie puede remover, de la interior evidencia. Todos somos habitantes de la tierra, hijos de la humanidad padres de los siglos futuros.

Pero es indudable, añadió Antonio, que en todo genio hay tres caractéres: el general humano, el particular nacional, y el particularísimo individual. Todo genio pertenece por lo que tiene de más universal, á la humanidad; por lo que tiene de más general, á la nacion en que ha nacido; y por lo que tiene de más individual, á sí mismo. Por eso no me extraña que todos cuantos han estudiado la estética hayan concluido ó

en algunos momentos hayan pensado que la estética era la ciencia universal. En ninguna se ve tan clara la ecuacion de lo sujetivo y de lo objetivo. En ninguna se compenetran en tan completa armonía la naturaleza y el espíritu. Ninguna, en fin, abraza los mundos existentes con tan completa universalidad. Es una ciencia que empieza, y, sin embargo, es ya una ciencia epílogo, una ciencia universal.

—Abismos insondables los abismos del genio, dijo Carolina; quizá entre los hombres no hay ninguno que merezca tanto ese dictado como Shakespeare. Por lo extraordinario, por lo maravillosísimo, por lo misterioso, hasta por lo desigual, presenta el poeta inglés todos los caractéres de esos espíritus; mundos errantes, cuya órbita es incalculable. De aquí nacen los caractéres diversos y á veces contradictorios con que Shakespeare se ha presentado á las diversas épocas de la historia. Arrojadlo en medio de aquel mundo del siglo último, uniforme, organizado tan cuidadosamente, cuya sociedad su-

jeta á leyes de una etiqueta interminable, cuya literatura sujeta á códigos académicos de un rigor inflexible, se asemejan á los ordenados, pálidos y majestuosos jardines de Versalles; arrojadlo allí y parecerá un monstruo, un titan bárbaro, deforme, el feo Cíclope que persigue á Galatea.

—Es verdad, dijo Antonio, pero ponedlo en medio de esta sociedad agitada que nosotros habitamos. El viento de la revolucion ha pasado sobre ella suscitando un contínuo oleaje. Las armonías del derecho y de la autoridad se han roto. Los antiguos códigos políticos y los antiguos códigos literarios se han perdido. En todas partes ruinas calcinadas por el incendio ó enrojecidas por la sangre. El rumor del combate se mezcla con el rumor de la tempestad. Entre tantas catástrofes un genio original, profundo, que despide á un tiempo la luz, la lava y el calor fecundante de un volcan, debe brillar como la columna de fuego á los ojos de los hijos de Israel, errantes en pos de la tierra prometida

á su esperanza. La ausencia de progenitores engrandece á Shakespeare en una sociedad eminentemente igualitaria. El menosprecio de toda ley le diviniza en una sociedad que ha roto con todas sus antiguas leyes. Su profundo conocimiento del hombre le alza sobre todos los poetas á los ojos de una sociedad absorta en sondear los abismos del espíritu humano. Ese hijo del siglo XVI parece de nuestra misma edad, segun ha expresado los dolores de un siglo desgarrado en sus creencias por la duda, y desgarrado en sus acciones y en sus obras por la incertidumbre.

—Lo más grande que tiene Shakespeare, dijo Carolina, es su carácter. Homero es el poeta heróico, Virgilio el poeta natural, Dante el poeta divino, Calderon el poeta teológico, Shakespeare es el poeta humano. Con tal de representar la humanidad impórtale poco recoger en las alas de su genio las inmundicias y los errores y los crímenes. Los celos, las venganzas, los incestos, las ambiciones, las concupiscencias to-

das y todas las gulas entran en sus dramas, como en la sociedad, al lado de la virtud, del sacrificio, de la abnegacion, del amor casto, de la fe, de la idealidad, de la esperanza, formando un mundo que toca por su base en el infierno, y por su cúspide en el cielo del espíritu. Su lenguaje es lo mismo, exactamente lo mismo que su espíritu; su lenguaje tiene todos los tonos, todas las melodías, todas las discordancias, todos los vagidos, todos los gritos, todos los aullidos, todos los rumores, todas las tempestades, todas las músicas. Si pudiéramos tener un oido gigante que aplicar á la tierra, y pudiéramos recoger los rumores que de la tierra se levantan, los compases del baile al lado de los gemidos del entierro, la cancion del amor junto al estridente grillo del presidiario, acaso tendriamos el lenguaje de Shakespeare, la estridente sinfonía de sus diálogos.

—Cervántes y Shakespeare, si no murieron en un dia, murieron con pocos dias de diferencia. Se puede decir que en aquel momento supremo uno

y otro habian terminado sus respectivas obras, decia Antonio : Cervántes debia señalar el tránsito de la desordenada sociedad feudal á la ordenada sociedad moderna. Él debia señalar que era imposible la reaparicion de aquel individualismo, aislado, bizarro, nacido al pié de los castillos, que se burlaba igualmente de las costumbres y de las leyes, y que ponia su ideal como la luz única y como la estrella única de la vida sobre todas las cosas, desafiando é hiriendo al que no reconociese su para él incontestable superioridad. Shakespeare tiene un carácter más afirmativo, representa el advenimiento de la idea filosófica al arte. Las guerras de religion se sostienen todavía en su tiempo, y acaso alcanzan el mayor apogeo con fuerzas como la armada invencible, pero los motivos de las guerras de religion son ya motivos políticos. La reforma, queriendo exaltar la fe más áun que el catolicismo, ha matado la fe. El criterio individual sustituye, con especialidad en los pueblos protestantes, á los dogmas universales

en que se confundian las muchedumbres. La duda, la indagacion impuesta con todos sus torcedores y todos sus tormentos, comienzan el análisis del espíritu humano, que es como el análisis del cuerpo humano, como la ciencia anatómica, una terrible operacion de cirujía. Bacon tomará la conciencia, el conocimiento, y querrá señalarle sus límites, bañado por la luz en las altas cimas de la filosofía. Pero Shakespeare tomará el corazon chorreando sangre y lo analizará vivo y palpitante. Pocos hombres han sido capaces de esos dichos terribles, que caen como hiel de su pluma. Muchos de esos dichos son toda una revelacion psicológica. Sorprenden el alma en uno de sus misterios. Al oirle laten las sienes como si las hiriera un rayo. Por ejemplo, Lady Macbeth sale lavándose las manos, atenaceada por sus remordimientos, y dice en voz baja y apagada como si no quisiera ser oida ni de sí misma : « Parece imposible que el cuerpo de aquel viejo tuviera tanta sangre. » Las Euménides del teatro antiguo jamas llegarán á

producir el escalofrío trágico que producen esas terribles palabras.

—Entre sus dramas, observó Carolina, ninguno tan extraño como el *Hamlet*. Yo lo vi en París cuando yo viajaba, ántes de casarme, con mi familia por Europa. Imposible parecia que en la ciudad de los grandes actores se representára tan detestablemente el magnífico drama. Sucedia esto, porque el arte olvidaba en Francia todo ideal. Los autores representan bien las farsas, cuyo objeto es provocar la risa; las fáciles comedias de costumbres, las zarzuelas mal olientes al sentido moral; pero desde el punto en que se encuentran frente á frente de uno de esos dramas grandiosos, donde se desentrañan los secretos de la vida humana, sus fuerzas desfallecen, y merced á este desfallecimiento, el drama se convierte en parodia. Agréguese á esto la infeliz idea de entregar el papel de protagonista á una mujer. La sombría verdad del drama desaparece. La terrible tempestad de las pasiones viriles se convierte en una tempestad de teatro.

El trueno de la duda se amortigua en una voz de tiple. La inverosimilitud más engañosa asesina toda ilusion artística. Y en los instantes más solemnes responde á los varoniles acentos de la inteligencia en erupcion, el gallo de un falsete. Imagínate una tiple cantando el papel de Guillermo Tell, y áun no tendrás idea de lo desagradable, por no decir de lo repugnante, que es ver á una mujer desempeñando el papel de Hamlet. Y cuenta que no se podia dudar del gran talento artístico de la actriz. Pero, por grande que el talento sea, no debe nunca apartarse, salir de las leyes naturales en que Dios lo ha engarzado. Violando las leyes naturales se cae en lo monstruoso, en lo extraño, en lo repugnante, en lo ridículo. Imagínate un gastador con su gran barba representando el tierno papel de Julietta. La magnífica escena del balcon, las invocaciones á las sombras, el temor á la luz, la duda de si el canto que se oye es el canto del ruiseñor, el poeta de la noche ó el canto de la alondra, la profetisa del dia, toda esta balada de amor, todo

este coloquio de los dos amantes provocará la risa, porque será, no sólo ridículo, sino tambien grotesco. El talento de la actriz, cuyo nombre ni recuerdo ni quiero recordar, no pudo vencer este obstáculo. Hamlet así llega á convertirse en un sér repugnante. No hablo de los demas actores. Lo mejor es olvidarlos. Ninguno comprendió su papel, absolutamente ninguno. Solamente la actriz que representaba el papel de la Reina, de la madre de Hamlet, tuvo algunos relámpagos de verdadera inspiracion.

—Pero ¡qué drama! ¿No es verdad?—dijo Antonio. Bien pudieran representarlo en un desvan los más detestables actores del mundo, que siempre resultaria sublime. Su mérito no está en el desarrollo de la accion, en el nudo del argumento; su mérito está en la idea. Shakespeare no tiene la milagrosa inventiva de Lope para producir un argumento, ni el arte de Calderon para enredarlo; pero nadie, ni en el teatro antiguo ni en el teatro moderno, le ha ganado en el secreto de revelar y desarrollar un carácter

Ninguno de los creados por este potente genio, tan oscuro, tan indescifrable como el carácter de Hamlet. Este jóven es el metafísico desgarrado por las crueles batallas del pensamiento, que miéntras llama á las sombras é interroga la boca abierta de los sepulcros y se golpea la frente, para sacar una centella de verdad á la conciencia, olvida la accion, perdiéndose en la incertidumbre. La duda es toda la metafísica de Hamlet, la vacilacion es toda su vida. Profundo conocimiento, en verdad, de todo el vário tejido del destino humano. Á la duda en la inteligencia ha de seguir por necesidad la vacilacion en la vida. Y sin embargo, Hamlet va á ejercer el ministerio que más necesita apoyarse en verdades claras y absolutas, el ministerio de representante de la suprema justicia, para vengar la muerte de un hombre y castigar la usurpacion de un trono. Su padre ha perecido á manos de su mismo hermano. Este infame, no contento con el repudio y el fratricidio, comete el incesto de casarse con la viuda de su víctima. Hé aquí

la situacion terrible de Hamlet. Su padre, su rey, ha muerto asesinado. La corona, que le pertenece de derecho, descansa en las sienes del fratricida. La madre, á quien ama con delirio, comparte el lecho del asesino de su marido, y comparte la corona del usurpador de la autoridad de su hijo. Nada más claro para provocar un gran juicio y merecer un gran castigo. Pero el alma de Hamlet es un cáos. Las ideas batallan como en un aquelarre de brujas, dentro de su desorganizado cerebro. Se necesita que bajo el sombrío cielo de Dinamarca, por las almenas de las fortalezas, á las orillas de esos mares del Norte generadores de las nieblas, anduviera errante la sombra misma de su padre, con su armadura de guerrero, con su blanco cetro de rey. Hasta tal momento Hamlet se deshace en imprecaciones, pide al cielo la muerte, habla del suicidio, desea que su carne se eleve en vapor ó se caiga en rocío, por no ver en brazos de otro hombre aquella mujer á quien su padre queria tanto, que se alarmaba hasta de que la brisa del

mar tocase su rostro. «¡Oh fragilidad! Tienes nombre de mujer.» Pero en la explanada del castillo, á media noche, miéntras los reyes de Dinamarca danzan y cantan, los pálidos rayos de la luna se reflejan en la armadura de la sombra del rey difunto, que pide á su hijo venganza. Parece que desde el momento en que tal alucinacion le ha convencido del crímen de su padrastro y del propio ministerio de juez, no habria lugar á vacilaciones nuevas en los propósitos de Hamlet. Pero dejaria de ser Shakespeare, como es, un gran filósofo, si no sostuviera este carácter vacilante hasta el fin. La sombra ha podido decidirle, y en efecto, lo ha decidido. Pero la sombra no ha podido arrancarle su carácter, el tentar más pruebas, el escoger más largos caminos y el atropellar en estas vacilaciones muchos inocentes, y herirse á sí mismo en los obstáculos que él mismo se suscita. Su locura fingida es la nube en que se envuelve para huir su propia responsabilidad, como si fuera posible engañar la conciencia. Así apela

á unos cómicos, para que, representando en presencia de los reyes alguna escena semejante á la acaecida en la muerte de su padre, obliguen á su tio á revelar el remordimiento. Un cómico, un pobre cómico lamentando los males de la triste Hecuba, será más juez supremo que él, Hamlet, débil, vacilante, con la cabeza caida sobre el pecho, los brazos desmayados, sin atreverse á la accion, á pesar de oir en el espíritu la voz de su conciencia y en los aires la voz de su padre. Así es que en vez de asentar su planta sobre la realidad de la vida, lucha con los sueños de la muerte. Ser ó no ser: hé aquí todo el problema humano y todo el problema divino. Morir es dormir. Pero durmiendo se sueña. Y no podemos saber cuáles serán los ensueños de la muerte. No podemos saber qué elemento agitará la vida cuando sobre la frente pálida y fria no se agite el torbellino del pensamiento. Ese mundo de allende la tumba no ha enviado ninguno de los suyos á darnos de él noticia. ¿Y no lo buscamos cuando con el pequeño filo de una

hoja de acero bien templada podemos abrirnos de par en par sus puertas? La muerte es noche. Y delante de esta noche se hiela el espíritu, y prefiere los males que le atormentan aquí á los males futuros de la tumba. Es casi imposible seguir el remolino de ideas sombrías y dispares y contradictorias en que Hamlet se pierde. Pero en esta incertidumbre hiere todo cuanto le sale al paso, todo, ménos el que debiera ser objeto principal de su castigo; hiere á Polonio, y al herir á Polonio mata á su hija, á la única mujer que ha amado en el mundo, á Ofelia.

—Hay quien dice, añadió Carolina, que Ofelia es un sér sin nervios ni sangre. Y sin embargo, yo no conozco un sér más real que esa pobre niña blanca, blonda, enamorada de aquel loco, herida brutalmente en el corazon por sus desprecios y por sus crímenes; que pierde la razon y en su delirio muestra los tesoros de sentimientos profundos y de sueños voluptuosos que guardaba en su alma de vírgen; con la balada por toda queja, el canto por todo desaho-

go, las flores por todo adorno, cayendo desde las ramas de un sauce, el árbol de los sepulcros, sobre el rio, para desaparecer en la eternidad, como una de esas ninfas de la antigua Germania, hijas de las nieblas que vuelan en las ondulaciones del aire y van sembrando blanca nieve en su camino como para hermosear y purificar á la tierra.

—Pero el acto por excelencia del Hamlet, dijo Antonio, es el acto del cementerio. Esta torva elegía del espíritu humano en delirio tiene allí su verdadero teatro. Entre las tumbas, entre los huesos, entre las calaveras, entre la tierra removida y húmeda que parece empapada en el pus de la corrupcion, marcha fácilmente, como en su esfera, esa sombra engendrada por la fiebre que se llama Hamlet, vision del dolor, vision terrible, la cual llena todo el apocalípsis de la duda. El diálogo de los sepultureros pasará siempre por un modelo de gracia siniestra y de extravagancia sublime. Hoffman, Juan Pablo Rictter, Eduardo Poe, encuentran aquí la

noble progenitura de sus obras. Todo es fantástico y todo es real. Las oposiciones entre el mundo de las ideas y el mundo de los hechos se acaban en la vasta mente de este genio singular que os lleva al espectáculo de la vida ó de la muerte, de la luz ó de las sombras, segun los caprichos de su voladora fantasía. Sí. La habitacion que dura más no es un palacio, aunque se fabrique de granito, en fundamento de pedernales. El palacio se pudre en las olas del tiempo como la frágil nave en las olas del mar. La habitacion más duradera, la habitacion eterna, es la sepultura. Cuando Hamlet aparece, el sepulturero, que saca tierra mezclada con huesos y con calaveras, está cantando una cancion de amor. Yo no conozco nada más siniestro que esta escena, yo no conozco un contraste más artístico. A cada estrofa la piqueta suena en el hueco de la tumba. Los huesos salen mezclados con la tierra, y el sepulturero los aparta con el pié. Esos huesos han tenido médula, y por esa médula ha pasado el amor, la idea, la inspira-

cion, el sentimiento religioso, la fe, la esperanza, todo lo que nosotros creemos con razon eterno, inmortal. Y los huesos que han sostenido la combustion de la vida, la luz del pensamiento, el fuego del amor, suenan ahora huecos, están ahora frios, y tal vez servirán para hacer fichas ó para hacer botones. Detras de toda mejilla rosada está un esqueleto. En las transformaciones sucesivas de las sustancias los átomos de esos grandes hombres que han tenido suspensa de su palabra y de su pluma la tierra, caen sobre el suelo, forman el húmedo barro, y luégo de un cráneo que ha irradiado ideas eternas, hace un vaso el alfarero, y de unos brazos que han sostenido el mundo, una paletada de yeso el albañil, una paletada de yeso que apénas basta á sostener un ladrillo. Job, el gran profeta de la muerte, no ha podido jamas tener acentos más terribles.

—Un drama así, decia Carolina, no puede concluir sino donde ha comenzado, en la muerte. Hamlet encuentra por fin la decision supre-

ma en el fondo de su incierto carácter; hiere, mata á su padrastro. Pero necesita ver su amigo Laertes muerto por el florete envenenado que el rey guardaba para él; necesita ver su madre espirante por la bebida envenenada que el rey guardaba para él. En este momento sólo se decide á hacer justicia. Y como siempre, su accion es un vértigo. Luégo muere. Yo tengo tal entusiasmo por esta tragedia, que pensé en traducirla y darla á la escena de mi patria.

—¿Por qué no lo hicisteis, siendo como es de mala fe completa, la traduccion de Moratin?

—No lo hice, porque entre nosotros todavía parece, si no ridículo, extraño que una mujer se consagre á los trabajos de la inteligencia ó del arte.

—Hay muchos que creen á la mujer de una extrema inferioridad intelectual respecto al hombre, y que por lo mismo quisieran reducirla al costurero, á la cocina. Sin embargo, la mujer ejerce el ministerio más intelectual de la sociedad, aquel que deposita los primeros gér-

menes morales de que resultarán más tarde las acciones y las obras de toda la vida; la mujer ejerce un ministerio que tiene algo de sacerdocio, de profecía, de medicina, de arte, el santo ministerio de la maternidad.

—Es verdad, dijo Carolina; desde el momento en que la mujer es madre, aprende por la revelacion del amor ideas y ciencias que ántes ignoraba. Inclinada sobre la cuna, suspensa de unos labios, mirándose siempre en unos ojuelos, oyendo los latidos de un corazon, sabe que su vida es una cadena interminable de vidas, y se reduce á cuidar á sus hijos, despreciando todo lo que ántes la halagára, como la nerviosa é inquieta ave á cuyas alas era estrecho el firmamento, las pliega inmóvil sobre el pequeño nido en que reposan sus polluelos. La madre sabe por instinto la química de los alimentos más saludables á su hijo, la higiene de los preservativos para conservar su frágil salud, el arte de las canciones que han de halagar su oido, la teología necesaria para abrir en su corazon el amor

á Dios, la elocuencia para persuadir con mágico encanto la naciente voluntad al bien, la moral para perfumar desde el borde mismo de la cuna con los aromas de la virtud, la vida entera; el conocimiento profundo de la sociedad para saber dónde están los escollos, dónde los abismos, dónde los horrores del vicio: revelaciones divinas del amor. Con razon ha dicho el más grande entre todos los poetas españoles: si el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo.

—Pero el instinto maternal, con ser divino, añadió Antonio, no basta. Así como Dios nos ha dado la voluntad para que seamos artífices de nuestra vida, nos ha dado la conciencia para que nos iluminemos en esta obra de arte. Y la conciencia se aumenta con la reflexion. Y la reflexion se aumenta con los datos procurados por la ciencia. El hombre no pasa de un salto del principio á la madurez de la vida; pasa por grados. La ciencia tiene tambien sus grados, su serie, su ley de desarrollo. Es prime-

ro sentimiento, despues nocion, por último idea. Y los horizontes del sentimiento no tienen una llave más mágica que el amor de una madre.

—Nada se perderia, observó Carolina, en que una madre aprovechase las ocasiones más frecuentes de la vida para enseñar á sus hijos, á fragmentos, los secretos más necesarios de la ciencia. Cuando los tiene en torno de la mesa y levanta la tapadera, por ejemplo, de la sopera, y en ella ve burbujitas de agua, podria decirles que de esta misma suerte se forman en la inmensidad de la atmósfera las nubes. Cuando saliera al campo haríales notar que en el campo se respira mejor, porque las plantas despiden el principio vital que hay en el aire, el oxígeno. Cuando encendieran una luz podria enseñarles qué gas tiene el poder de alimentar la combustion; y cuando empañáran con el aliento un cristal, qué gas despiden nuestros pulmones, y cómo ese gas, que para nosotros sería la muerte, para las plantas es la vida, que lo recogen y lo

trasforman, al beso de la luz, en vital incienso de oxígeno. Al volver del paseo en esas tardes de primavera, cuando las sombras bajan y las estrellas aparecen brillantes en el cielo, podria enseñarles los planetas, sus dimensiones, la duracion de sus dias y de sus noches, los satélites que los acompañan, la posicion que ocupan en la inmensidad del espacio; todas esas maravillas, que si en las tablas de Newthon y de Laplace son los cálculos sublimes de lo infinito, en los labios de una mujer son los cantos bellísimos de una epopeya universal. Ningun maestro podria aclarar mejor los misterios de la electricidad, las contradicciones y las armonías que resultan de sus dos fluidos. Los pétalos de una flor, las transformaciones de los insectos, la larva de los gusanos de seda, la mariposa que vuela sobre la pradera, los nidos, todo esto podria dar asunto á lecciones elocuentísimas que destilarian la miel de la ciencia acomodada al entendimiento de los niños.

—Ciertamente, dijo Antonio. En la infancia

hay cierta crueldad que nace del desconocimiento de la vida. ¿No habeis visto los niños, deshojar las flores, arrancar los nidos á las pobres aves sin cuidarse de sus tristezas? Cuando una madre les dijera cómo esas avecillas sirven á la obra universal de la creacion ; cómo forman el coro de las armonías terrestres ; cómo trabajan para conservar la vida de todos ; inspiraríanles sentimientos de amistad, y al par sentimientos religiosos, porque de las maravillas de la creacion se levante siempre el espíritu en rápido vuelo á contemplar extático la inagotable bondad del Creador.

Cuando los dos interlocutores se encontraban en este punto de su conversacion aparece el administrador, que, dirigiéndose á Carolina con una profunda reverencia, le dice :

—Señora, tengo algo que participar á V.

—Pues vamos á mi gabinete, contesta Carolina, profundamente conturbada, porque presiente la causa de que su administrador la distraiga de aquella conversacion sabrosíma. Mién-

tras tanto, Antonio coge á Ricardo, y se da con él á perseguir las mariposas, á rodar bolas de cristal por el suelo, á saltar, á todos los juegos de la infancia.

CAPÍTULO II.

LA FATALIDAD.

—Me parece adivinar lo que viene V. á decirme.

—Acabo de recibir terminantes órdenes de vender en público mercado al esclavo Antonio.

—¿Sin apelacion?

—Sin apelacion.

Carolina necesitó apoyarse en el borde de un velador que á su lado tenía para no caerse, como herida por esta funestísima noticia.

—¿Y no cree V. que haya medio alguno de evitar esta verdadera desgracia para la casa?

—No hay ninguno.

—¡Dios mio, qué insistencia!

—No puedo comprenderla.

—Antonio es el servidor más útil de la familia.

—No le darán al señor su precio, no le pagarán lo que vale.

—Carolina se estremeció nuevamente al oir esta frase brutal.

—Falta irreparable, dijo; Ricardo no tendrá ya quien cuide de él como solícita nodriza; quien le cele como perro fiel; quien le instruya como sabio maestro.

Y nubes de lágrimas erraban por la retina de la desgraciada señora.

—Estoy verdaderamente extático en vista de la resolucion brusca y definitiva tomada con prontitud increible é impuesta con imperio incontrastable.

—¿Qué hacer?

Y los ojos de Carolina interrogaban anhelosos los ojos del administrador.

Éste se detuvo como quien medita, y en aquellos momentos de pausa hubiera podido oirse la respiracion de la jóven, los latidos de su corazon.

—Nada hay que hacer.

—¿Nada?

—Nada sino cumplir las órdenes; nada sino acatar la voluntad de quien manda y ordena en virtud de un derecho innegable.

—¿Innegable?

—Usted ménos que nadie puede negarlo.

—Pues lo niego.

—¿Niega V. el derecho que tiene su esposo á disponer de sus bienes?

—Líbreme Dios de negar eso. Le reconozco, lo confieso, y soy la primera en acatar una autoridad que acepté para toda mi vida desde el dia mismo de mi casamiento.

—¿Qué niega V. entónces?

—Niego que ningun hombre pueda ser propiedad de otro hombre. Mi corazon se subleva contra esa protervia.

—Que está en las leyes.

—¡Malditas leyes!

—En leyes sostenidas vigorosamente por el Estado.

—¡Infame Estado!

—¿Cual será la ley para V., señora?

—La ley de la naturaleza.

—¿Y el legislador?

—Dios mismo.

—¿Y el Estado?...

—No tiene derecho contra el derecho.

—¿Hay en el esclavo derecho?

—Como en todos los hombres.

—No discutamos esto, señora.

—Tiene V. razon. ¡Inútiles consideraciones! No hay fuerza contra la fuerza del destino. Inútil que proteste la conciencia contra las brutalidades del hecho y contra la arbitrariedad de los hombres.

—Inútil.

—¡Pobre Antonio!

Y Carolina tuvo que ahogar un sollozo.

—Es su condicion...

—Va á recibir un golpe mortal.

—¿Mortal?

—Yo me desprenderia difícilmente de un perro ó de un caballo. Comprenda V. cuánto sentiré separarme de un servidor tan fiel.

—Lo comprendo.

Ademas del viaje de mi marido, ésta es la segunda contrariedad que experimento despues de mi boda.

—¿Dos? ¡Bah! Bien poca cosa.

—No importa la magnitud de los sucesos; lo que importa es la magnitud del dolor. Y puedo decir á V. que ambas contrariedades las he sentido como las más amargas penas.

—Es bien extraño todo cuanto sucede.

—Es inexplicable.

—Y creedme, vuestro esposo me hablaba siempre de los méritos de Antonio con verdadero entusiasmo.

—Como que Antonio le auxiliaba en sus estudios. Como que Antonio le componia el jar-

din, convirtiéndole por su industria en el mejor de todos los jardines de los Estados del Sur. Como que Antonio disponia y arreglaba su gabinete de Historia Natural. Como que Antonio cuidaba de sus estufas con tal cuidado, que nuestras colecciones de plantas várias y raras son las mejores de América. Como que Antonio ha sido siempre el númen de la familia.

El administrador comprendia los méritos del mulato; pero no comprendia el entusiasmo de Carolina por estos méritos.

—Y ahora, decia ésta, en premio de sus aptitudes y de sus desvelos, mano aleve le arrancará de esta tierra con ménos cuidado y ménos piedad que si arrancára una planta; lo apreciará y lo tasará como se aprecia y se tasa un caballo; pregonará las bellezas de su cuerpo y las virtudes de su alma en públicos anuncios para aumentar más el precio de la mercancía y satisfacer el anhelo de la codicia; lo llevará á un bazar, donde puedan todos cerciorarse de sus ventajas y discutir su valor en venta; hasta que

acaso caiga en manos de comerciante implacable, que, viendo su robustez, su fuerza, y no necesitando ni de su corazon ni de su inteligencia, lo ate al yugo, lo condene al trabajo material, lo azote con el látigo, lo prive del necesario alimento, lo mate de fatiga, de desesperacion, sobre esta tierra maldita, manchada con crímenes, que piden al cielo justicia y venganza.

—¡Señora! gritó el administrador aterrado de la trágica actitud que tomaba Carolina, cuyos hermosísimos ojos despedian centellas de cólera.

—Diez y nueve siglos de cristianismo, y el hombre es aún mercancía para el hombre.

—Y estos señores son muy cristianos.

—¡Cristianos!

—Más que cristianos todavía.

—¿Más que cristianos?

—Los descendientes de raza española, ó de raza francesa, todos son católicos.

—Pues no tienen ni un resplandor del Evan-

gelio en su inteligencia, ni un átomo de la doctrina de Cristo en su corazon.

—Todos presentan ofrendas múltiples en los altares.

—Quizá para que Dios, la Vírgen, los santos aumenten el precio de sus mercancías, el valor en venta de sus hermanos en Cristo, de sus pobres siervos.

—Y es natural que pidan esto.

—Lo natural sería que ofreciesen las cadenas del esclavo, rotas, deshechas, en holocausto á Dios sobre los altares de la patria.

—Eso es bueno para las novelas.

—¿Para las novelas?

—Señora, lo repito, para las novelas.

—¿Creeis novela por ventura la historia?

—¿Ha sucedido eso?

—Ha sucedido.

—Pues no lo creeria.

—Así es el hombre. Cree que no puede pasar por la humanidad, por la naturaleza ó por la historia lo que no pasa por su corazon indi-

vidual ó por su conciencia propia; cada sér se convierte en el número y en la medida de todas las cosas. Eso que V. cree inverosímil, ha sucedido en otras naciones.

—Podrá haber sucedido; pero es increible que suceda.

—En aquellos pueblos de orígen español que el americano del Norte suele despreciar, y creer condenados á inferioridad perpétua; allí, donde llegó más tarde que aquí la luz y el calor de las nuevas ideas, no hay un esclavo; sus cadenas se han fundido al fuego de los corazones libres, y muchos propietarios no han querido indemnizacion alguna por este sublime sacrificio de sus bárbaros derechos.

—Pues aquí ántes se dejarian arrancar la tierra que la esclavitud, ántes la piel de los huesos que el látigo de las manos.

—¿Y no os asusta el castigo que puede venir sobre todos?

—A nosotros nos han enseñado que esta division de castas es obra de la justicia divina;

que los blancos provienen de la luz y los negros de las tinieblas; que nosotros hemos nacido para mandar y ellos para servir; nosotros para azotar y ellos para ser azotados; nosotros para el goce y ellos para la pena.

—¡Ah! Yo veo venir sobre esta conciencia manchada con esas ideas, sobre esta tierra podrida con esos crímenes, sobre esta generacion perversa, la cólera de Dios, que destroce, tale, queme, inmole; y luégo purifique en el dolor, en el fuego, en el tormento, en la guerra, en la matanza, en el humo del holocausto las venideras generaciones, libres por una expiacion horrorosa de este inexpiable pecado.

—Pues vuelva V. los ojos á las maravillas que la rodean. Los campos de algodon se extienden hasta perderse de vista. Las cañas, henchidas con las mieles del azúcar, suenan blandamente. Las palmas sombrean vuestro jardin entrelazándose en las inmensas hojas del plátano. A la hermosura de la naturaleza se une la utilidad de la industria. Llegan á nuestros mue-

lles, lo mismo á los muelles del rio que á los muelles del mar, embarcaciones de todas las latitudes á traernos su oro, á llevarse nuestros productos; y todo, todo esto es obra de la esclavitud.

—Sea en buen hora. Pero ciego será quien no vea extenderse como una tromba asoladora por todas estas tierras, por todas ellas, la calamidad de revoluciones y de batallas sin número.

—¿Tan criminales nos cree V. que no encuentra en sus presentimientos medio alguno para conjurar esta calamidad, tan claramente descubierta por su conciencia?

—No es tan criminal ciertamente el individuo como la sociedad. El medio en que se nace, la educacion que se recibe, la historia que se lee, los intereses que se palpan, las ideas que en la conversacion general se respiran, las costumbres que se adquieren al nacer y se trasmiten ciegamente, explican los errores y las culpas individuales, aunque el hombre tenga razon bastante para ver con mayor claridad, y voluntad bastante para amar con mayor pureza

que ven y aman su sociedad y su tiempo. Pero ¡ah! estas sociedades que hacen justicia de las injusticias, ley de la violencia, derecho de la iniquidad, autoridad de la sinrazon; estas sociedades enfermas, ó perecen sobre la inmundicia de sus vicios, ó se regeneran y se purifican por el dolor y por el martirio.

—¿Tan criminales nos cree V.? vuelvo á preguntarle.

—Creo vuestras leyes, vuestras instituciones criminales, criminalísimas. La llaga de la esclavitud ha venido del crímen de los crímenes, ha venido de la trata.

—Señora...

Y el administrador quiso interrumpir á Carolina, sin duda para recordarle que quien hablaba así era esposa de un negrero.

—Sí, del crímen de los crímenes.

Carolina acentuó tanto esta afirmacion, que su interlocutor ni se atrevió á contradecirla, ni se atrevió á recordarla que su hijo llevaba esa criminal sangre en las venas.

—¿Hay algo más horrible?

—Pero..... balbuceó el administrador.

—No, no hay nada, se respondió á sí misma Carolina.

—En Africa.....

Y el administrador sólo se atrevia á decir palabras sueltas.

—¿En Africa, decís?

—Sí, en Africa suelen maltratarlos más que nosotros.

—Imaginemos que los matan como dicen.

—¿Le parece á V. poco?

—Pues no los hacen tan desgraciados como los hacen los negreros.

—Usted en su exaltacion exagera mucho.

—Digo la verdad, la verdad completa.

—Pregúnteles V. á los negros si quieren morir.

—No interroguemos al instinto, que ama ante todo la vida.

—Pero dígame: si le condenáran á V. á trabajos forzados en el campo ó ignominia perpétua

en la sociedad; si le quitáran de las manos todo cuanto produce y trabaja para repartírselo aquellos que nada han trabajado; si le condenáran á ver su esposa y sus hijos tasados, vendidos en pública almoneda, pasando en cuerpo y en alma á propiedad de seres, ó enemigos ó extraños, ¿no preferiria morir ántes mil veces?

El administrador hizo una especie de inclinacion de cabeza, que era como un signo involuntario de asentimiento, arrancado por la elocuencia de Carolina.

—Ésta, movida por su victoria moral, se dejó arrastrar en alas de su sentimiento.

—Sí, sí, la trata, dijo, es el mayor de los crímenes. Las cazas de hombres, semejantes á las cazas de las fieras, no existirian en África si no las aguijonease el interes y el lucro de los tratantes. Aquellos régulos bárbaros, aquellos jefes idólatras, son movidos, excitados á tanta barbarie por los que se llaman á sí mismos civilizados y cristianos. En el mundo no hay sér con ménos conciencia que el tratante de negros, ni

siquiera la asidia, la pulpa donde comienza á dibujarse el mundo orgánico. Tiene más corazon que el negrero de los mares, el tigre de las selvas. Al fin el tigre no caza á sus semejantes los tigres, no vive de la carne y de la sangre de su propia especie. Triste es que el mundo se halle condenado á esta guerra sin tregua, en que unos animales no pueden vivir sin el exterminio de otros animales. Triste es que la sangre hirviente empape todo el planeta, y que la urdimbre de la vida se teja con fibras de carne viva. Pero toda especie, áun las más carniceras, atacan á especies inferiores. El negrero recoge los pobres, los infelices, niños, mujeres, hombres, vomitados dentro de su barca por la codicia para que sirvan de pasto á la codicia. Allí, sin compasion por sus dolores, sin piedad de sus lágrimas, los hacina en las bodegas, como pudierra hacinar barriles de pesca. Las evaporaciones del sudor y las evaporaciones de las lágrimas, los suspiros del corazon desgarrado y los eructos del estómago enfermo, el orin y el excremento forman

pronto una atmósfera viciosa, irrespirable, que abrasa sus pulmones como una plancha hirviente, que llena de dolores y de enfermedades sus cuerpos, atenaceándolos con el escorbuto, con la epilepsia, con la fiebre. Cuando ya no ofrecen esperanzas á la codicia los arrojan al mar, ó muertos ó medio muertos, y dan ese festin de carne y sangre humana á los tiburones, más compasivos con el negro que los infames negreros. Y de esta suerte se alimentan en las regiones más feraces de América, en las más luminosas, en las destinadas á ser templo de la libertad, el ingenio de donde toda vida moral está ausente, y el mercado de negros en que están presentes los crímenes más indignos de la conciencia del hombre y más atentatorios á la justicia de Dios.

—Hay mucho de novelesco en todo eso.

—¿De novelesco?

—Sí, hay mucho de novelesco.

—¡Novelesco! Excede la realidad á cuanto pueda describirse.

—Es pintar como querer.

—No hay pincel capaz de trazar tantas infamias.

—El negro es sufrido.

—Y no puede sufrir esos tratos.

—¿Quién sabe?

—Más de la mitad muere.

—¿Quién los ha contado?

—No os fieis de eso. Lo que no cuente la ciencia de los hombres, lo contará la justicia de los cielos.

—Que lo consienten.

—Porque respeta hasta en el mal ¡ay! la libertad humana.

—Yo he oido tantas cosas, que ya ya.....

—Pues si ha oido V. mucho, oiga tambien esto. Y Carolina cogió un libro y leyó lo siguiente: «En cierta ocasion un siniestro buque de la trata iba perseguido por varios cruceros ingleses. A pesar de ser la infame nave muy velera, no podia esquivarse á sus perseguidores, que le cerraban el arribo á las playas de la Ha-

bana. Comprendiendo el capitan que no le era dado ni descargar su cargamento, ni libertarse de la humana justicia, depuso sus negros, merced á las sombras de la noche, en uno de esos esponjosos islotes, por las ondas estriados y por la tempestad combatidos, donde no brota ninguna vegetacion que no sea algun depósito de helechos y de algas marinas. Cuando ya hubo dejado allí sus negros, zarpó el buque negrero y los abandonó sin alimento alguno, sin auxilio, á su suerte. Desatóse una de esas horribles tormentas, frecuentísimas en nuestros climas intertropicales. El viento rugia, las olas se encrespaban, encendíanse los mares en relámpagos, culebreaba el rayo por los cuatro puntos del horizonte, y el huracan agitaba la isla como pudiera agitar un corpulento árbol. Los pobres negros no tenian refugio en la tierra, cerrada para ellos, ni en el cielo, inclemente y tempestuoso. El mar les cercaba con sus amenazas de muerte, y les abria por toda esperanza sus abismos insondables. Aquellas rocas agrietadas,

cortantes como largas filas de cuchillos, era el único punto que les quedaba en el universo, la única raíz de su combatida existencia. Pero aquella roca aparecia más terrible que el potro del tormento. Su vidrioso suelo cortante como afilado por las aguas les abria las desnudas carnes, les causaba heridas, que el viento tempestuoso y la humedad salina recrudecian y enconaban. Parecia el estrecho islote un lugar de expiacion y de martirio, como que estaba compuesto de ágrio conjunto de escollos; en aquella hora suprema, angustiosa, combatidos todos por el huracan, y zozobrantes entre el férvido oleaje, los negros no sabian adónde volver los ojos. Gritaban y nadie les respondia. Alzaban al cielo sus brazos suplicantes, y sólo encontraban el cielo sordo á sus clamores; la nube tonante, el viento desatado, el siniestro relámpago, el chasquido del rayo. La tempestad se aplacó; pero ninguna señal de vida, ninguna, vino á interrumpir aquella soledad de muerte. Por todas partes el cielo y el mar como la losa

y el fondo del sepulcro, ó el islote pardo y carcomido como una mortaja. Sólo de vez en cuando se veia palpitar el tiburon, ó cruzar por los aires el ave carnicera, avisador por su instinto de que allí apercibia la infamia de los hombres racion abundante á su voracidad.

»No era ciertamente aquella la isla próvida y fructífera de Robinson. Allí no habia bosques donde buscar grata sombra, ni tierra donde construir amiga cabaña, ni animales con cuya inmolacion procurarse alimentos, ni ramas secas con que encender y alimentar el fuego reparador. No habia más que las rocas peladas, escuetas, metálicas, con algunas algas desparramadas por las inhospitalarias piedras, algas que las olas traian y las olas se llevaban. Los pobres negros sólo recibian de la naturaleza inclemente el azote del viento y de la lluvia. Sus cuerpos mojados, ateridos, magullados aún por la larga estancia en el fondo del infierno flotante, que se llama barco de la trata, no podian tenderse sobre el suelo afilado sin que sintiesen acerbos

dolores, como si por cada poro de sus cuerpos les entrára una aguda espina. El sueño les rendia y no podian dormir. El cansancio les acosaba y no podian descansar. Agarrados á sus rocas entre la tormenta del mar y la tempestad del cielo, á cada minuto creian recibir la muerte. Por fin vino el hambre, el hambre aterradora, y con el hambre la sed. Ningun alimento posible para mantenerse, ninguna fuente para refrigerarse, la soledad entre los dos abismos : el tormento primero, luégo la muerte. Los más jóvenes caian desmayados, exánimes, despues de haber intentado várias veces beber el agua del mar, que sólo servia para acrecentar su sed, bebiéndose al cabo la sangre sorbida de sus encías, chupada en sus propias venas, que les agravaba la pena y les tràia más pronto la muerte. Algunos, ciegos de debilidad, se arrastraban por el suelo, dando alaridos, palpaban á tientas, y si cogian un cadáver, por yerto que estuviese, clavábanle con avidez los dientes para satisfacer su voraz hambre. Otros se volvian súbita-

mente locos, y su locura les daba alguna fuerza para correr, para saltar furiosos hasta que caian en las aguas y los destrozaban y se los repartian anhelantes los mudos tiburones. Eran más de ciento, y todos, todos murieron entre los dolores más horribles, entre las maldiciones más espantosas, forzados en su agonía á comer carne humana y á beber humana sangre, hasta que se extendió sobre todos el silencio de la eternidad.

»A los dos ó tres dias, cuando ya estaban muertos, bien muertos, várias familias de los ingenios más ricos que en aquellas playas se levantan, quisieron dar un placentero paseo por el Océano. Multitud de jóvenes de ambos sexos jugaban, cantaban, seguian el compas de armoniosa orquesta sobre cubierta, bajo toldo de seda rosa, entre guirnaldas de flores tropicales, apurando á la salud de todos copas rebosantes de aromático y alegre vino andaluz. De pronto ven sobre los escollos tendidos aquellos cadáveres, unos mordidos por otros, éstos desgarrados por

las aves de rapiña, aquéllos con los dientes clavados en la espalda de un compañero, los de más allá removidos como leños por las olas, algunos á medio devorar por los tiburones, flotando todavía sobre las aguas ; todos con el dolor de la más horrible agonía pintado en sus terroríficos semblantes; y dijeron los jóvenes : «¡Lás»tima de negrada! ¡Qué bien nos hubiera venido »para nuestros ingenios! Vira, vira, piloto, que «huele mal.» Ni un sentimiento de pena por la desgracia, ni una palabra de compasion para la humanidad. Y el cielo resplandecia y las ondas se rizaban, y la luz se repetia en los cristales de las aguas, y las brisas cargadas de aromas convidaban á las fiestas de la vida, y en aquella inmensidad sólo se escuchaba como cántico funeral de cien criaturas humanas, como responso, como tañido de campanas fúnebres, como oracion cristiana, el choque de las copas, el acento de los báquicos cantares, la cadencia de la voluptuosa música.....»

Habia leido con tal entonacion Carolina estas

páginas, que el terror trágico llegó hasta el alma empedernida del administrador, y medio conturbado pidió permiso para retirarse. La jóven señora comprendió que era inútil prolongar consideraciones prontamente olvidadas por aquellas inteligencias fanatizadas por el sofisma, y se contentó con arrojar el volúmen sobre la mesa y decir : Pues áun hay algo más terrible que el barco de la trata, y es el mercado de esclavos.

CAPÍTULO III.

LA ORACION.

En cuanto el administrador se perdió de vista, dejóse caer Carolina sobre el sillon que tenía más cerca, y cubriéndose con ambas manos el rostro, intentó estancar en los ojos las amargas lágrimas que á borbotones bajaban por sus pálidas mejillas. Pero, conociendo lo vano del intento, á pesar de lo grande del esfuerzo, dió rienda suelta á su lloro, y se dejó arrastrar por aquella desatada corriente de amarguísima pena.

Muchas, muchas ideas la asaltaban; muchas, muchas ideas iban contenidas en tan triste llu-

via, como el rayo en la tempestad. No podia ocultárselo á sí misma. La naturaleza habia triunfado de la conciencia. La ley eterna se habia sobrepuesto á las leyes sociales. Sin quererlo, sin saberlo, sin darse ella misma cuenta, por una serie de inspiraciones bebidas todos los dias en cada suceso de su vida corriente, Carolina sentia por Antonio algo que no habia sentido por ningun otro sér sobre la tierra. Su voluntad estaba pura, su cuerpo inmaculado, pero su corazon cautivo. Los esfuerzos que empleaba para quebrantar aquellas cadenas, volvian á precipitarla en la desesperacion y en el desaliento, convencida de no conseguirlo. Gozábase en buscar á Antonio con cualquier pretexto, en departir con él largamente sobre cualquier tema, en volver á su lado apénas se habia ido. Á esto le llamaba su corazon, como para encubrir el abismo, afecto amistoso, admiracion por el talento, necesidad de alguna platónica compañía en aquel apartado retiro, fraternidad estrechísima de dos almas. Pero realmente era amor, amor, amor. Ni un

pensamiento impuro cruzaba por su mente, como que una pasion purísima latia en todo su sér. Las dos almas se atraian, se adivinaban, y ninguna de las dos osaba traspasar el límite que separa la amistad del amor; porque sobre los llamamientos del corazon, estaba en Carolina la conciencia y en Antonio el respeto. Pero el amor habia brotado en uno y otro pecho, confundiendo en una sola ambas almas.

El caballero Jura adivinó esto á tan larga distancia entre las grandes fatigas de la política, á pesar del sentimiento aristocrático que le hacia imaginar á su esposa incapaz de descender hasta un mulato; y si no lo adivinó todo, lo temió, lo temió intensamente. Su mujer, que no tenía ninguna accion de que arrepentirse, ningun pensamiento que le echára en rostro la conciencia amando á Antonio, sin comprender ni la intensidad de su propia pasion, ni los peligros que la cercaban, airóse vivamente contra él. En su dolor, atribuyó la venta de Antonio á desconfianza de su virtud. El orgullo de

la esposa que nunca ha faltado, se irguió en ella, y comenzó á reconvenir al viejo, egoista, avaro, negrero, comerciante de carne humana, á quien se habia unido por obedecer mandatos de su familia, y que ni siquiera comprendia el tesoro de sus méritos. ¡Ella, pura, casta, madre tierna de su hijo, esposa fidelísima, sin ninguna mancha en su conciencia ni en su vida, se veia desconocida, maltratada, injuriada por un hombre que ella no creia digno de su virtud y de su mérito; por un hombre á quien solamente la ligaba un vínculo ante la naturaleza, aunque la ligáran muchos ante la sociedad, el vínculo sagrado de ser padre de su hijo!

Contra todas las asechanzas del corazon, contra todo el vocerío de sus pasiones, tenía, ademas de su pura conciencia, Carolina otro escudo, el escudo de aquella hermosa criatura, Ricardo, lleno de bondad y de precoces talentos, rebosando alegría, sonrosado y sano como un ángel, hijo de sus entrañas, consuelo de sus dolores, poesía del alma, regocijo del hogar, espe-

ranza de la vida, por cuya educacion y por cuyo honor debia velar religiosamente como una sacerdotisa por su Dios. Así, en los momentos más peligrosos, cuando comparaba la soledad de su sér con las pasiones y las venturas que lo hubieran colmado a unirse con amante de su eleccion, el único antídoto á tristes pensamientos era su niño, aquella mirada de luz, aquella sonrisa de cielo, aquella frente, paraíso de inocencia, aquellas palabras y aquellos dichos en que latia ýa una grande alma. Á esta consideracion, «soy madre», serenábase su conciencia, volvian á replegarse sobre su corazon las nubes de dolor, amaba el mundo y la existencia, sentia el ángel de la esperanza batiendo las luminosas alas en el camino de lo porvenir. La tierra entera y el cielo infinito se sonrosaban á la mirada de su adorado hijo.

Pero en otros momentos la savia de la vida discurria con fuerza y con calor por sus venas. Sentia el corazon la necesidad de amar y de ser amado, con ese abandono de los pocos años. Re-

cobraba la naturaleza su imperio, y subia sobre todas las ideas de la razon, sobre todas las inspiraciones de la conciencia, sobre la vida entera, el arrebatador sentimiento, la necesidad de ser comprendida por un jóven á quien ella adivinára tambien, y atraida, arrastrada á la felicidad por la pasion de la pasiones, por el amor. Entónces, aunque entornára los ojos, aunque cerrase los párpados, aunque huyera voluntariamente de aquella imágen y de aquel recuerdo, la figura de Antonio, rodeada de todos sus prestigios, jóven, hermoso, valiente, artista, entusiasta, se dibujaba en todos los objetos, y poseia en absoluto su corazon y su conciencia. La idea errante se gozaba en fingir la felicidad que hubiera alcanzado, de encontrarlo, de conocerlo, ántes del infausto matrimonio. ¿Qué le importaba el mundo? ¿Qué le importaba el menosprecio de la sociedad por los mulatos? Pues si los celos y recelos de un esposo no querido la habian separado del mundo y de la sociedad, ¿con qué mayor razon el amor intensísimo, in-

finito, compartido por ambos, capaz de poblar con sus ilusiones el desierto y convertir la cabaña, más suntuosa al corazon que el frio palacio de mármol, en templo divino de armonía y de luz? En estas imaginaciones, salvando siempre el obstáculo del matrimonio, diciéndose á sí misma que sólo se ponia en tal caso, poniéndose ántes en el de hallarse libre y soltera; en estas imaginaciones ideaba un valle ameno, en el desierto, á orillas de los grandes rios americanos, cercada de todos los esplendores del universo, viviendo para el amor y para la virtud, en compañía tan sólo de su esposo, del esposo de su alma. ¡Qué vida tan grata! ¡Qué ventura tan grande! ¡Qué intensa felicidad! ¡Qué mutuo abandono de un alma en otra alma! ¡Qué confluencia de dos vidas! ¡Aquello, aquello hubiera indudablemente sido el cielo encerrado en la tierra!

Entónces, cuando tantas ideas se arremolinaban por su mente, y tantas pasiones por su corazon, y entre aquellas ideas y aquellas pa-

siones sólo veia una imágen, la imágen de Antonio, defendíase con furia de los ideales halagos, de la atraccion incontestable que sobre ella ejercia el mulato, é invocaba en propia defensa su honor, su conciencia, el nombre ilustre de sus padres, el orgullo de su patricia raza, la religion aprendida en la cuna, el hijo de sus entrañas y la providencia de Dios. En algunos momentos triunfaba de sí misma, con el doble auxilio de su nativa pureza y de su clara conciencia. Pero en el momento en que su esposo ordenaba el envío de Antonio al mercado, exacerbóse su pasion por el jóven siervo, su repugnancia al viejo patricio. Un hombre, á los ojos de Dios y á los ojos de la conciencia humana lleno de crímenes, vendia en pública almoneda, sin compasion ni remordimientos, al jóven esclavo, honradísimo, inteligente, hermoso, que era como el alma de aquellos sus jardines, como la providencia de la pobre mujer y de su hijo, como la poesía, por su conversacion y por sus conocimientos, del solitario hogar. Carolina sen-

tia que el afecto por el esclavo tomaba en su pecho la exaltacion de las grandes pasiones. Se imaginaba la casa huérfana de sus cuidados, el jardin privado de su cultivo, el amante hijo falto de sus lecciones, ella misma sin su conversacion, sin su trato, y le parecia imposible, completamente imposible, la existencia. Sus ojos se fijaban en la imágen de Antonio, sus labios murmuraban aquel nombre querido, su corazon latia por él fuertemente, su alma entera se escapaba de sí como fugitiva, y se iba á perder en el alma del esclavo, víctima de tantas injusticias.

Carolina conocia que estaba sin defensa, á merced de aquel hombre, tal vez próxima á desprenderse del cielo puro de la conciencia en los abismos de sus brazos; y cayó de rodillas, y se arrastró á los piés de un crucifijo, y plegó sus manos, y clavó sus ojos en el rostro dolorido del Salvador, y gritó: Perdon, perdon y misericordia. El amor que sentia la llevaba á espaciarse en lo infinito. Dios, solo Dios, podia calmar el dolor de su alma, henchir el abismo de su co-

razon, elevarla desde los estrechos límites de la tierra á una transfiguracion casi divina. Si el astro vuela en lo infinito, con mayor razon se espaciará en lo infinito este abreviado universo del corazon humano, que rompe el límite y se eleva, como la llama, á lo ideal, á lo eterno. Quedábale, pues, una esperanza en su desesperacion, una luz en su noche, un puerto en su borrasca, un escudo en su combate, un auxilio en su agonía: la religion. Carolina la vió cuando brillaba en los ojos amorosos, en las palabras fervientes de su madre; y la vió cuando abria sus alas de ángel custodio sobre el breve mundo de la cuna; y la vió cuando le ofrecia el encanto de sus lujosas ceremonias perfumadas por el incienso, realzadas por las notas del órgano; y la vió cuando al conjuro de la oracion se convertia el universo en templo y el corazon en santuario de aspiraciones infinitas; y la vió hasta en el dia aquel de su sacrificio, exigido por su familia con imperio, aceptado por su voluntad con resignacion, y en que no hubiera podido some-

terse á la coyunda que la unia eternamente con su esposo, si no la hubiera alentado la religion cristiana con su incomunicable sonrisa, y sostenido con su benéfica providencia.

¡Cuán grande es la naturaleza humana, hasta en sus mayores contradicciones! Si tropieza, si cae, si lo finito la reduce á su imperio, entónces, entónces brota en ella lo infinito, el manantial de divinas esencias, oculto en las profundidades más recónditas de nuestro sér. Como por el trabajo se va á la perfeccion, por la duda á la ciencia, por el dolor se va á Dios. Las lágrimas de Carolina se evaporaron de su rostro, los ojos volvieron á su pristina luz, serenóse su frente, levantóse de su altar, y al volverse vió á Antonio, que cruzados los brazos, inclinada la cabeza sobre el pecho, la miraba con triste y extática mirada. Carolina no supo qué decir, no supo qué hacer. De la actitud en que se encontraba Antonio dedujo el estado de su alma, el conocimiento ya adquirido de la suerte que le reservaba su bárbaro dueño. Muchas veces habia

visto á Antonio, y nunca le habia inspirado interes tan vivo como en aquel momento. Así es que, olvidada completamente de la actitud imperiosa y soberana que siempre tenía ante él, se acercó adonde estaba inmóvil, le miró con ternura y lanzó un suspiro, que vino á reanimar como celeste soplo la triste faz del esclavo.

CAPÍTULO IV.

LAS RECONVENCIONES.

—¿Orábais? preguntó Antonio.

—Oraba.

—¿Creeis en Dios?

—He creido siempre.

—Y yo tambien.

—¿Por qué me diriges esa extraña pregunta?

—Porque necesito afirmarme en la fe.

—¿No ves brillar á Dios en esa luz, en ese cielo, en el infinito universo?

—Veo su hermosura.

—¿Y necesitas ver más?

—Necesitaría ver su justicia.

—Pues qué, ¿las injusticias de los hombres te harian dudar de la justicia de Dios?

—En algunosmomentos lo veo en las leyes de la moral como en las leyes de la naturaleza; lo oigo en las voces de la conciencia como en las armonías del universo; lo siento en los afectos del corazon como en las inspiraciones de la fe; lo pienso en la razon de las cosas como en mi propio pensamiento.

—¡Antonio!

—Pero otras veces creo, como ahora, que un hado ciego preside á los humanos destinos; que un genio en delirio se asienta sobre la cúspide del universo; que el mal es nuestro legislador y nuestro soberano.

—¡Horror!

—Horror de ideas, no tan grande, señora, no tan grande como el horror de mi suerte.

—Lo sé todo.

—¿Lo sabeis todo?

—Sí, sí, todo, Antonio.

—¿Y podeis comprenderlo?

—No, no.

—¡Dios mio, Dios mio! Si somos juguete de un hado perverso, ¿por qué no quitas del mundo toda señal de bien y de justicia?—Y si eres, si existes, ¿por qué no te revelas á la mente en toda tu verdad y tu pureza?

—Perdónalo, Dios mio. En el abismo adonde rueda, hay tinieblas tan espesas que ni siquiera se ve tu amor y tu justicia.

—Señora, señora.....

—¡Antonio!

—Vos sabeis lo que he sido para esta casa, vos solamente. De dia un centinela, de noche un sereno, siempre un perro. Esclavo era vuestro, más esclavo, ántes que todo, de vuestro corazon.

—Es verdad.

—Yo, desde el dia en que se fué aquel hombre, vuestro esposo, yo sólo he pensado en serviros como serviria una máquina, y en cuidar de los objetos sagrados á su corazon como no cuidaria él mismo.

—Verdad, verdad.

—Yo, cada vez que veo á Ricardito.....

Y Antonio se echó á llorar como un niño.

—¡Oh!

Carolina quiso proferir una palabra y sólo acertó á dar un grito.

—Cada vez que veo á Ricardito, se me van tras él ojos y corazon.....

Y no podia hablar.

—Si fuera hijo mio no le querria tanto como le quiero.

—Sosiégate, Antonio, sosiégate.

—Aquí está mi mundo y mi cielo.

—¡Ah!

—Aquí está cuanto amo en la tierra.

—¡Dios mio!

—Aquí están las raíces de mi vida.

—Calla, calla.

—Aquí me estaria perpétuamente mirando una estrella que sólo hay en estos cielos, oliendo una flor que sólo brota en estos jardines, aquí me estaria, no importándome cosa, con tal de estar, volverme el perro que guarda la casa, ó

el pavimento que pisan las plantas de sus amos.

—¡Ay! Se me parte el alma.

—Muerto, enterrado tan bien me hallaria como en el cielo. El rayo de una mirada traspasaria la tierra de mi sepultura. El aroma de su aliento volveria el calor á mis helados huesos.

—Vuelve en tí, Antonio; hay algo de vago, de extraño en tus palabras.

—¡ De extraño! Todo es natural. ¿Habeis visto el furor del águila cuando le tocan el nido? ¿Habeis visto al tigre ó al leon cuando amenazan sus madrigueras? Yo vivo aquí; el universo entero se encierra para mi alma en este breve espacio. Fuera de aquí no hay en el mundo ni tierra, ni cielo, ni aire, ni luz para mí.

—La tierra es grande..... balbuceó Carolina para decir algo.

—Vos tampoco adivinais, señora, todo mi dolor. Vos no comprendeis tampoco lo que pasa por mi corazon. Me van á separar de estos queridos lugares. Me van á vender en el mercado de Nueva Orleans. Van á ponerme una argolla al cuello,

una cadena al pié. Van á encerrarme, como si fuera criminal, en el fondo oscuro de una cárcel. Van á sacarme á pública licitacion. Van á medirme, á registrarme, como se mide y se registra á un caballo. Éste preguntará por mi edad, aquél por mis fuerzas, y el de más allá por mis habilidades. Abriráme uno la boca para ver si tengo los dientes enteros y fuertes, y si puedo servir mucho tiempo de rueda para una máquina, de acémila para un ingenio, de instrumento material para los lucros de otro. Otro me hará correr; esotro saltar. Me vende vuestro esposo, me vende por algunos dollars, ¡él! que es tan rico. Y yo, que sufriria cien ventas, cien, para venir aquí, no sufro una, ni una sola para salir de aquí. Me resistiré hasta el momento último. Pelearé como una fiera. Me defenderé con todas mis armas, con mis manos, con mis piés, con mis dientes, á bocados, más mortales que las mordeduras del perro hidrófobo. Y cuando no pueda más, ¡ah! moriré. Hé aquí la gran defensa del esclavo, la muerte. Sí, en

la muerte está la libertad. Sobre el cadáver sólo tiene derecho nuestra madre tierra que lo recoge y lo devora, sin distinguir en su santa igualdad los átomos de un monarca y los átomos de un esclavo. Estoy resuelto: ántes que salir de aquí, ántes que dejar estos alrededores, ántes que abandonar mis plantas, ántes que no ver á Ricardo y no ver á mi señora, ántes que este dolor, que este vacío, la muerte. Prefiero que me arranquen la carne de los huesos ó la piel de la carne. Ménos dolor sentiria. No, no me iré, no..... no. No me arrancarán de aquí sino á pedazos.

Y miéntras Antonio decia estas palabras Carolina lloraba.

—¿Qué veo? ¿Llorais?

—No puedo ni debo ocultártelo. Lloro.

—¿Llorais por mí?

—Lloro por tí.

Antonio levantó ambos brazos al cielo en trasporte de júbilo.

—Lloro por tus desgracias, dijo Carolina, rectificando su anterior declaracion.

Pero Antonio no la oyó, no pudo oirla en el trasporte de su alegría. Alzados ambos brazos al cielo, echada la cabeza á la espalda, extáticos los ojos, centelleante de alegría el varonil rostro, los labios vibrando, su gallardo cuerpo sacudido por el latigazo de las grandes emociones, que hieren como un rayo, parecia la estatua de la fuerza, embriagada de victoria, miéntras que Carolina, envuelta en su blanco peinador, destrenzado el cabello, pálido el semblante, llorosos los ojos, trémula toda, más hermosa que nunca en su dolor, parecia la estatua de la ternura, abandonada, como Ariadna, á la tristeza de su soledad y de su pena.

—¡Llorar por mí, llorar por mí! Que esta palabra no pase nunca de mi oido. Que este instante no se pierda en el tiempo. Que la eternidad entera se compendie en esa frase. Ya puedo morirme. Ella, ella ha llorado por mí. Cada una de sus lágrimas forma un mundo más luminoso y más bello que los astros diseminados en el espacio. Cada una de sus lágrimas podria redimir hasta

el infierno. Despues de haber escuchado esto, despues de haber sabido esto; que una lágrima sola, que una lágrima suya ha descendido hasta mí, ha llegado desde el cielo de sus ojos hasta el fondo de este abismo, ya puede sucederme lo que quiera, en la seguridad de que ningun dolor será bastante á dejarme un dejo capaz de borrar la miel de esta palabra.

—Antonio, dijo Carolina, no me has comprendido.

—¿Que no os he comprendido? ¿Por ventura necesito yo interrogar vuestro corazon para comprenderos? Me basta con recurrir al mio propio. Yo sé lo que sentis, yo sé lo que padeceis, yo sé lo que esperais, porque yo, Carolina, yo os amo, y os amo con esperanza.

Carolina, al oir estas palabras, dió un grito de horror. La sangre se le agolpó al rostro, que pasó de una palidez mortal á un grana encendido. Sus lágrimas se evaporaron como si les hubiera aproximado una brasa. Irguióse su cuerpo con altivez y sacudióse su cabeza con orgu-

llo, como una diosa, que dejára la figura humana para tomar otra más propia de su naturaleza y de su estirpe. Sus ojos, ántes melancólicos fulminaron rayos de ira. Asió con fuerza, con vigor el brazo de Antonio, como para sacarlo de aquel magnetismo, y le dijo :

—Esclavo, has faltado indignamente á tu ama, de pensamiento, de palabra.

Antonio no contestó, embelesado en mirar la hermosura que habia adquirido aquella hermosísima mujer en su transfiguracion maravillosa.

—Esclavo, que te atreves á eso, mereces ser vendido.

—Señora, ¿qué decis?

Y un rugido de ira partió del pecho inflamado de aquel hombre.

—Mereces ser vendido, ya que injurias con atrevimiento á tu señora, ya que pones torpes esperanzas sobre su honor y su conciencia.

—Perdon, señora, perdon.

—Véte de mi presencia.

—Un instante no más.....

—Ni un segundo.

—Dejadme.....

—Lo mando.

—Por piedad.

—No hay piedad.

—¿Vos tambien seriais capaz de venderme?

—De matarte.

—Matadme en buen hora.

Antonio se acercó á Carolina.

—Apártate.

—Matadme.

—Apártate, Antonio, ó hago que vengan los negros y te echen á latigazos.

—¿Qué decis?

—Que jamas vuelvas á verme.

Y Carolina abrió con furia la puerta de su gabinete, se encerró en él, dirigiendo un gesto de reconvencion desdeñosa al infeliz Antonio, que se arrojaba á sus plantas, y que al verse despreciado, comenzó á errar por aquellas estancias y á balbucear palabras incoherentes, pa-

reciendo, en lo agitado de su respiracion, en lo crispado de sus nervios, en lo incierto de sus movimientos, un leon herido.

CAPÍTULO V.

LA INOCENCIA.

La habitacion de Carolina denotaba el carácter de la hermosísima, inteligente, artística dama. Tapicería de damasco blanco, orlada por sencillos juncos de oro, cubria las paredes; un fresco, en el cual resaltaban escenas de la naturaleza, como el advenimiento de la primavera, en gusto pompeyano, la bóveda; un mosáico, imitando los mejores tiempos romanos, el pavimento. En el centro se elevaba perfecta copia en mármol de la Vénus de Milo, que parecia extender sobre todos los objetos reflejos pu-

rísimos de su castidad y de su hermosura. Sobre el blanco damasco resaltaban cuadros de los primeros maestros : un paisaje de Claudio Lorena, que representaba el anochecer en los bosques; unos Apóstoles de Fra Bartolomeo, que hubiera podido creer suyos, por la valentía del dibujo y la sublimidad de la expresion, el mismo Miguel Angel ; un retrato de Rembrandt, prodigio de luz y de color; una Vírgen de Murillo, que retrataba el cielo y la bienaventuranza en el éxtasis de su divina mirada. Almohadones de damasco, blanco tambien, rodeaban la sala, y cortinas de enredaderas cargadas de flores, con claros para dejar ver el campo y el cielo, ornaban las ventanas por fuera, miéntras que por dentro ornábanles redes de seda tan ligeras y tan aéreas como encajes. Tres puertas habia en aquella lujosa estancia. La de entrada; la puerta de la derecha, que daba al dormitorio de Carolina, detras del cual se encontraba aparte el dormitorio de Ricardo; la de enfrente, que daba á la biblioteca especial de la señora ; en tanto que por la

izquierda se abrian grandes ventanas para dejar amplitud al aire y á la luz.

En el momento de entrar Carolina, despues de haber despedido al audaz Antonio, acababa de anochecer, y las bugías, ya encendidas, derramaban por todos aquellos espacios torrentes de luz deslumbradora. La pobre jóven, herida en lo más hondo de su alma, se arrojó sobre uno de los almohadones, sin ánimo, sin fuerza, víctima de pena, tan superior á su sensibilidad, que ni siquiera despedia lágrimas. Todo el horror de la tristísima situacion se dibujó ante sus ojos caldeados por la fiebre: su propia pasion por Antonio, la audacia del siervo que habia creido ser amado, la necesidad de una separacion definitiva entre ambos, el horror de que esta separacion, aunque necesaria, aunque indispensable, dolorosísima, se verificára por la venta en el mercado de esclavos. Entre estas encontradas corrientes, el corazon de Carolina era arrastrado como por una tromba, y su cabeza herida como de un vértigo, y sus faculta-

des todas asaltadas por una especie de fiebre que la hacia creerse próxima á la demencia.

En esto abrióse la puerta y apareció Ricardo, que venía á recogerse. El niño tenía á la sazon, por 1850, siete años. Aunque de edad tan corta, comenzaba á dar señales de precoz inteligencia, y de amor profundo á su cariñosa madre. La presencia del hijo de sus entrañas serenó un momento la afliccion de Carolina. ¿Habeis visto en deshecha tempestad brillar á deshora por algun lado un fragmento del cielo, un reflejo del íris? Pues de la misma suerte brillaba aquel niño en la tempestuosísima vida de la esposa infeliz, que sólo tenía á su dolor intenso el dulce lenitivo de ser madre afortunada.

Ricardo corrió hácia ella, se echó en su regazo, encaramóse á coger con ambas manecitas la cara de su madre, y la llenó de besos fervientes. Carolina estrechó á su hijo con tal furia contra su pecho, que parecia querer ahogarlo. Las dos hermosísimas cabezas de niño y madre se juntaban como dos rosas sobre el mis-

mo tallo; sus alientos se confundian; sus ojos se miraban mútuamente y volvian á mirarse; un diluvio de besos acompañaba á las miradas de cariño, á las ternezas de palabra, á los efusivos abrazos.

—¡Cuánto te quiero, hijo mio, consuelo mio, esperanza de tu madre, ángel de Dios!

—Y yo, mamá, mamá mia, te adoro.

—Deja, deja que te dé cien besos.

—Y yo á tí.

—Deja que te mire ántes de acostarte.

—Voy á darte, mamá, un beso aquí.

Y la besaba en la mejilla.

—Voy á darte otro beso aquí.

Y la besaba en la mejilla opuesta.

—Voy á darte otro beso aquí.

Y la besaba en la frente.

—Voy á darte mil besos aquí.

Y la besaba profusamente en los ojos, besos á que respondia Carolina con otros tantos.

—Mira, te he traido esta rosa.

—Gracias, hijo mio.

—Mira, estoy arreglando para mañana mi borreguito.

—¿De véras?

—Lo lavarán. Estará blanco. Y le pondrémos lazos celestes.

—¡Qué bonito estará!

—Y un collar de campanillas.

—¡Qué ruido hará!

—Y en el collar una flor preciosa.

—Lindísimo.

—Y yo iré con un vestido de San Juanito á la procesion de la aldea.

—¿De San Juanito?

—Sí.

—¿Cómo es ese vestido?

—Mira, de una piel preciosa me hacen un pellico.

—¿De véras?

—Y me ponen unas sandalias.....

—¿De véras?

—Y me dejan muy rizado el cabello.

—¡Qué hermoso estarás!

—Y me dan una crucecita plateada.

—Bien, bien.

—Y luégo mi corderito me seguirá.

—Como siempre.

—Y cátate á Ricardin de San Juanito hecho y derecho.

—¡Angel mio!

—Pues todo lo han arreglado.....

—¿Entre quién?

—Entre Antonio y Panchita.

—¿De véras?

—Antonio lo ha cortado.....

—Bien.

—Y Panchita lo ha cosido.

—¿Te lo has probado?

—¡Vaya! Me han desnudado.

—¡Oh!

—Dicen que debo ir los brazos desnudos, las piernas desnudas, los piés sin medias, y escotado, muy escotado, como una señorita.

Carolina se sonrió dulcemente.

—Cuando yo ande, el borreguito irá á mi

lado; y cuando yo me siente, el borreguito estará entre mis brazos.....

—Pobre borrego, lo vas á atormentar.

—No lo creas. Lo quiero más.....

—Así, hijo mio, así. Debe el niño bueno querer á todos los seres.

—Yo los quiero á todos.

—¡Querido ángel mio!

—Quiero á las palomas, quiero á las mariposas, quiero á los pájaros.

—Así debes ser, Ricardito mio. Todas las criaturas son como tú, como papá, como mamá, hijas de Dios.

—¿Los esclavos tambien?

—Los esclavos tambien.

—El administrador dice que no.

—El administrador no sabe lo que se dice.

—Pues cuenta una historia que te voy á contar.

—¿A ver?

—Dice que el patriarca Noé tenía tres hijos, y que el segundo de estos tres hijos se burló del

patriarca, y que el patriarca y Dios le condenaron por esta burla á ser él y sus hijos y sus nietos esclavos de sus hermanos, y que Antonio y Panchita son nietos del hijo malo del patriarca. ¿No es verdad que es muy malo burlarse de los padres y de los mayores?

—Muy malo.

—Pero Antonio y Panchita son tan buenos.....

—Que no merecen el castigo dicho por el administrador.

—No, mamá.

—Pues cuando te vuelva á contar eso el administrador, respóndele tú lo que va á decirte tu madre. Podrán haber caido tales maldiciones sobre los hijos de los antiguos patriarcas. Pero toda maldicion se ha borrado; porque Dios mandó su propio Hijo á rescatar la culpa de los hombres y á conjurar la cólera de los cielos. Y el Hijo de Dios, Jesucristo, nuestro Redentor, padeció, lloró, tuvo sed y tuvo hambre. Su palabra, que habia creado el espíritu, se extinguió

en los labios; sus ojos, que habian encendido la luz sobre el cáos, se apagaron; su aliento creador, que habia dado vida á todas las criaturas, se disipó en la muerte; y el que formára del barro de la tierra á los hombres, murió en la cruz, en el patíbulo del esclavo, á manos de los hombres. Desde entónces, desde aquel dia supremo, no hay ni señores ni esclavos, ni elegidos ni malditos, no hay en la tierra más que hijos de Dios, todos hijos de Dios, todos redimidos de la culpa por la intercesion de Cristo, y todos herederos de la gloria eterna.

—¿Yo soy igual á Antonio?

—Igual á Antonio.

—¿Pero tú no eres igual á Panchita?

—Igual, hijo mio, igual. A los ojos de Dios el alma no tiene color. Si Panchita es mejor que yo, Panchita será tambien superior á mí. En Cristo somos todos hermanos. Y cada cual se salva segun la gracia de Dios y sus propias obras, lo mismo tú que Antonio, lo mismo Panchita que tu madre.

En esto se oyó, al traves de las enredaderas, una cancion de Antonio.

—¡Mamá! dijo Ricardo tan por extremo compungido, que distrajo la atencion de Carolina.

—¿Qué tienes?

—¡Ay! ¡Ay!

—¿Por qué haces esos pucheros?

—Porque Antonio me ha dicho que ya no le veré más.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí, mamá.

—¿Y lloraba?

—Lloraba mucho.

—¡Pobre Antonio!

—Yo le quiero.

—Ya lo sé.

—Yo le he dicho que te pediria á tí, ántes de acostarme, que no se fuese.

—¡Á mí!

—Á tí, mamá, mamá mia.

—Yo no puedo nada en esta casa.

— Que no se vaya Antonio.

Y los pucheros de Ricardo se elevaron á sollozos.

— Que no se vaya Antonio.

Y no cesaba de llorar y repetir la misma cantinela.

— Ya verémos mañana.

— Yo quiero que no se vaya.

Y lloraba.

— Lo que tú tienes, Ricardo, es sueño.

— Prométeme que no se irá Antonio.

— Ya harémos lo posible. Vamos á acostarte.

El niño se serenó con esta promesa indirecta.

— ¿Llamo á Panchita?

— No, te acostaré yo misma. Toma esa vela.

Y Ricardo tomó una palmatoria de plata que estaba sobre la mesa.

— Á dormir, á dormir.

— Lo que tú quieras, mamá. Pero que no se vaya Antonio.

— Vamos á dormir.

Y Carolina cogió la palmatoria en una mano, el bracito de su hijo en la otra, abrió la puerta de su dormitorio, pasó por él rápidamente, entró en el dormitorio de su hijo, dejó la vela sobre la mesa de noche, y se puso á desnudar á Ricardo, dando á cada momento un beso en sus sonrosadas carnecitas.

El niño miró atentamente á su madre, y le dijo:

— Mamá, parece que hayas llorado.

— Hijo mio, reza.

Ricardito se puso de rodillas sobre la cama ántes de envolverse en las sábanas, plegó sus manecitas, y clavó los ojos en una magnífica copia de la Vírgen de la Silla, de Rafael, que á su frente pendia.

— Reza por tu padre.

Y el niño rezó.

— Reza por tu madre, hijo mio.

Y rezó el niño con más fervor.

— Reza por todos los desgraciados.

Y continuó el niño rezando.

— Vamos, acuéstate.

— Espera, mamá. Voy á rezar para que Antonio no se vaya.

Y aquél fué el rezo más ferviente de todos los rezos de Ricardo.

— ¡Inocente! exclamó Carolina.

— Buenas noches, mamá.

— Buenas noches, hijo mio, le respondió Carolina, cubriendo de besos las mejillas de su hijo.

Y el niño se durmió dulcemente.

Largo rato, despues que el niño se habia dormido, estuvo Carolina contemplándolo. No se cansaba de mirar la paz en el rostro, la serenidad en el sueño, el color en las mejillas, la tersura en la frente, los cabellos ensortijados, las carnes apretadas y sonrosadísimas, la respiracion tranquila, y el aroma de inocencia, de candor, que en torno suyo despedia aquel pedazo de su corazon, manantial purísimo de sus únicas alegrías, ángel de sus consuelos. El espíritu de Carolina se concentró en la idea supre-

ma de la educacion de su hijo. Como el ave, inspirada por el oráculo divino del amor, recoge las hojas secas, la goma derretida, el filamento de las plantas, las plumas arrojadas en los corrales, las lanillas caidas de los vellones en los apriscos; y valiéndose de sus patitas, de su pico, arregla, construye, cincela primero, y amolda luégo con el pecho, con el vientre, los nidos al huevo, y á los polluelos que del huevo saldrán, mostrando ciencia instintiva de física, de mecánica, de arquitectura, de escultura, para formar el santuario de su corazon, el hogar de su familia, el templo de lo porvenir; la madre, la madre aprenderá todas las artes, todas las ciencias en las revelaciones de su corazon transfigurado, y abrirá al hijo querido los caminos de la vida.

Ella, la madre, sabrá higiene que lo preserve, medicina que lo cure, moral que lo purifique, el arte de esas canciones melancólicas que lo arrullen y lo adormezcan, la historia en cuentos que lo distraigan y lo ilustren, la teología

natural, que habla de Dios y de su amor infinito; la elocuencia no aprendida, que despierta ideas y sentimientos; la prevision elevada á veces al carácter sublime de una verdadera profecía, la plegaria religiosa, apropiada á cada acto de la vida, como jamas la supieron los santos en sus éxtasis; la ciencia toda necesaria á iluminar los albores primeros de la vida.

Así es que cerró los ojos Carolina y se puso á pensar en su hijo, exclusivamente en su hijo; en el gozo divino que difundió por sus venas al palpitar dentro de sus entrañas, en el dolor sagrado que le impuso á la hora suprema de venir al mundo, en la lactancia con que lo alimentó, no queriendo que ninguna mujer compartiese con ella este divino ministerio; en las angustias de las enfermedades frecuentísimas por edad tan tierna, en las palabras primeras que gorjeára su garganta, en la curiosidad con que miraba todos los objetos y en la avidez con que les tendia las manos, en la sonrisa de preferencia y en la mirada de amor que siempre consagraba

á su madre, en cuyo seno únicamente queria reposar y dormirse.

Deteníase Carolina con amor á recordar el instante en que su hijo naciera, instante que comparaba con la Noche Buena de su hogar, y con los santos placeres de su inocencia. Así, como en su niñez, al són de rabeles y zampoñas, al toque alegre de las campanas que repicaban á media noche, entre cánticos sencillos y religiosos, el niño venía como un Dios, saludado por las estrellas del cielo y por las alimañas del establo, bendecido por los ángeles y por los pastores; en aquella noche del nacimiento de su hijo, en aquella noche, en que el gozo moral hubiérala acabado sin la providencialísima compensacion del dolor físico; en aquella noche, al oir su primer vagido, al verlo en la primera expansion de la vida, al tocar su cuerpecito desnudo con las manos trémulas, al estrecharlo por vez primera contra su seno, y posar en su frente los labios, habia sentido tambien que aquel niño era el enviado del cielo á su vida, el

reflejo de lo divino en su hogar: Dios, Dios mismo revelándose en la inspiracion casta del amor más puro, y en el verbo divino de aquella querida criatura.

Desde entónces sólo pensó en su crianza, en su educacion, en su cultura. Rodeóle de juegos, de juguetes, de chucherías, que él destrozaba para satisfacer las instintivas necesidades de análisis congénitas al espíritu humano hasta en sus comienzos. Entrególo todo entero á los abrazos de la naturaleza, á la vida física, para que fuese en lo porvenir, por su robustez, por su fuerza, por su connaturalizacion sencilla con los elementos, digno ciudadano del universo. Así que los primeros latidos del sentimiento resonaron en su corazon, le enseñó á querer; así que las primeras palabras, albores de la idea, vagaron por sus labios, le enseñó á orar; pulir su cuerpo, iluminar su alma, eran los propósitos casi exclusivos de la existencia de Carolina, existencia compendiada, resumida en su hijo.

Pero en aquel momento supremo comenzaba

una crísis suprema tambien. El ministerio de la madre en la educacion no se acaba nunca, porque la mujer es siempre la escultora divina del alma. Pero en cuanto el niño crece, tiene sobre él más imperio, más influencia, más poder, y por lo mismo más derechos, el padre. Halo llevado la madre en su seno, halo tenido en su regazo, lo ha vivificado con su sangre en las entrañas, lo ha nutrido con la leche de sus pechos, y despues le ha puesto las cuerdas del sentimiento en el arpa del corazon, y los espejismos del arte en los celajes infinitos de la fantasía. Merced á la inspiracion de la madre, es bueno, es caritativo, es artista, es poeta, es humano; comparte todos los dolores, se compadece de todas las debilidades, sueña, idea, ama, tiene imaginacion y sentimiento. Pero el hombre no ha de vivir solamente en la naturaleza como un rey en su palacio, ha de luchar con la naturaleza; el hombre no ha de vivir con los demas hombres como un fraile en su convento; ha de sentir la emulacion de las competencias

humanas, y ha de abrazar la ruda pena del trabajo; el hombre no ha de encontrar una sociedad completamente apropiada á su genio y á su espíritu, puesto que la sociedad será mantenida por una generacion y renovada por otra en esta serie de acciones y reacciones que forman el tejido de la historia humana; y necesitará, para llevar su contingente de esfuerzos á la obra del progreso universal, ser tambien ciudadano. Y en este momento comienza la educacion del padre, cuando el niño se apercibe á entrar en el período de la pubertad. La madre lo ha hecho religioso y moral, deberá hacerlo el padre fuerte y trabajador; la madre le ha dado el sentimiento, y el padre le dará la idea; la madre lo ha educado para las satisfacciones y para los cariños, el padre deberá educarlo para las tristes asperezas y para los combates sangrientos de la vida.

Y hé aquí por qué el matrimonio debe ser eterno, indisoluble, extenderse á más allá de la muerte, y los esposos deben jurar amarse hasta

la eternidad, porque sólo unidos en sentimientos, sólo unidos en ideas, sólo unidos en vida y en muerte podrán formar el alma entera, el alma completa, de sentimiento y de idea, de amor y de combate, de poesía y de realidad, de familia y de sociedad; para el hogar, para el taller, para el comicio, para el mundo; alma múltiple, vária, infinita, como la necesitan para ser felices en sí mismos, útiles á sus semejantes, bienhechores para el mundo, todos, todos los hijos.

Pero ¡ah! que Carolina veia los peligros abriendo sus bocas de abismo al pié del lecho de su hijo; veia las tempestades arremolinar nubes de muerte entorno de su frente, porque las ideas de su madre eran unas y otras las ideas de su padre, porque éste se habia caido para siempre del corazon de su esposa; porque tras las últimas cartas y los últimos sucesos el divorcio entre aquellas dos almas estaba completamente consumado, y la ruina moral de aquel hogar estaba hecha; y todos los fragmen-

tos, todos, de estas ruinas, ya irreparables, iban á caer sobre el lecho de su hijo é iban á aplastar su corazon de niño y su ventura en el mundo. Así es que alzó los brazos al cielo primero, los tendió luégo sobre el cuerpo de Ricardo, lo abrazó con el terror con que pudiera abrazarlo en grande, en terrible naufragio, é inundó de lágrimas su rostro. El niño dió un gemido como si se despertára; mas súbitamente su madre volvió en sí, entonó una cancion melancólica, y se quedó profundamente dormido en la inocencia el hijo de sus entrañas.

CAPÍTULO VI.

LA TEMPESTAD.

La noche era calurosísima. Carolina abandonó la habitacion de su hijo con alguna tranquilidad, y se fué á respirar en atmósfera más fresca á la magnífica galería de mármoles que daba sobre el frente principal de los jardines. Allí no encontró alivio al calor sofocante. La tierra parecia un horno, el cielo inmensa condensacion de las nubes de humo exhaladas por el horno. Los nervios de la jóven vibraban, no sólo á las emociones de aquellos angustiosos dias, sino tambien á la sacudida de las corrientes eléctricas,

diseminadas por los aires. La agitacion de su alma se completaba con la extraña, con la violenta, con la terrible agitacion de su cuerpo. No se doblega una caña al viento como se doblegaba Carolina al impulso de un dolor tenaz é intenso. Las nubes de tal suerte estaban bajas que caian con terrible pesadumbre sobre su cerebro. En su retina, caldeada por la fiebre, se dibujaban aquellos nubarrones como aves de rapiña gigantescas, venidas de los abismos infinitos á devorar sus sesos. De vez en cuando un relámpago de intensidad extraordinaria atravesaba el cielo; un ruidoso trueno rodaba por sus abismos; y al centelleo del relámpago, y al estampido del trueno, terribles sacudimientos conmovian todos los nervios de Carolina con profundísima conmocion.

Rápidamente se habian condensado aquellos océanos de vapor tempestuoso, en cuyos senos chispeaba y rugia el rayo. Estaban los cielos negros como el fondo de una tumba, y por sus espesas tinieblas culebreaban los relámpagos

en tal número é intensidad que parecian cataratas de fuego. La siniestra claridad, semejante á un dia rápido y pálido, brillaba un momento, y cuando se habia apagado sonaba la voz terrible de la tempestad, repercutida por el suelo caldeado, y por las nubes llenas de llamaradas horribles. En todos lados, por todos los bordes del horizonte, culebreaban las centellas; y dos ó tres terribles truenos se encontraban como las olas en los remolinos, formando un coro verdaderamente infernal. Las gotas que llovian las nubes, y los granizos que daban sobre los cristales y los árboles venian á acrecentar lo terrible del estruendo. Carolina estaba agitada como diz que se agita la aguja magnética al aproximarse á una montaña saturada de chispas eléctricas; pues el aire parecia campo inmenso de batalla donde las nubes armadas de sus rayos, como los dioses antiguos, mantenian entre sí una terrible lucha, agitando profundamente desde los senos del mar hasta los senos de la tierra.

¿Qué relacion verdaderamente misteriosa hay

entre el espíritu y la naturaleza? Tempestades en el cielo y tempestades en el alma; gotas ardientes de lluvia eléctrica y lágrimas ardientes de dolor infinito; el relámpago en los aires y el sentimiento en el pecho; el rayo atravesando la bóveda celeste y la idea hiriendo el cerebro; en el universo y en el espíritu, en el horizonte visible y en el alma invisible los mismos dolores, las mismas tempestades, los mismos lamentos, como si el mundo externo fuera el organismo del espíritu.

Sólo habia una diferencia, y era que las tempestades de la naturaleza serían pasajeras, y las tempestades del corazon iban á ser eternas; que la naturaleza necesita las tormentas porque purifican la atmósfera y restablecen la armonía de sus corrientes, miéntras que los dolores morales destruyen, matan. Así es que Carolina se retorcia al choque del relámpago y al choque de la idea; se aterraba al estampido del trueno y al estampido del remordimiento; se sumergia en aquel baño de fuego, y se sumergia tambien

hasta ahogarse en océanos de lágrimas. Tierra y cielo, pensamiento y memoria, pasado, presente, porvenir, todo, todo estaba para ella, para su corazon, todo erizado de agudísimas espinas. No veia ni un claro en el cielo, ni un claro en su conciencia. Convertia los ojos á todas partes, y en todas partes encontraba algo que la reconviniese, algo que la maldijera, la sacudida de sus internos terrores, el reflejo de sus remordimientos.

¿Por qué habia roto, pobre alma, la ley de la naturaleza? El amor es el principio universal, porque el amor refunde los contrarios, la ternura y la fuerza, la satisfaccion y el deseo, la muerte y la inmortalidad. El amor junta lo que parecia separado; completa lo que parecia incompleto; enciende la luz de la idea divina en la inteligencia oscura, y el fuego de la pasion voraz en el pecho ántes helado. Todo el que ama se consume en el amor como el cirio en la llama, y desea instintivamente morir por el objeto amado. No es posible analizar el amor.

Se siente y no se comprende. Es una luz en cuyo seno hay un misterio. El alma que analiza el amor corre el peligro de Psíquis, la cual encendió su lámpara para ver al bien amado que venía de noche á enamorarla en las tinieblas, y el bien amado se le disipa, se le desvanece, se le evapora, castigo de su curiosidad, en los giros del aire como un aroma, y como un resplandor en los arreboles del cielo, dejándola viuda y solitaria sobre la tierra. Es necesario cumplir religiosa y desinteresadamente esta ley que perpetúa las especies engendrando nuevos seres, y que devora con sus angustias, con sus celos, con sus deseos, sin satisfaccion posible, con su sed eterna, los seres vivientes; que trae á unos á la cuna, y lleva á otros al sepulcro; que consume y aviva, que crea y mata. ¡Pobre Carolina, víctima inocente del destino! Casada ántes de amar, y amando despues de haberse casado, á otro hombre que no era su marido; viviente demostracion de que el interes no puede sustituir al amor, como el análisis no puede crear de nue-

vo la fe perdida, ni su brillo, ni su calor, ni su divina fecundidad. Contradiciendo á la naturaleza, figurándose que toda la vida podia concentrarse en la amistad tranquila de los primeros dias de su matrimonio, Carolina se entregó á un hombre á quien no amaba, y ahora, en el desierto de su vida, en el hielo de su hogar entreveia el amor como si, condenada el fuego del infierno, viese desde sus profundos abismos, para mayor desesperacion, un lejano confin del paraíso, un espejismo del cielo, un albor de la bienaventuranza.

Así es que la tempestad de aquellos momentos supremos correspondia á la tempestad de su espíritu, tempestad igualmente intensa que la del cielo, y mucho más duradera. Pero el ruido del trueno era tan fuerte, el centelleo del relámpago tan frecuente, el bramar del aire electrizado en las ramas del bosque tan extraño, que el pensamiento de Carolina se dejó arrastrar por los sacudimientos de la tempestad. Si la seguridad de que los pararayos preservaban de

todo peligro su habitacion no la serenase, tendria miedo, no por ella en verdad, sino por su hijo. Cuando todavía no acababa esta idea de cruzar por su mente, un relámpago intensísimo inunda en siniestra claridad los cielos; con el centelleo del relámpago coincide el culebrear de un rayo que baja como voraz serpiente de fuego sobre los techos; con el culebrear del rayo el estampido seco de un trueno semejante á várias descargas de artillería; con este espantoso estruendo el sacudimiento de todo el palacio que parecia un buque en alta mar zozobrando; y á los pocos momentos, no repuesta aún Carolina del estremecimiento que en su cuerpo y del terror que en su alma habia despertado la descarga eléctrica, aparece Panchita, medio exánime, con ojos y ademanes de demente, sin poder proferir una palabra hasta que por un esfuerzo sobrehumano dice: fuego, rayo, rayo, Ricardito se abrasa.

Oir esto Carolina y lanzarse al cuarto de su hijo es obra de un minuto. Pero las llamas sa-

len por la puerta, y la asfixian, y cae sin sentido como herida de un rayo. Mas su voluntad es superior á su naturaleza, y arrastrándose por el suelo, en medio de los estremecimientos de una convulsion espantosa, grita con fuerte voz: socorro, socorro. Apénas el viento ha recogido esta palabra, cuando aparece Antonio, mira á Carolina, le coge la mano, se la aprieta con furor y exclama : Voy á morir por vuestro hijo.

La presencia de Antonio devuelve el ánimo á Carolina, que se levanta, se queda como petrificada y mira con terror las puertas del dormitorio por donde ha penetrado el esclavo. En efecto, salta éste entre las llamas como si volára, corre al lecho rodeado de humo, arranca de allí á Ricardo, abre una ventana, lánzase con el niño al jardin, vuelve á entrar por la puerta de la galería y lo deposita en brazos de su madre, sano y salvo. Carolina se adelanta fuera de sí á recoger á su hijo, que Antonio viene besando, y en aquel momento los rostros de ambos jóvenes se tocan y se confunden sobre el rostro del niño.

En su expansion Carolina tiende sus brazos á Antonio para darle gracias por haber salvado á su hijo; pero el mulato le dice que no se contenta con salvar al niño, que desea salvar tambien los objetos pertenecientes al niño, y caros á la memoria de sus padres.

En vano pugna por retenerlo junto á sí Carolina. El amante quiere probar que le importa poco la vida cuando se trata de arriesgarla y áun de perderla por su amada. El amor le sostiene, le alienta, le vuelve invulnerable, incombustible, inmortal como á los caballeros milagrosos de la Edad Media. Y en efecto, sereno en medio de las llamas, desafiando la muerte, entre nubes de humo, donde la respiracion es imposible, Antonio salva todos los objetos que el fuego no habia aún consumido. Una interrupcion en el pararayos que avecinaba la cámara de Ricardo habia atraido á su habitacion la descarga eléctrica. La camita de cristal de roca, verdadero prodigio de arte, en que dormia, y las cubiertas de seda le preservaron del rayo. Pero

las llamas estaban á punto de consumirlo, el humo á punto de asfixiarlo, cuando le salvó la mano poderosa de Antonio. Los tapices de las paredes, los cuadros, los pabellones, todo ardió. Pero las joyas de Ricardo, su rico ajuar, esto se salvó, merced á la serenidad, al valor, á la firmeza del esclavo. Despues de haber salvado todos estos objetos con una felicidad increible, se dió á extinguir las llamas, sin que ninguno de los esclavos se atreviera á los riesgos á que él se atrevia, ni llegára á los sitios á que él llegaba.

Largas horas duró aquella lucha titánica con los elementos. Aquí una nube de humo le cortaba la respiracion, allí una llamarada le abrasaba las carnes, allá un objeto desprendido con fuerza y con estrépito le amenazaba el cráneo, acullá el suelo candente le quemaba las plantas de los piés. Pero aquel hijo de las selvas americanas, aquel agilísimo cazador, aquel gran gimnasta, parecia estar en el fuego como en su elemento, por haber sido forjado en el

bronce, en que forja naturaleza los seres fuertes. La servidumbre entera, que le auxiliaba de léjos, repetia sus alabanzas y admiraba el prodigio de su valor y de su esfuerzo. Por fin, luégo que hubo salvado á Ricardo de aquella segura muerte, á Carolina de aquella segura desgracia, á la quinta de aquel seguro incendio, luchando horas y horas con las llamas, al dejarlo todo concluido, todo en su puesto, la sensibilidad se sobrepuso á la fuerza, y una especie de ataque epiléptico le sobrecogió con furia en la habitacion misma de Carolina. Ésta hizo que pusieran al salvador de su hijo en su propio lecho para cuidarlo ella misma, y mandó á Panchita que se quedára con ella á velarlo. Y ama y esclava velaron aquella noche al esclavo, con gran extrañeza del administrador, que no comprendia, áun despues de lo sucedido, tantas deferencias á un siervo y á un mulato.

CAPÍTULO VII.

¡IMPLACABLE!

El afecto que hasta entónces habia sentido Carolina por Antonio se convirtió en una verdadera pasion. La pobre jóven comprendió que con su esposo la ligaba el deber y con el mulato la ligaba el corazon. Al sentir esta verdad tristísima sufrió su cabeza un vahido como si al borde oscuro de insondable abismo se acercára. Comprendió que sola, abandonada por tan largo tiempo de su esposo, y por una pasion exaltadísima acometida en su virtud y en su conciencia, no podia ménos que luchar sin esperanza y sin éxito. Separarse de Antonio,

separarse inmediatamente, era necesario. A medida que más exaltadamente le amaba, más comprendia la necesidad de esta separacion. Pero Antonio la habia cuidado como una providencia, Antonio la habia sostenido como un ángel custodio y Antonio habia salvado de las llamas al amor de sus amores, á su hijo.

¿Qué hubiera sido de su existencia sin el hijo de sus entrañas? En vez de aquel sér, sonrosado, hermoso, en cuyos ojos bebia la luz, en cuya sonrisa la miel única de su vida, hubiérase encontrado con un cadáver carbonizado por el incendio. Y solamente á Antonio le debia la vida de su hijo, á Antonio, que arriesgaba su existencia por ella y por Ricardo. Al contacto de este pensamiento, latian sus sienes, henchidas de ideas, latia su corazon, de sentimientos henchido; enardecíansele las venas como si fueran venas de un volcan, y murmuraba entre dientes no serle, no, posible la victoria sobre Antonio, sobre su avasalladora naturaleza, sobre sus fascinantes pasiones. El celo que habia mostrado

el mulato siempre por ella, el culto religioso, el amor apasionado, su último sacrificio por el amenazado niño, dándole segunda vez la vida, en virtud de un milagro de heroismo, todo esto, á la verdad, rompia los diques de su voluntad y la arrastraba en la corriente impetuosa de una pasion que rayaba en demencia.

—Seré débil, decia, seré criminal, pero yo no puedo resistir á ese hombre. Quizá mi voluntad sea cómplice de mi culpa. Quizá, mandando sobre mí con verdadero imperio, podria vencerme y salvarme. Pero mi voluntad no quiere ser ni redimida ni salvada. En esta deshecha tormenta sólo me queda, como luminaria próxima á extinguirse, la vacilante luz de mi conciencia. Pero esa luz puede apagarse en un momento de frenesí, y cuando renazca habrá renacido sobre los restos despedazados de mi virtud y de mi honra. No hay más remedio que la separacion inmediata de Antonio, no hay, no puede haber más remedio. Se necesita urgentemente ocurrir á este supremo remedio.

Pero separarse de Antonio para que su ignominia continúe, para que su esclavitud dure y se prolongue, para que el trabajo forzado sea todo su porvenir, para que el cepo aherroje sus piés y el látigo manche sus espaldas; separarse así de Antonio, era imposible, completamente imposible á su corazon. Uno de los mayores recreos de su vida habia sido, cuando contemplaba nerviosa ave prisionera, cautiva, chocando con los hierros de su cárcel, procurarle libértad, á fin de ver su alegría y oir el gorjeo de su garganta y el roce del ala desplegada en el inmenso aire; y no podia dar libertad á un humano, aunque aquella libertad hubiera de ser su desgracia.

Y este sér humano era algo más que su siervo, era el salvador de su hijo. Desde el momento mismo en que consumára aquella accion, habia pasado á formar, no ya parte integrante de la familia, sino parte integrante del alma de una madre redimida, de una madre vuelta á su dicha, que iba á perderse entre el humo del incendio. Era cosa increible para la pobre Caro-

lina que fuese tan despiadado é ingrato su marido. ¿Estaria el alma de Jura cerrada á todo sentimiento humano? ¿Venderia, no ya al siervo fiel, sino al salvador heróico de su hijo? Carolina apeló al telégrafo para noticiar á su esposo el horrible caso y la sublime heroicidad de Antonio. Su telégrama se hallaba concebido en los siguientes términos:

«Horrorosa tempestad. Exhalacion caida en el gabinete de nuestro hijo. Incendio. Ricardo á punto de morir asfixiado. Salvóle Antonio con riesgo de su vida, penetrando entre las llamas. Ha estado á punto de morir. Creo que esta accion tan noble bien merece la libertad de Antonio. La pido en nombre de los sentimientos más caros á tu corazon; la pido como madre.—*Carolina.*»

Retirado estaba Jura en su habitacion cuando recibiera este telégrama. El corazon le estalló en ira. No vió el peligro que habia corrido su hijo ni el sacrificio que habia hecho su siervo. No sintió penetrar en sus entrañas de padre

la inmensa gratitud que rebosaba del corazon de la madre. Los celos, solamente los celos, exaltados, furiosos, encendieron su sangre y abrasaron sus carnes. El combate con los estragos del rayo y el paso en medio de las llamas, no habian sido, en su sentir, más que medios empleados para ganarse el corazon de Carolina y asegurar así más la deshonra del esposo.

Fuera de sí, y al ímpetu de esta idea, dirigió la siguiente respuesta á Carolina: «Celebro la salvacion de mi hijo. Antonio ha cumplido con su deber de siervo. Para eso le teníamos. Ya no oigo más ruegos, ni atiendo á más plazos. Vended en seguida á Antonio. Lo mando con todo imperio. Vuelvo á casa, y no quiero encontrarme en casa con Antonio. Que lo envien al mercado mañana mismo.—*Jura.*»

Cuando Carolina recibió este parte, lo devoró con la vista, y al ver su contenido, lo estrujó entre las manos, y sólo pronunció estas palabras: ¡Implacable como el destino!

CAPÍTULO VIII.

LA CAIDA.

Noche misteriosa. Las estrellas brillaban como otras tantas retinas centelleantes de amor. Las brisas del apartado mar, las auras del vecino rio suspiraban voluptuosas y embriagadoras. Las flores abrian sus cálices y exhalaban aromas que podian confundirse con el aliento de un pecho enamorado. Sobre las flores, entre el verde follaje, brillaban algunas luciérnagas. Los extraños, los poéticos rumores de la noche, concertaban una verdadera sinfonía, animada por mezcla extraña de sensualidad y de

misticismo. El rocío que sobre las hojas temblaba, podia tomarse por esas lágrimas de las pasiones, que son la lluvia de las tempestades del alma. El rayo de luz que una estrella mandaba á otra estrella; el aura y la brisa que se confundian como dos oraciones; la esencia que ascendia de las flores y el rocío que bajaba de los aires; el concierto de los ruiseñores, en su insomnio sublime, en su celo por los futuros artistas que han de perpetuar sus coros; el quejido del cuclillo y hasta el grito del sapo, toda esta confusion de rumores convidaban al amor, y en el amor á la esperanza.

Carolina estaba inclinada sobre la barandilla de una de las ventanas de su habitacion, mirando extática aquel grandioso espectáculo, oyendo aquellas extrañas armonías. Blanco peinador la cubria, semejante á la túnica de una estatua griega, y sus largos cabellos flotaban sobre las bien torneadas espaldas. Sus manos acariciaban algunas flores marchitas, y sus ojos se embebecian en la contemplacion de las lejanas estre-

llas. Hubiera querido en aquel momento tener alas para subir de la baja tierra á otros mundos mejores, con su hijo en brazos, huyendo de dos abismos igualmente tristes y pavorosos; del amor que le inspiraba su esclavo, y del horror que le inspiraba su esposo.

Cuanto más entregada se hallaba á este pensamiento, oye un quejido. ¡Ah! Era Antonio. De tal manera se temia á sí misma, que dudaba si dirigirse al lecho del enfermo, ó escaparse de allí huyendo, no de su amado, huyendo de sí misma.

En verdad, nunca la varonil hermosura del mulato mostró tanto como en aquel instante su virilidad y su fuerza. La frente espaciosa, realzada por las sortijas del cabello; los ojos negros, y encendidos con la animacion de las pasiones voraces; la nariz aguileña, y de un perfecto dibujo, digno de las estatuas griegas; entreabiertos los rojos labios, dejando entrever dientes como el marfil de blancos y bruñidos; el pecho robusto, á la manera de ancha fragua;

el cuello modelado con todos los rasgos de la robustez; el mismo bronceado color realzando todas las perfecciones de su fisonomía, dábanle el singular aspecto de un sér excepcional, de un hijo predilecto de la naturaleza.

Carolina se acercó á la cabecera de su lecho, sin echar de ver si Panchita estaba ó no estaba en la estancia. Sin embargo, Panchita se habia ido. Los dos, Antonio y Carolina, se hallaban, pues, solos, entregados á sí mismos, en medio de los embates de sus respectivas pasiones, alentados por la soledad y por los hechizos de la voluptuosa noche.

El combate fué tremendo. Apeló el mulato á todas las seducciones de su elocuencia, á todos los atractivos de su carácter, á todos los recursos de su prodigioso ingenio. Pintó su pasion, su voracísima pasion con los colores más vivos, como algo superior á la naturaleza humana. Junto aquella pasion puso el hielo del anciano egoista, manchado de crímenes, empedernido, incapaz, no ya de misericordia, incapaz de

remordimientos. La naturaleza habia hecho á Antonio para Carolina y á Carolina para Antonio quizá desde la eternidad. Los habia lanzado á los mares de la vida para que se buscasen y se encontrasen y se confundiesen, atraidos por el mútuo magnetismo de sus almas. Todos los que se interponian en el camino de aquellas dos almas, todos los que les cerraban el paso, todos los que impedian su confusion en lo infinito del amor, eran reos de una sublevacion contra la naturaleza y contra sus leyes. Así poco á poco la tentadora serpiente se fué enroscando en torno de la pobre Eva, que llevaba en sí fatal curiosidad por conocer los secretos del amor verdadero. Lo cierto es que ni su virtud, ni su conciencia, ni su castidad, ni el amor á su honra y á su nombre, ni el recuerdo de su hijo, ni la fidelidad hasta entónces inquebrantable á su esposo, ni su repugnancia al vicio, pudieron salvarla de aquella inmensa fascinacion que sobre todo su sér ejercia el mulato. Cayó, cayó desplomada sin voluntad y sin conciencia

en sus brazos. Le entregó en vertiginoso momento de olvido aquella virtud que habia sido hasta entónces inexpugnable á todos los halagos. El ángel fué mujer, y mujer pecadora. El siervo fué señor de aquel cuerpo, como habia sido señor del alma. Carolina cayó vencida por su amante, y por sí misma vencida.

Pero en cuanto el vértigo pasó, en cuanto, consumada la falta, se despertó la conciencia, y con la conciencia el remordimiento, Carolina tuvo horror de sí misma. La pérdida de su virtud, el recuerdo de los beneficios recibidos de su esposo, el nombre querido de su hijo, la estimacion de sí misma, la voz de la conciencia, los instintos de todo su sér se arremolinaron en torno de su alma, y la ciñeron una corona de espinas que llevó clavada por toda una eternidad.

Fuera de sí, demente, con una exaltacion verdaderamente extraordinaria increpó á Antonio por su atrevimiento al par que se increpaba á sí misma por su debilidad. Y al des-

ceñirse de sus brazos le juraba que la culpa habia levantado entre ellos un abismo insondable, un abismo que no podia salvarse.

Antonio, transfigurado con la satisfaccion de todas sus pasiones, con el logro de todos sus deseos, le proponia una fuga al desierto, á las tierras donde el esclavo era libre, y donde podian entregarse libremente á todos los goces del amor que habian comenzado á gustar.

Pero Carolina, herida en su dignidad, en su orgullo de mujer, de blanca, de patricia, lo olvidó todo, se acordó sólo de su deshonra, y le anunció á Antonio, despidiéndose de él con verdadera furia, estas terribles resoluciones: «Esclavo audaz, mañana se cumplirá tu sentencia, mañana serás vendido.»

—Mujer, mujer, le dijo Antonio, mia ya, mia, no te separes de tí misma al separarte de mí. No te vendas al venderme. Huir es salvarte, es redimirte. Venderme es vengarte. Venderme es perderte. Venderme es faltarme á mí despues de haber faltado á tu esposo.

Estas palabras acabaron de herir en tales términos el orgullo de Carolina, que cogiendo frenéticamente la pluma, como si cogiera un puñal, trazó con fiebre las siguientes líneas, dirigidas al administrador: «Mañana se cumplirán las órdenes terminantes de mi marido; mañana estará en el mercado el esclavo Antonio.» Y sin embargo, en aquel instante amaba más que nunca, con más exaltacion que nunca, la pobre Carolina á su impetuoso amante, á su soberbio vencedor.

CAPÍTULO IX.

DESPEDIDA Y LLEGADA.

A la puerta de la quinta se veian todos los aprestos necesarios para trasladar del campo á la ciudad varios esclavos. Los negros, arremolinados en torno del carro, departian sobre el increible suceso de la venta de Antonio. Ninguno daba crédito á sus ojos. ¿Quién cuidaria de la estufa, donde tantas várias flores brillaban? ¿Quién cultivaria el jardin? ¿Quién clasificaria los pequeños museos del amo? ¿Quién seguiria á todas partes á la señora? ¿Quién acompañaria á Ricardito, le hechizaria con sus

consejas, le entretendia en sus juegos, le divertiria y le distraeria constantemente?

Miéntras tanto, Antonio entraba en la estancia de Carolina, para darle el adios último y apercibirse á la suprema despedida. Cruzados los brazos, inclinada la cabeza sobre el pecho, relampagueantes los ojos, lívidos los labios, trémulo todo el cuerpo, aparecia el mulato como la imágen del dolor.

Ni una palabra, sin embargo, dijo; ni un suspiro exhaló. Miraba á Carolina con la siniestra mirada del tigre, y su respiracion fatigosa se parecia á un rugido.

—¡Antonio! exclamó Carolina al verlo entrar.

—Señora, murmuró Antonio.

—No hay remedio.

—¿Lo creeis así?

—No, no lo hay.

—¿Os lo dice vuestro corazon, señora, ú os lo dice vuestro orgullo?

—Me lo dice mi conciencia.

—Tambien debe deciros que sois de Antonio

por la naturaleza, por nuestra verdadera madre, y que abandonais á Antonio por la sociedad, por nuestra verdadera tirana.

Los ojos de Carolina se encendieron, se caldearon sus mejillas, y un escalofrío horrible sacudió todo su cuerpo.

—Me recuerdas mi culpa.

—Vuestra culpa.....

—Sí, la horrible, la espantosa culpa. . .

. . . .

—Que empieza ahora, que ahora es verdaderamente inexpiable.

—¡Piedad, piedad de mí te pido!

—¿Y quién la tiene de mí en el cielo y en la tierra?

—¡Antonio!

—La mujer que he amado como un loco me vende como un perro.

—Calla.

—El premio que he merecido á esta pasion, es la venta en público mercado.

—Por Dios.

—Recibid, recibid el oro que os hayan dado por esa venta, y gastadlo en adornos y afeites que realcen vuestra hermosura, miéntras muerde el látigo mis espaldas.

—¡Pasion terrible!

—Carolina, hablaréis de mi pasion, de esta pasion que ha consumido mi existencia.

—No, no; hablo de la mia.

—¿De la vuestra?

—Sí, de la mia.

—¿Creeis sentirla?

—¡Y tú me lo preguntas!

—La pasion es un deseo exaltado, pero tambien duradero; es una sed hidrópica, que cuanto más bebe, más se exacerba; es un fuego que abrasa y no consume; es un dolor voluptuoso que deseamos prolongar en vida y hasta más allá de la muerte.

—No retrates, no, así las pasiones.

—Y si hubierais sentido por mí una pasion verdadera, conmigo rodariais hasta el fondo del abismo, en mis brazos viviriais tranquila, y

en mi alma se engarzaria vuestra alma, como la estrella en el cielo.

—¿Y la sociedad, y la familia, y mi esposo, y mi hijo?

—¿Miraste eso al tropezar y al caer? ¿No lo rompiste todo? ¿No saltaste sobre todo? Si por mí sintieras, Carolina, una pasion, me seguirias. Lo que sientes, no te equivoques, lo que sientes ahora es un capricho satisfecho con la borrachera de una noche.

Carolina, al oir aquellas terribles palabras, cayó de rodillas á los piés de Antonio, se retorció de dolor, se agarró á sus manos con exaltacion nerviosa, pidiéndole á gritos que no le asesinase el alma. Pero Antonio continuaba impasible.

—Una pasion es ciega, es absorbente, es única, es inextinguible. El mundo interior y el mundo exterior le parecen sombras; el cielo y la tierra nubes; la familia y la sociedad fantasmas frente á frente del objeto amado. Yo te he querido á tí, Carolina, con fiebre, con una fiebre que doblaba mi existencia. En mi cerebro no

entraba más imágen que tu imágen. En mi memoria no habia más recuerdo que tu recuerdo. En mi corazon no habia más afecto que tu amor. Yo vivia feliz contemplándote, aunque te contempláras ingrata. Yo amaba tu sombra lejana, y velaba tu sueño, aunque durmieras en brazos de mi rival.

—¡Dios mio!

—La ligera satisfaccion dada á este amor no ha hecho más que aumentarlo, dándole una intensidad, una fuerza, una violencia que ántes no tenía. Yo te amo cada minuto más desde aquel supremo momento.

—Y yo, Antonio, yo te adoro tambien. ¿Por qué ocultarlo? Y te adoro más desde que soy más criminal á mis propios ojos y á los ojos de Dios. Mi conciencia te aborrece; pero mi corazon te idolatra. La mitad de mi sér lucha con la otra mitad. Mas en esta lucha sólo queda viva mi pasion inextinguible por tí, por el único sér que he amado en el mundo.

—Carolina, repíteme esas palabras.

—¡Oh! Jamas. No me las repetiré ni á mí misma.

—Carolina, vuelve á decir que me amas, y me importa poco, muy poco, la esclavitud en esta vida, el infierno en la otra. Con el bálsamo de ese pensamiento podrian restañarse todas las heridas del alma, todas; y podria consumirse en beatitud perfecta toda una eternidad.

—Antonio, huye de mí, sepárate de esta mujer desgraciada.

—Sígueme.

—Imposible.

—Nos perderémos en las selvas.

—¡Oh! No, no.

—¿Me amas? ¡Y no me sigues!

—Antonio, olvida cuanto te he dicho.

—No puedo olvidarlo.

—Huye. Esquívate al mercado y á la venta.

—Huyo si me sigues.

—No puedo, no debo.

—Pues me importa poco que me vendan ó que me maten.

—No, no.

—Y quedará escrito en mi memoria y en mi vida que tú me has vendido.

—¡Yo!.....

—Y esa venta será el premio á mi pasion.

—Piedad de tí, de mí, Antonio.

—Y tendré derecho á aborrecerte.

—¿Á aborrecerme?

—Sí, á aborrecerte.

—Y yo á tí. ¡Ah! Yo vivia feliz en mi inocencia. Yo era insensible á esas pasiones, de las cuales sólo conozco ahora el dolor y la amargura. Pero tú, cruel, te has deslizado en mi paraíso y has deshecho y has desvanecido sus encantos. Y desde que te vi, la felicidad se ha acabado en mi existencia; la felicidad, que me hacia ignorar el placer, pero tambien ignorar el mundo. Y ahora dices que me aborreces. Huye de mi vista, pérfido esclavo. El látigo no te atormentará como me atormenta á mí el remordimiento. La esclavitud no te deshonrará como me deshonra á mí la culpa cometida en una hora de desvarío

y demencia. Tus noches serán ciertamente más tranquilas que mis noches. Tu vida será más serena y apacible que mi vida. Yo, esposa infiel á mi esposo, amante separada de mi amado, madre infeliz, con la punzada eterna del dolor en el corazon, con el rubor de la deshonra en el rostro, con la mordedura del remordimiento en la conciencia, me arrastro por los más hondos abismos y me pierdo en mares de lágrimas. Huye, pues, de mi presencia. Vé donde quieras. Olvídate de mí, que te maldigo. Olvídate de mí, que te aborrezco.

—¡Carolina!

La pobre y desolada mujer hizo un gesto de tal manera expresivo, un ademan de tal manera imperioso, que Antonio, con todo su valor, retrocedió como espantado.

—Adios para siempre, exclamó Carolina.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—¿Me condenas á eternos dolores?

—Te condeno.

—¿Jamas volveré á tu lado?

—Jamas.

—¿Si llamo á tu puerta?.....

—No la abriré.

—¿Si te escribo una carta?.....

—No la leeré.

—¿Si muero y te pido una última mirada en mi agonía?

—Rogaré á Dios por tí; pero no te miraré.

—¿Me desahucias?

—Te arranco de mi corazon y de mi memoria.

—¿Me aborreces?

—Sí, te aborrezco, te aborrezco, te aborrezco.

—Carolina, por última vez.

—Te aborrezco por toda una eternidad.

—Compañeros, dijo Antonio, huyendo de la presencia de Carolina, compañeros, llevadme al mercado.

Antonio se metió en el carro, dió un latigazo al caballo y se perdió en las sinuosidades del

camino. Cuando Carolina, que estaba como pegada á la ventana, oyó el chasquido del látigo, el crujido de las ruedas, se desmayó bajo la inmensa pesadumbre de sus dolores.

Cuatro ó seis horas le duró aquel desvanecimiento, parecido al sueño de la muerte. Mas al despertarse, encontróse á su lado, inmóvil, triste, á su esposo el caballero Jura.

CAPÍTULO IX.

EL MERCADO.

Bajo un techo sembrado con las estrellas de los Estados-Unidos; frente á un muro donde se destacaba pintado al fresco el retrato de Washingthon, celebrábase la feria de los esclavos. ¡Oh mengua! una colosal estatua de la República presenciaba impasible aquel espectáculo. Allí estaba Antonio, cruzados los brazos, caida sobre el pecho la cabeza, una argolla al pié, los ojos inmóviles, en ninguna parte fijos, como si mirára hácia adentro, entregado á la contemplacion de sus penas. La duda se habia deslizado

en su conciencia, y le atormentaba con tormentos infinitos, parecidos á los tormentos del infierno en su intensidad y en su desesperacion.

Dudaba, no de Dios, no del cielo, no de la justicia humana y divina; el asunto de sus dudas era más liviano, pero más atormentador: dudaba de si alguna vez habia sido amado por Carolina. El espectáculo que le rodeaba no podia ser más triste, y no le conmovia, no le impresionaba siquiera. Los negros en monton, y si no en monton, en rebaño; el chasquido del látigo, que ya amenazaba con sus crujidos, ya bebia sangre, y rociaba los cuerpos de aquellos infelices; el rumor de las cadenas y de los grillos; el lloro de unos, que sentian hasta la ausencia de sus amos, de sus tiranos; los lamentos de otros, separados por fuerza de las prendas más queridas á sus corazones; aquel hervidero de horrores no penetraba dentro de su corazon, cerrado á todo sentimiento que no fuera el sentimiento exclusivo de su amor.

En otro tiempo, en otra ocasion, ¡cómo se hu-

biera indignado de aquellas injurias á la naturaleza humana! ¡Cómo hubiera vuelto en palabras y en obras, cuanto dable le fuera, por los derechos de la humanidad ultrajada! ¡Cómo hubiera protestado de alguna manera, dada la riqueza de sus recursos y el brillo de sus ideas, contra los tiranos y los oligarcas de la tierra! Pero en aquel momento, inmóvil, impasible, indiferente á todo, sólo se acordaba de su amor y de sus penas infinitas y profundas como un océano sin fondo y sin riberas.

Le habian casi desnudado para que mostrase toda la robustez de su complexion, toda la fuerza de su temperamento, toda la belleza de sus formas, toda la frescura de sus carnes. Y en lo impasible é inmóvil parecia más bien el modelo de una academia de artes, que el objeto de un vil é infame comercio.

Los compradores se acercaban, le veian por todos lados, le examinaban con verdadero detenimiento, le admiraban por su perfeccion plástica y por la inteligencia reverberada en sus ojos;

pero retrocedian espantados al anuncio no más de lo enorme de su precio.

—Pero si es el mejor esclavo de toda la Union americana, decia aquel á quien pudiéramos llamar con exactitud chalan de siervos.

—Pero tambien es el más caro.....

—Justo. Sucede en esto como en todas las cosas.

Antonio ni siquiera pestañeó al oir la palabra cosa.

—Mas no encontrarás quien te dé ese precio.

—Lo tendrémos aquí mucho tiempo á la venta. No le corre á su amo prisa el dinero. Le mana de sus innumerables negocios á borbotones.

—Pues ¿por qué lo vende?

—¡Misterios!

—¡Donosa ocurrencia! ¿Dónde buscará y dónde encontrará otro semejante?

—Es cubano.

—Y de raza tan fuerte como la raza negra, y tan hermosa como la raza blanca.

—Sabe todas las ciencias, desde la anatomía

hasta la botánica, y sabe las letras como si hubiera pasado su vida entera en las universidades.

El interlocutor del mercader le alzaba al pobre Antonio la cabeza, le hacia girar á la derecha y á la izquierda, le tendia los brazos y los dejaba por algun tiempo inmóviles y rígidos, le auscultaba el pecho, le golpeaba el vientre, le examinaba costilla por costilla, para conocer su robustez y su salud. Antonio se dejaba examinar como si en vez de persona fuese maniquí. Ni una palabra, ni un gesto, ni el menor signo de incomodidad ó de impaciencia; diríase que habitaba fuera de él su orgullosa alma.

—Me parece, decia el moscon, el escrupuloso comprador, que está muy triste.

—Es verdad. No he podido sacarle del cuerpo una palabra, añadia el vendedor.

—Pues esos esclavos que salen de una hacienda querida y van á otra, si se entristecen tanto como este bergante, suelen morirse.

Antonio abrió sus grandes ojos al eco de aque-

llas palabras, y los fijó con agradecimiento en la mirada del comprador, como para darle gracias de aquella consoladora observacion. Mas luégo bajó los ojos y los volvió á fijar en el suelo: tal horror le diera aquella mirada vidriosa é inmóvil como la mirada de un tiburon.

—No tengais miedo de eso.

—¿Que no tenga miedo? Pues ahí tengo yo mis caudales para malbaratarlos por un romántico, al cual pudiera darle mañana el singularísimo capricho de morirse.

—Esta más sano y más bueno..... Tiene una florida juventud en toda la extension de la palabra. No es de temer, no, una desgracia así. ¡Impresionable será, lo es ciertamente! Pero en todos los seres impresionables las emociones pasan pronto.

Antonio asistia á la conversacion como si de un sér ajeno á él se tratase; ni siquiera aparentaba parar mientes en el diálogo.

—¿Pasan pronto las emociones? ¡Cáspita! Yo he visto una negra, por la bicoca de haberla

separado de su hijo, cuando hubiera podido tener muchos más en mis algodonares, donde hay robustos negros, torcer la cabeza, negarse á todo alimento á pesar de mis latigazos, y morirse muy bonitamente, haciéndome perder una gran cantidad, la maldita perra del demonio.

—No es fácil que le éntre tan fuerte á ese truhan. Está en camino de sufrir muchas emociones.

—Pero es carísimo.

—No habrá otro en América, y no puede tener otro precio.

—Mas es verdaderamente excesivo.

—No puedo rebajarlo.

—Yo no lo compraré entónces.....

—Yo lo compro.

Dijo un jóven, que llegó medio jadeante al mercado.

—¿De véras?

—Lo compro y doy por él más precio aún que el precio de tasacion.

—¡Oh rabia! Y yo, que pude comprarlo y

vendérselo á este loco, dijo para sí el mismo á quien parecia subidísimo el precio de Antonio.

—Pues mio es el esclavo por el precio de tasacion publicado en los anuncios.....

—Nadie queria darlo.

—Yo lo doy.

Antonio salió de su indiferencia y miró con curiosidad á su nuevo amo.

—Pagadlo, dijo éste á uno de sus acompañantes, que tenía trazas de ser uno de sus administradores.

Y se quedó un momento fijo, inmóvil delante de Antonio.

Éste miraba á su vez con curiosidad, y como que presentia algo de extraño.

—Antonio, ¿no me conoces?

La conversacion que hasta entónces habia sostenido el recien llegado con el chalan de esclavos habia sido en lengua inglesa; las palabras que dirigia ahora á su esclavo eran en lengua española.

—No os conozco, no.

—Bien pronto me conocerás. Deja que ántes, hermano mio, te estreche contra mi corazon, te ahogue entre mis brazos.

—Federico, Federico, gritó con fuerza Antonio.

—Sí, Federico, que, heredero de una gran fortuna, viene á buscar á su hermano de leche, para que sea su hermano de carácter, su hermano de alma, comparta con él su riqueza, como compartieron el mismo pecho y el mismo regazo.

—Federico, Federico, no me canso de mirarte.

—Ni yo á tí, hermano del alma. Ya, ya eres libre.

Y le quitó los grillos á Antonio, y le volvió á estrechar contra su pecho.

—¿Te acuerdas de mi madre, Federico?

—Santa mujer, á quien jamas he olvidado, á quien quise más que á mi propia madre.

—¿Y soy libre?

—¡Libre! Antonio, ¡libre!

Antonio meneó con aire de escepticismo la cabeza.

—¿Lo dudas, hermano mio? Pues ¿por qué he cruzado yo el mar, por qué he venido á estas playas, sino por tu libertad?

—Y me encuentro más que nunca esclavo, Federico; esclavo de una pasion desgraciada.

Y Antonio dijo esto con tal expresion de dolor, que ambos á dos se echaron á llorar como si ambos sintieran la misma desgracia.

—La mujer que yo he amado ha muerto, dijo Federico.

—¿Ha muerto? Eres feliz, feliz, feliz. Mira, Federico, la mujer que yo amo con todo el delirio de mi ardiente naturaleza, pertenece á otro, es de otro. ¡Oh! ¡Qué infierno!

Y los dos jóvenes continuaron comunicándose mutuamente sus penas.

CAPÍTULO X.

EL MATRIMONIO.

Pasaban la velada en el salon de Carolina el esposo y la esposa, que parecian realmente hija y padre. El caballero Jura, muy dado á los estudios, hojeaba libros distraidamente y fijaba sus ojos en algunas estampas. Su señora bordaba un capricho en cañamazo para consumir tiempo y distraer ocios.

En Carolina descubríase devoradora inquietud, rayana en la fiebre. Sus grandes ojeras, sus niñas contraidas, la palidez general de su semblante, todo revelaba la angustia interior,

profunda, de un corazon despedazado. En el caballero Jura se notaba cierta indiferencia. Vendido Antonio á su llegada, alejado aquel peligro, encontrando á su mujer, aunque triste, buena, y á su hijo, aunque echando de ménos siempre al mulato, alegre y jugueton, sus dudas se habian desvanecido y sus temores calmado. Parecíale su hogar tan sereno y tranquilo como siempre. La costumbre es una segunda naturaleza, y acostumbrado á tener su hogar por un templo, no veia la serpiente que en aquel templo se habia deslizado, ni la sombra que se proyectaba sobre la mujer que de aquel templo era diosa.

Habian pasado dos meses de la llegada de Jura en el momento á que ahora nos referimos. Y en estos dos meses habia hecho prodigios de valor Carolina para tener el más difícil de todos los imperios, el imperio sobre sí misma. Pero ¿qué carácter, por fuerte, qué voluntad, por firme, ahoga todo sentimiento, y toda expansion de sentimiento en lo más recóndito del pecho,

sin que asome al exterior ningun destello? Así Carolina lanzó un largo y amarguísimo suspiro, que no pudo en manera alguna reprimir, si bien lo hubiera de grado recogido en el aire, y vuelto á encerrar herméticamente dentro del pecho.

—Carolina, ¿estás mala?

—No, no tengo nada.

—¿Qué significan esos suspiros?

—Un poco de agitacion nerviosa.

—¿Luego convienes conmigo en que estás mala?

—No. Yo creo que esto proviene del estado de la atmósfera. Hay mucha electricidad.

—Carolina, dime la verdad, no se la ocultes al corazon de un padre amante.

Carolina se puso encendida como la grana.

—Vamos, ya comprendo tu enfermedad. Un nuevo enviado de Dios viene á esta casa. Lo ansiaba, lo ansiaba con anhelo. Necesitamos una niña, la necesitamos, y la tendrémos. El corazon me salta del pecho. Como Ricardo era ya tan crecidito, habia desconfiado de tener hi-

jos. Y los necesitaba mi corazon de padre, y hasta los necesitaba mi anhelo de investigador y de curioso, pues yo tengo hechos muchos estudios y muchas experiencias sobre la conservacion y la propagacion de las especies.

—¡Jura! dijo Carolina ruborizada.

—Perdona que tenga estas locuras; no puedo remediarlas. Mas desde que fuí á Washingthon y me ligué en estrecha amistad con un sabio naturalista, sólo embarga mi mente un problema, el problema del atavismo.

—¿Y qué palabra es ésa? preguntó Carolina, deseosa de torcer la conversacion hácia otro lado.

—¿Qué palabra? Pues una palabra de orígen latino que expresa la influencia de los padres, de los abuelos, de los bisabuelos, de los ascendientes en sus hijos, en sus nietos, en sus biznietos, y por regla general, en todos sus descendientes; influencia que se conoce en el color de la piel, en la configuracion, en las facciones, en los defectos, en los vicios, hasta en la parte intelectual y moral.

Carolina sentia un sudor frio bañando todo su cuerpo, sentia una sombra espesa cayendo sobre sus ojos, sentia enflaquecimiento tal de su corazon, que se acercaba al desmayo, á la pérdida de la luz en la vista, del conocimiento en el alma.

—Esta influencia de los ascendientes en los descendientes se ve bien clara en las razas mestizas, en la raza mulata, que algunas veces llegan á la más rara hermosura, y por la mezcla de las cualidades de negros y blancos, á la más extraña originalidad.

Carolina estrujaba entre sus manos convulsas el cañamazo, y no sabía cómo salir de aquella conversacion horrible, que despertaba tantos recuerdos en su memoria y tantos remordimientos en su conciencia.

—Yo á primera vista adivino el sér humano que tiene una gota de sangre negra en sus venas, sangre aborrecible. Las más hermosas de las mulatas, muchas de ellas blancas y rubias como una inglesa aristocrática de Hyde-Park,

tienen en su rostro no sé qué sombra siniestra, no sé qué siniestro eclipse.

—Sí, sí..... murmuraba entre dientes Carolina para decir algo, para expresar algo, para hacer algo, para significar algo, para escaparse de aquella conversacion, que materialmente la ahogaba, que caia como lluvia de dolores acerbísimos sobre su corazon.

—Yo estoy orgulloso de mi sangre, pura sangre francesa. La raza latina y la raza gala han puesto algo cada una de ellas en mi figura y en mi carácter. Pertenezco, sí, como mis padres, al término medio entre la raza latina y la raza germánica, entre las dos razas fundamentales de la humanidad y de la historia. Y tú, amada mia, tú tienes pura, sin mezcla ninguna, la sangre andaluza, la sangre de los conquistadores, sangre latina y árabe á un mismo tiempo, exaltada y vigorizada por el contacto de América, rejuvenecida por la savia bullidora del Nuevo Mundo.

—¿Orgulloso estás de tu raza?

—Orgullosísimo. ¿No lo ves en nuestro hijo? ¿Puede darse una mezcla más feliz de energía y de dulzura, de solidez y de gracia? ¿Puede verse ningun sér tan bello? ¿No es el encanto y la envidia de estos mismos sajones, tan preciados de su gran superioridad y de su belleza?

—Cierto, dijo Carolina por decir algo.

—Pues si el nuevo sér que llevas en tus entrañas fuera una niña, fio en la naturaleza que habia de ser rarísimo portento de hermosura. Sangre francesa, andaluza sangre, mezclada en sus venas.

. . . .

Carolina cogió convulsamente uno de los periódicos que tenía entre sus manos el caballero Jura, para distraer su atencion de aquellas extrañas palabras, y leyó lo siguiente:

«Llama generalmente la atencion pública en Méjico la presencia de un rico mulato, antiguo esclavo en la Luisiana, rescatado por un su hermano de leche, que le quiere con exaltacion;

mulato cuya elocuente palabra y cuya rara inteligencia de poeta, de naturalista, de filósofo, son el encanto de todos aquellos que á él se acercan y con él departen.»

La cabeza de Carolina se inclinó sobre el pecho, sus brazos se estiraron sobre el sillon, un movimiento convulsivo atravesó todo su cuerpo, y una gran síncope oscureció su inteligencia.

—Se ha desmayado, dijo Jura. ¡Qué malos embarazos tiene mi pobre mujer!

Y se consagró con celo paternal á socorrerla.

CAPÍTULO XI.

IDEAS RELIGIOSAS.

Carolina padecia de un modo horrible. Á cada palpitacion que el nuevo sér comunicaba á sus entrañas, sentia agudo remordimiento en su conciencia. La maternidad, el mayor y el más puro de los goces femeniles, habíase trocado en el mayor de los tormentos. Era la criatura que llevaba en su seno, hija del amor, sí, pero no era hija de la virtud. Á esta idea, el cielo se oscurecia á sus ojos, y se oscurecia más aún que el cielo, mucho más, la conciencia. No tenía corazon alguno en que depositar su pena, que era un crí-

men. No tenía esperanza alguna de que el dolor se aliviára ó tuviera alguna tregua á lo ménos, en aquella soledad de su hogar y de su alma. La única persona á quien habia amado fervientemente, con el amor exaltado que á la juventud comunica la naturaleza, era Antonio, ausente para siempre de su lado, aunque presente siempre, á veces como una luz, y á veces como una sombra, en el seno de su conciencia. Habia momentos, muchos momentos en que deseaba huir de aquel hogar, verdadera cárcel; apartarse de su familia, correr en pos de su amado, del único sér que pudiera darle á gustar la felicidad sobre la tierra, aunque fuese en el desierto, para ocultar allí su amor y su remordimiento. Pero ¿cómo abandonar la casa de su esposo, que era tambien la casa de su hijo? ¿Cómo dejar á éste, pedazo de su corazon, abandonado, ni cómo llevárselo para instruirlo y educarlo en el crímen? Sus sentimientos de madre la preservaban del abismo en que la hundian sus sentimientos de mujer. La maternidad era el escudo formidable

contra la perdicion. Sus hijos, sus hijos, el que la acariciaba de contínuo, y el que invisible crecia en sus entrañas, eran como ángeles custodios de su existencia.

El sentimiento religioso venía despues en auxilio del sentimiento maternal. La religion podrá ser una poesía en la vida de la mujer, pero es una poesía que engendra segunda alma en el alma. Desde la estrecha cárcel en donde la tiene como encerrada y recluida el límite, se alza en alas de las inspiraciones religiosas á lo infinito. Su sensibilidad exquisita y tierna hace de la religion, de su dogmatismo, de su moral, una fuente inagotable de amor. Ignoro si el hombre será siempre un sér religioso. La civilizacion positivista de nuestro tiempo le quita, le borra el esmalte de la religion. Pero sé que la mujer, ¡oh! la mujer será siempre un sér religioso. Así, cuando las religiones se mueren, cuando se extingue su ideal en el cielo y su creencia en el corazon, los hombres se van del templo mordidos por el escepticismo, y las mu-

jeres en el templo se quedan constantes y tenaces en su amor. Cuando el paganismo apénas tenía entre los hombres un creyente, allá para el siglo IV, tiene entre las mujeres una mártir, tiene á la divina Hipatia, que muere, y muere contenta por una religion muerta. Así, despues de las angustias de Jesus en el huerto, despues de los desmayos y las caidas en la larga calle de Amargura, cuando el cuerpo inerte en la cruz queda sólo para la tierra en el sepulcro, los hombres se van, sí, se van á refugiarse y á perderse en el ingrato olvido de su escepticismo; pero las mujeres se quedan allí, se quedan más pacientes sobre la losa fria; y con sus lágrimas, con sus oraciones, con sus lamentos, logran asistir al milagro de la resurreccion y tener el primer coloquio con el Cristo enterrado por el escepticismo, y resucitado y divinizado por la fe.

La religion es la filosofía y la moral y la estética de la mujer. Todos esos dogmas, que para el sabio ó para el teólogo tienen un sentido puramente religioso, tienen para la mujer un sen-

tido poético, que despierta y aviva su sensibilidad. El nacimiento de Cristo en noche glacial de invierno, entre el rústico cántico de los pastores y el balar y el mugir de los ganados; la estrella misteriosa que conduce del extremo Oriente á los reyes, á los representantes de las antiguas castas, cargados con la mirra y el incienso; la fuga á Egipto en la legendaria borriquilla para esquivar las atrocidades de Heródes; el reposo bajo la palmera en mitad del desierto, para tomar el frugal alimento de las tribus primitivas y apagar la sed en el agua del pozo bendecido de los profetas; la pérdida del niño extraviado al próvido amor de su madre para disputar en el templo con los doctores de la ley antigua; la predicacion religiosa, al aire libre, en las encrucijadas, en los caminos, á las orillas del lago de Tiberíades, exaltando á los humildes y maldiciendo á los poderosos; su entrada en Jerusalen, bajo las bendiciones de las muchedumbres, sobre los mantos tendidos á sus plantas, entre los ramos de oliva y las ver-

des palmas de la victoria; la oracion en el huerto, cuando la pasion próxima se presenta con todos sus horrores á los ojos del jóven Salvador atribulado, sudando en su angustia hasta sangre de aquella frente azotada por el rayo de las tempestades del pensamiento; la prision en que todos huyen y él se resigna con sublime paciencia; el abandono tristísimo de sus discípulos y de sus amigos; el interrogatorio insolente en el tribunal; la afrenta de los azotes públicos; la negativa de Pedro, que le desconoce en la hora del sacrificio, cuando le habia seguido á todas partes en la hora del apostolado; la ingratitud y veleidad de aquel mismo pueblo, que en pocos dias de distancia le recibe primero con palmas y luégo le prefiere Barrabas; los tropiezos y caidas por la larga calle de Amargura, tinta en rojo rastro de sangre; su agonía en la cruz, donde los ojos se oscurecen, los labios se amoratan, el aliento se acorta y el pecho lanza palabras de desesperacion y de amargura, hasta que viene la muerte, sí, la muerte por su idea, la muerte

por sus semejantes, la muerte como holocausto á su doctrina, en medio de los estremecimientos de las piedras y de la indiferencia y del escepticismo de los hombres.

Todos estos dolores forman una verdadera religion del sacrificio, del martirio. Todos estos dolores consuelan á los tristes, animan á los tímidos, llevan hasta aceptar con resignacion y con calma las mayores contrariedades de nuestra siempre adversa y trabajosa existencia. Todos estos dolores son aliento, aguijon para la vida; esperanza para la muerte. Todos estos dolores han formado el Evangelio de la desgracia, han sostenido al pobre en su miseria, al desgraciado en su humillacion, al triste en su tristeza. Los dioses habian sido hasta entónces poderosos, afortunados, ricos, vestidos de luz, saludados por las armonías celestes, llenos de salud y de vida. Por vez primera en la historia era Dios, no el rico, sino el miserable; no el poderoso, sino el humilde; no el perseguidor, sino el perseguido; no el afortunado, sino el mártir.

Creador aquel Dios del cielo, de los mundos infinitos, y no tenía un asilo en este átomo que se llama tierra. Despertador de la vida universal con su aliento, y se resignaba á la muerte. Las aguas se condensaron á su voz, y tuvo sed. La luz ardió al contacto de su palabra, y tuvo el frio de los cadáveres. Religion sublime de los que lloran, de los que padecen, de los que mueren, y sólo para más allá de la muerte aguardan el goce de la vida.

Mas para el corazon de la mujer hay en la religion cristiana un tipo, un ideal, que será siempre santo, que será siempre fuente y orígen de inspiraciones misteriosas. Este ideal es María, sí, María, que reune la castidad y la inocencia de la vírgen con la madurez y la inquietud de la madre; María, que pare en un establo sóbre la paja calentada por el aliento de los bueyes, y sube luégo á los cielos vestida del azul etéreo, calzada por la blanca luna, sobre las misteriosas alas de los ángeles, con las estrellas por diadema, la sonrisa de la felicidad eterna en los

labios y en los ojos el arrobamiento del misticismo que siente y entreve á su Dios.

Y esta mujer divina ha llevado sobre sí todos los dolores humanos, ha visto al hijo de sus entrañas crecer en la persecucion, pasar la vida en el combate más terrible, en el combate con las supersticiones, morir en la cruz, en el patíbulo del facineroso y del esclavo.

El dolor de esta mujer divina toca el corazon de todas las mujeres, que en ella ven idealizados sus dolores, transfigurada su naturaleza. La idea pura de Dios deslumbra y calcina la vista de la mujer. Como es más grato mirar la luz del sol en el disco plateado del astro de la noche que en el disco ardentísimo del astro del dia, es más fácil tambien mirar frente á frente la luz de la divinidad reflejada en la frente divina de María. Así Carolina, como buena americana, como descendiente en línea recta de españoles, tenía devocion ardentísima á la Vírgen. No pasaba jamas la hora del crepúsculo vespertino, la hora en que la naturaleza se

duerme, y se despierta el alma; la hora en que las aves repliegan su vuelo entre los árboles y las estrellas abren sus alas de luz en los espacios; la hora en que el oriente se cubre de sombras y el ocaso de purpurinas franjas y deslumbradores reflejos; la hora en que los objetos se eterizan y se vuelven como misteriosos en este combate del dia y de la noche; no pasaba nunca esta hora sublime sin que Carolina, al oir el tañido de la campana que llamaba á la oracion, dejase de rezar á la redentora de la mujer, á la madre del Verbo, á la divina vírgen María.

Por eso, cuando los ojos de la mujer arrasados de lágrimas, se alzan al cielo demandando paz, en sus reflejos y sus arreboles ven brillar, sobre áureas nubes, sobre la celeste esfera, á la cual en vano quiere enroscarse la simbólica serpiente, entre místicos resplandores de increada luz, á María, calzada por la luna, coronada de estrellas, vestida de blanca túnica, envuelta en el cerúleo manto, el cabello ondulando sobre los hombros y la espalda, centelleantes las sienes

de esperanza arrobadora, los ojos en el misticismo, latiendo el seno virginal y puro al intenso amor de madre. Hé ahí la verdadera, la eterna, la inextinguible religion de la mujer católica.

Así Carolina se acordaba de sus primeros años, de los campos que la Vírgen bendecia, de las fiestas de sus aldeas, de la campana que saludaba la venida del alba, de las letanías repetidas por improvisadores coros en las largas procesiones, del exvoto colgado por el creyente en las columnas, y en las aras, y en los altares; de la Salve rezada por los labios humedecidos en la miel religiosa; del saludo que el navegante enviaba desde su barco al santuario de la Vírgen Madre, invocándola como estrella del mar, que fuera su refugio y su esperanza en el combate con el viento y con las olas; recuerdos que le traian á la memoria los dias nunca bastante queridos, nunca bastante llorados, en que su alma vagaba coronada de ilusiones, por el perdido paraíso de la inocencia.

Entónces sus rodillas flaqueaban, su seno se

estremecia, desvariaba su cabeza, juntábanse casi involuntariamente sus manos y caia de hinojos á los piés de una imágen de la Vírgen alzada en su gabinete, como último seguro de su desesperacion, como lenitivo único á su remordimiento.

—Vírgen Madre, decia, no soy digna de tí, de tu amor, de tus consuelos. He caido desde mi virtud en la culpa. Soy esposa infiel; soy madre desventurada. El hijo que llevo en mis entrañas revelará bien pronto á los ojos del mundo mi pecado tan claramente como á los ojos de mi propia conciencia. Mátame por piedad. Muramos ambos maldecidos por la cólera de Dios, sin que interceda por nosotros mi dolor y tu misericordia. Hijo del crímen, ¿qué le resta en el mundo al fruto de mis entrañas, sino la maldicion y la deshonra? ¿No vale más, mucho más, la muerte? Que la diestra de tu Hijo nos mate. Si yo no fuese débil, debilísima mujer, y no temiera mi propia debilidad en vida y la justicia de Dios en la muerte, me anticiparía el terrible

momento de abandonar un mundo en el cual solamente me esperan el deshonor y la tristeza. ¡Santa Madre Vírgen! Recuerdo el crecimiento de Ricardito en mis entrañas, y el crecimiento de este nuevo sér. Entónces todo era bendicion y esperanza; ahora todo es dolor y remordimiento. Madre mia, ¿hay algun consuelo, algun lenitivo á este dolor? No hay más que la muerte, y tras la muerte quizá el infierno. . . . . . .

Y Carolina se retorcia de dolor, y nubes tempestuosas de lágrimas pasaban por sus ojos henchidos de sangre y de hiel. Pero en esto apareció entre cortinas su marido, que le gritó:

Carolina: ¡qué embarazo! Hasta te ha dado por el beaterio. Vamos, quiero darte unas lecciones de Historia natural.

CAPÍTULO XII.

LECCIONES DE HISTORIA NATURAL.

Carolina ya no tuvo más remedio que seguir silenciosamente á su marido y encerrarse en el cuarto de estudio, resignada, completamente resignada á oir sus divagaciones académicas sobre las especies y las razas, divagaciones que le punzaban á un tiempo el alma moralmente, y materialmente el corazon.

—Paso mis dias, exclamaba el caballero Jura, viendo y estudiando el árbol misteriosísimo del organismo universal. Nosotros somos el sabroso fruto de este árbol. Las especies extintas que hoy se encuentran petrificadas en las entrañas del planeta, representan los borradores, losensayos hechos por la naturaleza para dibu-

jar en el planeta estas formas, con cuyo secreto sólo tras mucho tiempo y mucho estudio hemos dado. Los séres orgánicos viven sujetos á las condiciones que los rodean y los terrestres tienen que apropiarse desde los jugos de la tierra por la nutricion hasta el oxígeno de la atmósfera por la respiracion. Y despues que ya son dueños del medio en que viven, empiezan á luchar los séres en batalla de todos los dias con los otros séres que les rodean. Y cada especie siente un acicate que la mueve á enlazarse con las especies superiores y á destruir las especies inferiores ó prescindir de ellas. De esta suerte se comprende que el negro ó el mulato gusten de la blanca, de la hermosa blanca, que les promete subir un grado en la escala de la vida. Pero no se comprende, no se comprendería jamás que una hermosa blanca descendiera á perderse en brazos de un negro ó de un mulato, que deben serle tan repulsivos como los animales de carga consagrados á su servicio.

Carolina, al oir esto, perdia la luz de los ojos

y se agarraba convulsamente á su silla para no caer exánime sobre el pavimento, y no denunciar con su dolor su deshonra.

—Sí, la superioridad física, moral, intelectual, toca en el mundo por derecho propio á la perfecta raza á que nosotros pertenecemos. ¡Qué diferencia del latino, del sajon, del germano, grandes héroes y artistas y sabios, dominadores de la naturaleza, reyes de todos los seres, al dios indio, que necesita coligarse con los animales inferiores, y tomar en la naturaleza para su defensa y su servicio, nada ménos que un gran ejército de monos! ¡Qué diferencia de esos hijos de la noche, que se llaman negros, ó esos hijos del crepúsculo, que se llaman mulatos, á tí, hermosa como la Vénus de Milo; á tí hija, de la luz.

Por Dios, Jura, murmuró Carolina buscando cualquier subterfugio para esquivar de alguna manera la penosa conversacion en que la empeñaba su marido.

—Imagínate, añadia Jura, que el rampante

reptil quisiera enlazarse con el águila, pues tal sería la audacia de los negros ó de los mulatos que quisieran enlazarse con una de nuestras blancas damas. Esas razas se hallan condenadas indefectiblemente á desaparecer, como han desapa recido los arimaspos ó las amazonas. El mundo de la inteligencia del arte pertenece á los blancos.

Carolina no sabía cómo contrastar la conversacion de su marido, ni cómo distraerle de aquellas disertaciones sobre las razas, en las cuales, á no estar persuadida de su completa sencillez é inocencia, hubiera visto acaso alguna malignidad, que heria de todos modos su conciencia, y le suscitaba verdaderos remordimientos.

Al fin, ocurriósele decir, por decir algo:

—Hay analogías entre todas las razas.

— Ya se ve, dijo Jura cada vez más empeñado en las ideas que le embargaban el alma, como hay analogías entre el mono y el hombre. Los monos tienen sus manos como nosotros, tocan y cogen con ellas de la misma suerte que

los hombres. Sus pulmones y su estómago se parecen á nuestros pulmones y á nuestro estómago. Algunos de ellos se ponen de pié, y miran horizontalmente como el hombre. Muchos naturalistas ya no llaman al mono cuadrumano; al contrario, sostienen que están dotados de piés, y estos piés dotados de talones. Si el mono carece de pantorrillas, tambien carecen muchos negros. Hay menor libertad en el movimiento de los brazos del mono, que en el movimiento de nuestros brazos. Pues tambien hay menor libertad en el movimiento del brazo de los negros que en el movimiento del brazo de los europeos. Los monos del antiguo continente tienen, como nosotros, sus treinta y dos dientes completos. Y si examinas el ángulo facial de un negro hotentote y el ángulo facial de un jóven orangutan, casi encontrarás los mismos grados...

—No comprendo tus teorías, dijo Carolina, interesándose un poco más en los problemas que suscitaba su marido. Despues de haber llevado hasta el extremo la superioridad del blan-

co sobre las demas razas, ahora confundes todas las razas, sin excluir al blanco, con esa especie de caricatura del género humano que se llama mono. Todas vuestras teorías son así. De un lado exaltais al hombre hasta convertirlo en Dios de sí mismo, y de otro lado lo confundís con las bestias, y le asegurais que en las escalas zoológicas no tiene un orígen más noble ni un fin más alto que el perro ó el buey. Sin embargo, á todas vuestras teorías se oponen los ojos humanos, que centellean la luz impalpable del espíritu; la frente, que está cuajada de ideas como el cielo de astros; la palabra, ese sonido articulado, en el cual empieza un mundo superior á todos los mundos y á todos los soles, los cuales, no obstante su grandeza, se hallan engarzados en el espacio como una piedra preciosa en el anillo, miéntras la palabra vuela y vuela incansable, llevando sobre sus alas el peso de lo infinito.

—Permíteme decirte que no has comprendido bien mi pensamiento. Yo de ninguna suerte

confundo al macaco ó al orangutan con el hombre, como no confundo ni confundiré al negro con el blanco. Hay cualidades comunes que nos confunden con los demas seres. El hombre es un mamífero como el buey; pero no es, como el buey, un rumiante. El hombre se confunde en algunas cualidades con el mono; pero no se confunde en todas las cualidades, no. Lo que yo he querido decir, lo que yo sostengo todavía, es que, así como las analogías con el mono en ninguna manera dan derecho al mono á creerse nuestro igual, las analogías con el negro ó el mulato no dan derecho ni al mulato ni al negro á creerse tampoco nuestro igual.

—Al fin y al cabo, todos somos hijos de Adan y Eva, negros y blancos.

—Bah, Carolina. Déjate de vulgaridades.

—¿Vulgaridad llamas á la Biblia?

—No á la Biblia ciertamente.

—¿Pues á qué?

—A tus creencias.

—Basadas en la revelacion.

—No lo dudo, pero henchidas de preocupaciones.

—¡Preocupacion la igualdad humana!

—Yo no puedo creer que los seres provengan todos de una pareja, de un matrimonio primitivo. Yo creo que, así como en ciertos grados de temperatura se ha forjado el cristal, y en ciertos grados de humedad han brotado los vegetales; yo creo que, así como en el período acuoso del planeta predominaban ciertas especies, despues, cuando la tierra entró en más reposo, cuando tuvo climas mucho más apropiados á nuestra naturaleza, brotó espontáneamente la especie humana, como han brotado ántes las demas especies.

—Cielos, ¡qué teorías!

—Y las especies se perpetuaron por el atavismo, por la relacion de los ascendientes con los descendientes. Esta relacion no puede ponerse en duda. Todo se hereda, todo, en la tierra. Como el animal hereda el instinto, hereda el hombre la inteligencia. Y esta accion de le-

gar en los progenitores y de heredar en los descendientes paréceme el acervo comun de las razas, el feudo del género humano. Se heredan las cualidades fisiológicas. El hijo del negro es negro. El hijo de la blanca y del negro es mulato. El hijo del mulato y de la blanca conserva señales indelebles de sus abuelos negros.

Carolina se llevó la mano á la frente, al oir estas palabras, como si quisiera contener ó evitar un verdadero estallido de sus sienes. El caballero Jura continuó tan absorto en la contemplacion interior de su pensamiento, que no echó de ver ni la alteracion de las facciones ni el estremecimiento de los nervios de su esposa. Y disertó largamente, como si en realidad nada extraño ni extraordinario pasára á su alrededor. Sus disertaciones se fijaron en el atavismo, en la herencia.

—Mi estudio favorito, decia, es el estudio de la mezcla de las razas en la humanidad, estudio análogo al progreso de las especies en la naturaleza. Ya ha pasado de moda esa teoría ab-

surda de las especies fijas, inmutables, nacidas de una pareja primitiva, y constantes en reproducirse y perpetuarse de una misma suerte. Hoy sabemos que las especies se trasforman. Hoy sabemos más; sabemos que especies inferiores, por la educacion, por el trabajo, por el amor á la perfeccion diseminado en todos los seres, por la ley del progreso reinante en todas las esferas, pueden llegar á producir especies superiores. Así el estudio por excelencia es hoy el estudio de los caractéres hereditarios en las razas y en las especies. Todo, todo se perpetúa por la herencia. A este mundo democrático, en que desaparecen las dinastías monárquicas, le han salido por do quier interminables series de dinastías naturales. Ya no se hereda la autoridad; pero se hereda la complexion, la sangre, la naturaleza, todo, todo, todo. Un superficial conocimiento de la Historia basta para probarlo. Se heredan las enfermedades. Catalina de Médicis padecia de alucinaciones, imaginaba ver fantasmas, vestiglos; y de alucinaciones padecia tam-

bien su infame hijo, Cárlos IX. Se heredan los caractéres nacionales. El arcade de Grecia ama aún el pastoreo como sus padres; el espartano el combate; el bizantino las discusiones políticas y científicas como el antiguo ateniense; el español, cuando no tiene tierra extraña donde intentar aventuras, las intenta en su propio suelo, y cuando no tiene con quién pelear, pelea consigo mismo. Se hereda el genio militar. Anníbal era de una familia de generales, y Alejandro de una familia de conquistadores. Se heredan las cualidades de los hombres de Estado; se hereda la voluntad. Cárlos V fué nieto de Fernando el Católico, y padre de Felipe II. Se hereda el carácter. Voltaire dijo de los Appios que aparecieron siempre orgullosos, y de los Catones que siempre aparecieron severos. Se hereda el crímen. Alejandro VI fué un Neron con tiara, su hija Lucrecia una prostituta, su hijo César un bandido y un asesino. Se heredan las antipatías. Toda la familia de Montaigne odiaba la medicina y los médicos. Se hereda la ciencia.

Todo el mundo conoce la familia de los Sénecas, y todo el mundo sabe que el padre de Galileo escribió una teoría de los sonidos y el hijo de Galileo aplicó á los relojes los péndulos, es decir, los descubrimientos de su padre. Se hereda la filosofía. Aristóteles tuvo por padre un naturalista, un médico, y por hijo otro filósofo. En nuestro mismo tiempo el hijo de Fichte ha explicado sábiamente las teorías de su padre. Se hereda el talento músico. Los ascendientes de Beethoven fueron maestros de capilla; la familia de Bellini familia de músicos; el matrimonio que engendró á Rosini dos cantores ambulantes de fiestas populares y de ferias. Se hereda el talento pictórico. Los Bassanos pintaban todos, y pintaban todos cuadros del mismo género. Pablo Verones, el pintor de las perspectivas, el mago de los colores, tuvo por padre un escultor, y tuvo tambien dos hijos pintores. En la familia de Murillo se cuentan cuatro pintores conocidos. Se hereda el genio poético. Esquilo tuvo un hijo, Euforion, que cultivaba el

género trágico; y Sófocles otro hijo que fué doce veces coronado en el teatro, henchido de gloria por el nombre de su padre. Se hereda la memoria. Marco Anneo Séneca repetia dos mil palabras en el órden mismo en que acababa de oirlas, y su hijo Lucio estaba dotado de la misma memoria. Se hereda el olfato. En la Habana el negro simarron distingue por el olfato la aproximacion de un blanco ó de un negro. Se hereda la vista. En las ciudades hay muchos más miopes que en los campos. Se heredan los instintos. Eternamente buscarán las golondrinas la temperatura de los climas cálidos en invierno, y la temperatura de los climas templados en verano.

—¿Y qué deduces de todo eso? preguntó Carolina por preguntar algo á su marido.

—Mira. Tienen muchas aplicaciones, muchísimas, semejantes estudios. Aquel rey de Prusia que buscaba las más altas mujeres de su reino para unirlas con los más gallardos y fornidos granaderos de su guardia conocia mejor la apli-

cacion de las leyes de la Historia Natural que muchos naturalistas. Se puede llegar á saber de esta manera la parte que tienen el padre y la madre así en la vida física como en la vida moral de los hijos. Hay una raza en la cual puede verse esto, no clara, palpablemente : la raza de los mulatos.

—¡Jura, Jura! murmuró Carolina entre dientes.

—¿Qué? ¿Te pones mala?

—Un poco. Algun vahido. Se pasa pronto.

—¡Maldito embarazo! No te he visto nunca tan enferma como estás ahora.

—No te inquietes. Me siento mejor.

—Pues iba diciendo que la parte de cada uno de los cónyuges en la vida del hijo se conoce especialísimamente en las razas mezcladas, en las razas mestizas. Dicen muchos naturalistas que en el mulato entra por igual, con regularidad matemática, la influencia del padre y de la madre. Pero esta ley no se observa tan rigorosa en la realidad. De la union de una blanca con un

negro proviene muchas veces un hijo, todo negro, ó todo blanco. Y casi siempre, quizá por la pujanza de la raza negra, se ve el predominio del negro sobre el blanco. Yo vi una pobre señorita francesa, que tuvo debilidad por un mulato, parir una hija enteramente negra, con el pelo ensortijado, y tambien los labios gruesos, la frente estrecha y baja, los ojos pequeños y agudos, cual si no tuvieran una gota de sangre blanca en sus venas.

. . . .

. . . .

—¿Pero, Carolina, te has dormido? Carolina no responde. Otro desmayo, otro desmayo. ¡Qué funesto, qué horrible embarazo!

CAPÍTULO XIII.

MEMORIAS.

Antonio, á pesar de sus viajes y de sus correrías por América, no olvidaba ni un solo momento á Carolina, su amor, su único amor. La ausencia atizaba en su alma esta pasion, que habia llegado á una verdadera exaltacion. Todos los dias se asentaba á su bufete, cogia una pluma, y trazaba en su libro de memorias algunas páginas consagradas á Carolina. Recojamos fragmentos de estas memorias, que pintan de una manera tan exacta como original toda la infinita intensidad de su pasion.

DIA ***

«Yo no vivo sino por el corazon. Cuanto más me empeño en avivar mi pensamiento, más el pensamiento se adormece y se extingue. Mi alma es amor, sólo amor. Mi universo es ella, sólo ella. Nada me importa el sol, nada las estrellas; lo que me ilumina, lo que me vivifica, es su mirada. Para mí no hay más astros que sus ojos. Nada me importa la sociedad. Parécenme las mayores ciudades de la tierra, desiertas de hombres, y los diversos individuos, verdaderos granos de arena que la casualidad arremolina ó dispersa, como el pampero las nubes de polvo en la inmensa soledad. Y sin embargo, encerradme con ella en la selva más primitiva é inexplorada, en el rincon más apartado del mundo, y todo se poblará de la verdadera vida, de la ilusion, de la esperanza, de las inspiraciones, de los sentimientos, del amor, del Dios que engendra y conserva, que alienta y mata, que es para la Humanidad como el calor para el Uni-

verso del amor. ¿Por qué lo he sentido y no lo he guardado? ¿Por qué lo he un momento entrevisto, si no he podido nunca poseerlo á mi arbitrio? Tormentos y sólo tormentos me han atenaceado el corazon. En mi desgracia descendiste un momento hasta mí, fijaste tus labios en mis labios, para dejar en ellos la sed devoradora, inextinguible de tu amor, y luégo te evaporaste en una nube de lágrimas.»

OTRO DIA ***

«Me he dado al mundo para buscar en el mundo el olvido. Me he abismado como el buzo en el mar. Pero en seguida he tenido necesidad de respirar, de salir á la superficie, de habitar en la soledad, entregado á mis pensamientos y á mis recuerdos. Creen unos que la vida está en el combate, otros en las aventuras por tierra ó por mar, éstos en la ambicion, aquéllos en la gloria; no: la vida, la verdadera vida, la única vida beata, santa, está en levantar una modes-

ta y apartada casa con un jardin que dé flores, con un huerto que dé frutos; en llevar allí la esposa del alma, la esposa del corazon, bendecida por Dios en la religion, bendecida por la ley en la sociedad; vivir el uno para el otro, el marido para la mujer, la mujer para el marido, ambos para los hijos. Esa es la vida. No hay otra, no puede haber otra. El amor sereno, la existencia tranquila y reposada, las pasiones humildes, la posicion modesta, el trabajo por toda vida, el dia de mañana tan seguro como la salida del sol, el pasado sin sombras y sin remordimientos, el alma llena de luz, el cuerpo lleno de vigor, la esposa al lado, sonriendo siempre y siempre amando, los hijos, benditos continuadores de la existencia. Esta es la vida. Como los astros se buscan en la inmensidad del espacio, las almas se buscan en la inmensidad del tiempo. Carolina y yo éramos el uno para el otro quizá desde la eternidad. Su alma era la mitad de mi alma. ¿Por qué dividieron y separaron estas dos mitades los intereses mez-

quinos, livianos, egoistas, de los hombres? Yo no habia amado. Mi naturaleza estaba dormida, mi corazon frio. Lo único que amára en vida, lo único, fué la libertad. En cuanto se presentó delante de mí Carolina, la amé con delirio. Mi alma se escapó de mi seno y se confundió en su alma. Es imposible decir los horribles celos que me atenaceaban el corazon, que me mordian con mordeduras venenosas las entrañas cuantas veces se aparecia á mis ojos febriles en brazos de otro la mujer á quien yo habia consagrado toda mi existencia. Los únicos dias tranquilos de mi existencia son los dias en que vivimos solos, completamente solos, y en que ella era como el ama de mi alma y yo su siervo. Ya no volveréis, dias felices. ¡Cómo velaba yo su sueño al traves de las paredes de su palacio! ¡Cómo contemplaba la reja de su alcoba! ¡Con qué anhelo aguardaba á que la ventana se abriese y sonriera su mirada, más pura y más luminosa que el alba! Yo tenía arreglado ya el ramo que iba á depositar á sus plantas. Cada flor era un

pensamiento, y todo el haz de flores un poema. No comprendia yo cómo se iban las golondrinas estando Carolina allí. No comprendia cómo todos los ruiseñores de los contornos no se reunian solícitos en su jardin á darle una perpétua serenata y á regalarle el oido con sus gorjeos y sus arpegios de amor. ¡Cuántas veces me quedaba extático, inmóvil, petrificado ante ella, fijando mis ojos en sus ojos, suspenso de su alma, como el satélite del planeta, como el planeta del sol! No sé lo que hago ni lo que digo. Escribo, escribo por desahogar mi pecho, y cuanto más escribo, más intenso es el dolor que me hiere, que me mata, que me aniquila. ¡Oh furor! Una juventud lozana, un corazon infinito, la sangre hirviente, el amor intenso, el pensamiento vivo, y abrazo una sombra, un imposible, la nada. Plegaré mis manos, doblaré mis rodillas, y pediré á Dios que me mate, ya que me ha hecho tan desgraciado. Si al ménos supiera que mis huesos descansaban cerca de sus huesos; si al ménos supiera que mis cenizas po-

dian mezclarse con sus cenizas en el lecho nupcial de la tumba... La naturaleza, que repite hasta lo infinito sus tipos, sus criaturas, no ha hecho otra Carolina. Yo veo pasar junto á mí las más hermosas mujeres; las admiro, pero no las amo. Sólo aquellos ojos penetran hasta el fondo de mi alma; sólo aquel aliento tiene la virtud de embriagarme, de enloquecerme. Estoy seguro de que recorreria la tierra entera y subiria de astro en astro, recorreria los soles y los abismos de lo infinito, y no encontraria, no, otra Carolina. Estoy seguro de que se apagarán estos astros, y nacerán otros nuevos, y en ninguno de los futuros mundos, como en ninguno de los pasados, habrá otra Carolina. Y yo, prisionero de mi debilidad, no puedo volar á su lado, no puedo verla, no puedo hablarla, no puedo decirla: ya que no viva, déjame al ménos morir á tu lado, morir recibiendo en mi agonía el rayo benéfico de tu mirada. Dios mio, ¿será que si la hubiera tenido siempre á mi lado se levantaria algun otro deseo en mi corazon? ¿Se-

rá que si me hubiera amado me faltára algo en la tierra? No, no lo creo. Ella es toda la felicidad de mi vida. Y esa felicidad me la han robado. Dicen que en cada astro repite una humanidad orgullosa nuestros mismos errores y nuestros mismos crímenes. Dicen que en cada existencia el dolor repite sus tormentos y sus desengaños. Dicen que la vida es una ilusion, que parece hermosa, cuando no deja entre los dedos los átomos del ténue áureo polvillo que las engalana, como á las brillantes alas de las mariposas. No, Carolina hubiera sido mi dicha. Yo á su lado sólo hubiera querido que la vida se prolongára hasta la eternidad. Carolina, Carolina mia, ¡qué desgraciados hemos sido!

DIA ***

Ya me es imposible sufrir tanto y por tan largo tiempo. Mi vida no tiene ni luz ni calor. Correré á su presencia. Tengo derecho á ello, es mia por el sentimiento, mia por la inteligencia, mia

por la naturaleza; solamente por el yugo legal, por ese yugo artificiosísimo, es de su marido. Y yo sé que lleva un hijo mio en sus entrañas. Y ese único sér, que puede aliviarme en mis penas, seguirme en mi soledad, me pertenece; de grado ó por fuerza vendrá á mi lado aunque me cueste acometer como un salteador aquella casa. Te castigo, Carolina, te castigo horriblemente; pero ya que caiste en mis brazos por exceso de amor, no debias haberte separado súbitamente de mis brazos por exceso de orgullo. Tú tienes en el mundo tu esposo, tu pequeñuelo; yo no tengo á nadie y he de llevarme lo que es mio. Algun rasgo de tus facciones habrá en su fisonomía. Algun reflejo de tu mirar habrá en sus ojos. Algun eco de tu voz en su acento. Alguna de las cualidades de tu alma en su alma. Contemplando al nuevo sér te contemplaré á tí tambien; y si me recuerda tu pertinaz desvío y mi cruel desgracia, tambien me recordará tu amor y mi dicha de un momento. No, madre, no cuentes con ese hijo. Iré, saltaré los cercados como un tigre, entraré en

tu casa como un raposo, lucharé con los que me cierren el paso como un leon, te robaré tu hijuelo como un bandido, y me lo llevaré, y lo cuidaré, y lo educaré, y lo amaré como un padre. Sí, sí... soy su padre.

CAPÍTULO XIV.

UNA NIÑA.

En la quinta del caballero Jura todo es agitacion y movimiento. El amo de la casa corre en todas direcciones, manda, reconviene, apresta. Pasa indudablemente algo de extraordinario. Los numerosos criados y esclavos andan todos aturdidos. Sólo el amo está sereno, sonriente, rebosando felicidad de su mirar, despidiendo felicidad de todo su sér. Aproxímase la hora bendita y solemne en que un nuevo hijo debe aumentar la familia, robustecer la casa, unir con lazos más estrechos é indisolubles á los dos esposos. Un hijo es un motivo más de orgullo para sus padres; un título más de aprecio á los ojos de la sociedad; un cooperador más traido á las

obras de la naturaleza y del mundo. El padre lo aguarda con anhelo miéntras la madre lo pare con dolor. Su corazon se estremece de pena al ver los peligros que todo cuanto ama pasa en aquel momento supremo, y se dilata de esperanza al presentir la dicha que le trae en sus labios el nuevo sér. Jura tiene una febril impaciencia. Entra en el cuarto de su mujer y sale cien veces. Interroga al médico. Llama sin saber para qué á los criados. Repasa cien veces el envoltorio preparado al recien nacido que se acerca. Se mueve sólo para moverse, presa de una agitacion tan grande como el dolor físico, que atenacea á su esposa. El parto es difícil, dolorosísimo, peligroso, largo, muy largo. Carolina está de tal suerte triste y desesperada que parece ántes tratar de darse á sí misma la muerte y no la vida á su hijo. El caballero Jura se desespera de la tristeza, del dolor, de la pena de su mujer, y no sabe qué remedio buscarle, aunque interroga la ciencia de los médicos y su propia ciencia. No sabe el infeliz todo el infierno que

abrasa á Carolina en aquellos angustiosos y supremos momentos. Pero entreve el buen marido algo que no se explica, y que atribuye absolutamente al dolor físico. Así entra, sale, vuelve, revuelve, pregunta, repregunta, responde él mismo, manda sin saber qué, cita sin saber á quién, tropieza, se aturde, y muestra en todas sus acciones, en todas, sufrir tanto como su propia mujer.

—Panchita... gritaba Jura, en uno de sus momentos de arrebato.

—Señor...

—¿Cómo sigue la señora?

—Aletargada...

—Esos letargos, esos letargos me asustan y me desesperan.

—Empiezan los médicos á inquietarse.

Yo estoy desde los primeros meses de su embarazo en contínua intranquilidad y zozobra.

—Es verdad. Le ha dado por llorar, por desesperarse...

—¿Y Ricardito?

—Éste bien; juega, pero no con la alegría de ántes.

—¿Tambien triste el niño?

—Tambien.

—¡Qué rareza!

—Desde que se fué Antonio, el niño no ha jugado á gusto.

—Panchita, balbuceó Jura.

—¡Señor! balbuceó Panchita.

—Mira si se ofrece algo á la señora.

—Señor Administrador..... gritó Jura.

—A las órdenes de V., respondió diligentemente el Administrador.

—Le he llamado á V. y no sé para qué.

—Ya lo recordará V.

—Estoy fuera de mí.

—Calma, calma.

—Ese parto...

—Difícil, trabajoso.

—La va á matar.

—No desespere.

—Y yo moriré con ella.

— Señor...

—¿A qué la vida?

—No se entregue V. á esos sombríos sentimientos.

—Estoy pasando las horas más horribles de toda mi existencia.

—Ánimo, ánimo.

—En fin, ¿está todo preparado?

—Todo.

—¿Á la usanza española?

—A la usanza española.

—¿El niño tiene ricos envoltorios?

—De un príncipe.

—¿Las cajas de dulce están compradas?

—Por centenares.

—¿Habeis aparejado dinero para echárselo á los criados?

—Tengo una espuerta de monedillas de oro y plata.

—Así, así.

—Ya ve V. que he cumplido fielmente sus órdenes.

—Un hijo más es un dón de la Providencia.

—Especialmente para quien le recibe con tanta abundancia y le dejará tan cuantiosa herencia.

—Quisiera que fuese niña.

—¿De véras?

—Parece que no tiene uno en su casa felicidad completa si no tiene la infancia bajo sus dos aspectos ante los ojos. El niño tiene desde los primeros años sus vocaciones, el trabajo, el combate, el imperio; la niña tiene sus vocaciones tambien, el amor, la maternidad, la gracia, el en canto, el hechizo. El niño busca las armas, empuña su fusil de hojalata, su sable; la niña busca su muñeca, en la cual como que ensaya para lo porvenir el santo ministerio de la maternidad.

—Verdad, verdad.

—¡Con qué anhelo aguardo á mi nuevo hijo! ¡Cómo me late el corazon! ¡Cómo se impacienta mi deseo de recibirlo en mis brazos, de acariciarlo con amor, de verlo crecer, juguetear, sonreirme, prometerme su apoyo en los últimos

dias de la vida, ser un nuevo regocijo de esta casa, un nuevo timbre de mi familia y de mi nombre!

—Tiene V. verdadero corazon de padre.

—La casa que no se renueva, la familia que no se perpetúa en sus hijos, es como un árbol que no reverdece en primavera, es como un corazon que no siente ninguna esperanza. Mis trabajos, mis luchas en el mundo me obligaron á casarme tarde; y ahora tengo impaciencia, mucha impaciencia por aumentar mi familia.

—Pero V. tiene una familia cariñosísima: esposa que le quiere profundamente, hijo hermoso, robustísimo, inteligente, henchido de esperanzas, que sostendrá su casa, y regocijará su vejez.

—Es verdad, pero me atormenta mucho, muchísimo la tristeza de mi esposa que está en la mayor desesperacion, y cuyos dolores no comprendo.....

—Yo creo que V. la ha contrariado.....

—¿En qué? ¿En qué?

—Francamente, no me atrevo á hablar.....

—Hable V., hable V.

—Yo creo que en esta soledad, en este aislamiento la única distraccion de la señora, casi su única amistad, era.....

—Me parece que vuelve á quejarse. Panchita, Panchita, gritó Jura.

—¡Señor! ¡Señor!

—La señora se queja.

—No. Parece que está un poco mejor.

—¿Mejor? ¡Cuánto tarda!..... ¿Decia V....., añadió dirigiéndose al administrador.

—Decia que yo he notado cierta tristeza en la señora desde el dia de la venta de Antonio.

—Señor administrador, injuriais alevemente á mi señora.

—Perdon; pero ni hay ofensa á V. ni hay ofensa á ella.

—¡Creer que podia sentir así la ausencia de un esclavo!

—Como se siente muchas veces la ausencia de un animal.

—¡Creer que podia ni notar siquiera que faltase aquí ese mueble de labranza ó de cocina!

—Pero.....

—No me vuelva V. á hablar de eso.

—Perdon, señor, perdon.

—Retírese V.

El administrador inclinó la cabeza con reverencia y se retiró con precipitacion.

—¿Será verdad? ¡Dios mio! ¿Será verdad? Ese esclavo podria tener influencia tan grande en esta casa, en mi mujer, en mi hijo mismo. ¿Se habria atrevido? ¿Habria osado alguna vez mirarla, mirar á Carolina frente á frente? ¿Con qué derecho? Vil gusano de la tierra, vil gusano, ¡te atreverias á pensar en el sol!..... Puede ser, porque estos mulatos son atrevidos, audaces, taimados en sus proyectos, y decididos en sus resoluciones. Pero, ella, ella, la mujer casta, la esposa fidelísima, la americana de pura sangre andaluza, la patricia de aristocrática república, la católica ferviente, la honradez en persona, jamas hubiera consentido que ni de

léjos la mirára. Tanto valdria creer que el aguijon de un reptil podia herir el disco mismo del sol. No, Carolina, tu esposo no te ofende creyéndote capaz de posar, no ya tu cariño, tu atencion, sobre un siervo miserable. Pero ya se ve, esa maldita educacion de los pueblos latinos, esa idea de igualdad, que es un verdadero desvarío, le hacia ver como un semejante en la naturaleza, un prójimo en la religion, á su esclavo, á ese esclavo sin derecho, sin personalidad. Tales ideas acabarán por aniquilar la esclavitud para siempre, la esclavitud, esa institucion necesaria, sobre todo á la agricultura de las regiones cálidas. Los antiguos fundaban la esclavitud en su religion, en su filosofía como en sus leyes; pero nosotros tenemos una filosofía humanitaria, una religion democrática, y queremos tener esclavos con tales elementos. Y mi propia mujer se interesa por sus esclavos hasta el punto de hacer creer á esos bellacos que podria estar triste por la ausencia de un mulato. Es verdad que era listo, atrevido, inteligente, marrullero,

charlatan. Todas esas cualidades extrañan tanto en un esclavo, que alguna vez podian llamar la atencion de mi mujer. Mas ¿por qué unir dos personas tan diversas en mi memoria y en mis cavilaciones? Sería como si uniéramos las guijas del abismo con las estrellas del cielo. Carolina es mujer orgullosa, antigua patricia, andaluza de pura sangre, y con estas condiciones no podia, ni en imaginacion siquiera, tener afecto, ni de amistad, aunque lo tuviera de compasion, por un esclavo.

En esto se oyó un gemido agudísimo, el lloro de una criatura recien nacida, y Jura se lanzó fuera de sí al cuarto de su mujer.

CAPÍTULO XV.

REGOCIJO Y DOLOR.

Oir el lloro, entrar en la habitacion de donde partia, correr hácia su esposa ántes que al recien nacido, abrazarla, cubrirle rostro y manos de besos con efusion y abandono, fué todo tan rápido en la accion como pudiera serlo en el pensamiento.

—Bendita seas, esposa mia, exclamaba; bendita seas. Me has hecho sufrir mucho; más que tú misma has sufrido. Creí en algunos momentos que nuestro nuevo hijo te costaba la vida, esa vida, sin la cual yo no quiero para nada ni el mundo, ni sus riquezas. Pero tu ánimo te ha sostenido, tu valor te ha salvado y Dios te bendice, por casta esposa, por bienaventurada ma-

dre. Traes al mundo un nuevo sér, al hogar una nueva alegría, á mi vida un verdadero encanto, á mi vejez una esperanza. ¡Instante religioso y sublime que redime todas nuestras culpas, que compensa todos nuestros dolores! Con mayor alegría recibo aún el segundo hijo que el primero, con mayor alegría; porque ya sé el precio que tiene un hijo. Imagínate, hermosa mia, imagínate, qué subido precio tendrán dos, dos, que colman todos nuestros deseos, que mantienen todas nuestras ilusiones. En el parto de una madre feliz se regocijan todos los seres como se regocijaron en el portal de Belen. No solamente se llenan de placer los corazones de sus padres, se llena de nueva vida la naturaleza, de nuevas fuerzas la sociedad, de renovacion, de perpétua juventud hasta el humano espíritu, y una oracion de agradecimiento, como la que yo he dirigido á Dios con la rapidez de la idea, se pierde en el cielo. No estés triste, Carolina mia. No estés triste, esposa y madre bendita. Abraza, abraza al padre de tus hijos.

Carolina abrazó á su marido por fuerza, dejó caer sobre su pecho la cabeza y lanzó un torrente de lágrimas mezclado con desgarradores sollozos. Jura estaba de tal manera afectado con su nueva dicha que no comprendió toda la amargura del llanto; y lo atribuyó á la dicha que á su vez sentia Carolina por salir victoriosa de aquel nue vo combate, y por ser segunda vez afortunada madre.

Pero si hubiera fijado el caballero Jura su atencion vivamente en el grupo que rodeaba al recien nacido, echára de ver que algo extraño pasaba allí, y lo echára de ver en la curiosidad con que miraban á la criatura, en el estupor creciente á cada una de aquellas miradas, en las palabras entrecortadas, en las sonrisas maliciosas, en las ojeadas que se dirigian unos á otros, médicos, comadron, partera, criadas, criados, todos los circunstantes.

El buen padre estaba ciego de placer y de alegría. Así es que se dirigió á la mesa donde tenian tendido y desnudito al sér recien nacido;

y dijo con voz ahogada por la emocion : una niña, una niña robusta y hermosa. La cogió febrilmente entre sus manos, la llevó á sus labios, y le cubrió el cuerpecito, recien lavado y perfumado, de atronadores besos, que resonaban en la estancia con grande estrépito, alzándose sobre el doble lloro de hija y madre.

Pasado aquel momento de efusion, se fijó con mayor reposo en la que creia su hija. Corforme la miraban sus ojos, se descomponian y se alteraban sus facciones. Un estremecimiento parecido al que se siente cuando cae y hiere el rayo, sacudió todos sus nervios. La frente se arrugó y se le erizaron los cabellos. Las manos crispadas se hundian en el tierno cuerpecito como si quisieran desgarrarlo y dividirlo. Saltábansele los ojos de las órbitas, amarilla espuma asomaba á sus labios cárdenos, y repicaban unos contra otros sus dientes, como si frio mortal le hubiera asaltado. Quien no supiese que era el caballero Jura, no lo hubiera conocido: tanto se trasformó desde el lecho de su esposa á la cuna

de su hija. Soltóla con rabia, como quien pasa de una grande esperanza á un mayor desengaño, y su primer impulso fué dirigirse á Carolina. Mas le contuvo el resto de amor, que todavia guardaba para aquella mujer; y llevándose ambas manos á la frente volcanizada, como para contener su razon que se escapaba, corrió á su cuarto, cerró la puerta, y se dejó caer desplomado sobre uno de sus sofás, clavando la mirada en los cielos, como para interrogarlos sobre su increible desgracia.

—No me lo ha dicho nadie. Yo lo he visto. Ojalá me quedára ántes ciego. ¿Por qué no me habeis quitado, Dios mio, toda la luz de los ojos? Lo he visto, lo he tocado. No es alucinacion, ni ensueño, ni desvarío. Es verdad, es verdad. La que Jura creia su hija, hija de su pura sangre latina, es una mulata, es una cuarterona. Ira de Dios, ¡qué vergüenza! En mi ausencia, cuando yo le consagraba todos mis pensamientos y todos mis recuerdos, cuando yo la veia constantemente, así despierto como en sue-

ños, cual un bendito ángel custodio á mi lado, ella se revolcaba, asquerosa cerda, sobre el lecho conyugal, en brazos de un mulato. Para esto la extraje de la miseria, y la eduqué como un padre, y la quise como un amante, y la adoré como un místico adora á la Vírgen. Para esto he pasado nueve meses de insomnios, de tristezas, de congojas, de cuidados incesantes, de dolores agudísimos, de infinita desesperacion por sus penas, que yo sentí como nunca sentí las propias penas. Y todo el mundo lo ha visto. Médicos, cirujanos, parteras, administradores, siervos. ¡Cómo se reirán de mí! ¡Cómo se burlarán de mi credulidad! ¡Cómo publicarán y divulgarán mi deshonra! ¡Cómo dirán que á la sangre de mi mujer se ha mezclado ¡horror mil veces! la infame, la sucia, la vil, la deshonrosa y deshonrada sangre de los negros! ¿Tendria, por ventura, Carolina, algun abuelo mulato? ¡Oh! No. Yo conozco eso bien. Yo conozco el glóbulo de sangre africana hasta la sétima generacion. Ella es tan europea como yo, de raza tan pura como

yo, de sangre como la mia, sangre latina, caldeada por el brillante sol de Andalucía, y exaltada por el contacto con el Nuevo Mundo. No cavilemos más. Aquí ha habido un crímen, un perjurio, un adulterio con el mulato, que no debí vender, que debí descuartizar, como descuartizaré inmediatamente á la proterva adúltera y á su infame hija. ¡Qué desengaño! Y ya le habia entregado mi nombre, mi honor, mi riqueza, mi felicidad, para que todo lo cambiara por el brutal beso de un negro. ¡Ira de Dios! Y áun vive él, y áun vive ella, y áun vive su hija, y áun vivo yo. ¿Dónde está la justicia del cielo, que no cae rápida y abrumadora sobre mi cabeza y no me hunde en los abismos del infierno, á la verdad no tan profundos ni tan oscuros como mi deshonra? Infierno, gloria, verdad, belleza, justicia, Dios. ¿Habrá alguna verdad en el cielo ó en la tierra, si era mentira su virtud? En aquella frente espaciosísima, en aquellos ojos serenos, en aquella sonrisa divina se dibujaba su pureza. Y todo era mentira, mentira, mentira.

Imaginaos el místico que muriera en la fe de Dios, y despertára en la caverna de la nada. Tal me ha sucedido á mí. ¡Oh! Me he alucinado; me he engañado. La niña debe de ser blanca como el ampo de la nieve. Yo me he engañado. Veámoslo otra vez.

Y Jura tiró fuertemente de la campanilla.

—Señor, dijo un negro que apareció súbitamente.

—Con las mayores precauciones para que no se constipe, tráeme la niña.

El negro bajó profundamente la cabeza, y obedeció con celeridad la órden.

En efecto, al poco tiempo trajeron á la niña envuelta en sus mantillas. El caballero Jura cerró la puerta, tendió la recien-nacida sobre sus rodillas, y comenzó á desceñirla de sus envolturas.

—¡Oh! Blanca, blanca. Pero hay un viso del color negro en su blancura; pero hay una señal de su orígen mulato en los labios; pero ¡oh! su vientrecito la denuncia por completo, y hasta

queda vivo el semi-círculo azulado de las uñas. ¡Oh! mulata eres, de sangre mulata vienes, á raza mulata perteneces. Todo tu sér te acusa, á pesar de tu hermosura, semejante á la hermosura de tu madre. Apártate de aquí, hija del crímen; apártate de aquí, sér desgraciado y maldecido, fruto de ingratitud más negra que el color de tus abuelos, monumento vivo de deshonra.

Jura tiró de la campanilla; el negro entró nuevamente, y recibió en sus brazos, mal envuelta en las desceñidas mantillas, á la desgraciada niña.

—Ya no hay duda. Has caido en el profundo abismo, infame mujer. Me has deshonrado, pérfida. En estos momentos angustiosos, en estos trances supremos, sólo queda una solucion, la muerte, el gran desenlace en la tragedia de la vida. Morirás, morirémos. La muerte es el único beleño. Yo estoy muerto. Te arrastraré conmigo, te arrastraré á la tumba. Aquél será nuestro hogar. Bendita, bendita sea por siempre la muerte.

CAPÍTULO XVI.

MALDICIONES.

Carolina está acostada, y Jura sentado á la cabecera. La pobre mujer se hallaba presa de grandes desmayos alternados con sacudimientos terribles, y su marido se hallaba abismado en el dolor más profundo. El primer impulso de Jura fué matar á su mujer. Cogió en su armería un afilado puñal, bajó, y al ir á clavárselo en el pecho, retrocedió espantado de su pensamiento y de su obra. Luégo se encerró en sí mismo, meditó y reflexionó un poco, y decidió acabar con su mujer despues que, mejorada de su sobreparto, pudiera hacerle gustar, con grande refinamiento de crueldad, los dolores de la muerte.

Carolina, allá en su debilidad, en su abatimiento, tenia el morir por una esperanza, por un refugio. Habia visto á su hija, y desde el primer momento habia visto tambien que revelaba la única irreparable debilidad de su vida. ¡Extraño fenómeno! Esta cualidad de la pobre niña la hacia más digna de amor á sus ojos. Y si amaba mucho al hijo legítimo de su matrimonio, amaba mucho más á la hija adulterina de su amor. Ademas de su desgracia, le interesaban en ella los reflejos del rostro de la única persona á quien habia amado en el mundo, los reflejos del rostro de Antonio. El caballero Jura no habia vuelto á ver á la niña desde el momento en que, examinándola por segunda vez, descubrió en ella el rastro indeleble de su orígen. Pero su dolor era tan grande, que no podia dejar de atormentarse y atormentar á su esposa. Era el delirio de la desesperacion su terrible estado.

—Carolina, le decia.

La enferma abria sus ojos y los clavaba en el rostro del esposo con verdadero terror.

—Carolina, ¡qué dia el dia del nacimiento de un nuevo hijo! ¡Qué dia de angustias y de placer! En algunos momentos se cree que la pobre mujer va á morir, y se parte en pedazos el corazon. Despues, pasados aquellos bolores, viene el recien nacido, como enviado por la Providencia, á dilatar nuestra vida. Todo en él es pureza, inocencia, como en el Eden primitivo, sin mancha y sin culpa.

Carolina oia todas aquellas palabras como un extraño rumor, sin comprenderlas distintamente, y continuaba con los ojos fijos en su esposo.

—¿Te acuerdas del nacimiento de nuestro Ricardo? Yo no lo he olvidado, yo no lo olvidaré ni un momento miéntras viva. Ese recuerdo me acompañará á todas partes. Era una mañana de Abril. Los ruiseñores cantaban en coro por la enramada, toda reluciente de rocío. La luz del alba me parecia más pura y más alegre aquella mañana. Nuestro hijo lloraba entre mis brazos, y yo le oprimia contra mi corazon. Era mi delicia, mi amor, mi esperanza, todo reducido

y compendiado en aquel breve sér. ¡Qué ojos! ¡Qué rizado cabello! ¡Qué hermoso mirar! Su sonrisa me rejuvenecia, me quitaba de encima el peso de los años. Y es porque aquel niño habia sido el fruto santo de un amor legítimo, el hijo ante quien se regocijaban sus padres y se aseguraba vida y honra. Nada debe ser en el mundo tan puro como un niño. Si una sombra perversa se extiende sobre su cuna, si una gota de sangre impura discurre por sus venas, esa gran desgracia le persigue, le acosa durante toda la vida, y trasciende hasta más allá de la muerte. Los hombres le señalan con el dedo; las mujeres se apartan de su infancia. Su vida toda es un veneno corrosivo, porque léjos de traerle á la memoria sus padres ejemplos de virtud y de honra, le traen ejemplos de vicios y un gran deshonor.

—Jura, Jura, murmuró Carolina, cuya debilidad apénas podia distinguir más que un vano rumor en aquellas palabras.

—¿Has visto á tu hija? ¿La has mirado bien?

¡Qué extraño sér! ¿Dónde has ido á buscarlo? Mujer, mujer, hasta tu virtud, que yo creí tan excelsa como los cielos, ha subido el ponzoñoso aliento de un esclavo. Mujer, mujer indigna, has destruido mi honor y tu felicidad; has manchado tu alma y el alma de tus hijos; has destruido sobre todos nosotros, y bajo sus escombros nos has tristemente aplastado, el templo casi divino de nuestro hogar. Y yo, que te creí un sér sobrenatural, superior á nuestras pasiones, puro como el pensamiento de un niño, inmaculado como la luz, en cuyos brazos podria encontrar el puerto de mi vida, el seguro de mi honra. Y me has engañado, me has engañado, infame, infame, infame.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con acento tan extraño y voz tan fuerte, que sacaron de su letargo á Carolina. Incorporóse sobre su lecho, llevó ambas manos á las sienes, miró con ojos extraviados á su marido, y le gritó, agarrándole febrilmente las manos en medio de sacudimientos terribles:

—¡Jura, Jura!

—¡Carolina!

—Óyeme.

—Te oigo.

—Yo soy culpada.

—¿Lo confiesas?

—Horriblemente culpada.

—¿Lo confiesas?

—No merezco piedad.

—No.

—En el mundo no debe haber para mí, para mi falta, misericordia.

—No debe haberla.

—Merezco la muerte.

—Y tendrás pronto lo que mereces.

—Venga, la recibiré como un presente del cielo.

—¡Carolina!

—Aunque he caido tan bajo, tengo ánimo para preferir la muerte á la deshonra.

—Tu marido te dará ejemplo.

—Tú no has faltado ahora; tú eres inocente,

y debes vivir para la sociedad, para el mundo, para tus hijos.

—Sin tí, Carolina, sin tí..... la vida..... el honor..... la dicha..... imposibles. ¡Yo te queria tanto!

—Yo te respetaba.

—¿Y no me querias?

—Te respetaba.

—Mezquino afecto.

—Nadie es dueño y señor de su corazon.

—Y era tu esposo.

—Ante Dios y los hombres.

—Tu esposo, Carolina.

—Ante Dios y los hombres; pero no ante mi corazon.

—Mujer, ¿qué me dices?

—Que yo he cometido una falta irreparable, pero que esta falta irreparable se origina de un error irreparable tambien, de un casamiento sin amor, de un casamiento por interes.

Y el cuerpo de Carolina volvió á caer como herido de un rayo sobre el lecho, y el caba-

llero Jura se levantó, salió precipitadamente del cuarto de su mujer, y se encerró en su estancia.

CAPÍTULO XVI.

LA LOCURA.

El caballero Jura entró despavorido, fuera de sí, en sus apartamentos. Miraba y remiraba á sus espaldas con terror, como si álguien le persiguiera para matarlo. El cabello se le erizaba, los ojos se le extraviaban, escalofríos contínuos sacudian todos sus nervios, y un horror que no hubiera podido expresar ningun trágico, dominaba por completo en su alma. Andaba dando vueltas á grandes pasos por todas sus estancias; ora se detenia inmóvil cogiéndose la cabeza con las manos como si temiera que se le escapára; ora se lanzaba sobre un libro, lo abria buscando con impaciencia páginas que no encontraba,

y lo arrojaba al suelo ; ora cogia en su cocina química las cacerolas y demas enseres como si intentase componer alguna mixtura, murmurando de contínuo la palabra: veneno, veneno, veneno.

El infeliz no creyó en su desgracia sino despues de haberla oido en toda su desnudez de labios de la mujer á quien amaba con todo su corazon. No obstante haber mirado y remirado cien veces á la niña; no obstante haber recorrido una por una todas las señales de su extraña raza; no obstante todo esto, áun le quedaba allá en el fondo del alma alguna esperanza de justificacion para su mujer, algun medio de engañarse á sí mismo. Mas despues de la última conversacion ya no habia dudas. Carolina jamas le amó y siempre amará al mulato; Carolina habia entregado á su esposo el cuerpo en venta y se habia quedado con el alma para consagrarla al amor de su eleccion. Y tras esta gran traicion del alma habia venido la entrega tambien de su honor, y del honor de su esposo al mulato. A

este pensamiento perdia por completo la razon.

—¿Dónde se ocultará? Aunque haya ido al fin del mundo, yo le buscaré, yo le encontraré, yo me vengaré en él, en su alma de viborezno. Pensar que lo he tenido bajo mi dominio, que he dispuesto de todo su sér, que he sido árbitro de su vida ó de su muerte, que he podido enterrarle en las entrañas del planeta para que no volviera á ver jamas el dia; que he podido cogerlo, descuartizarlo, y dar sus entrañas por alimento á mis perros..... Hijo de la noche, maldito descendiente de Cam, engendro de todas las brutalidades, vil esclavo sin alma y sin conciencia, bestia de carga, has subido, llamado por la concupiscencia de una prostituta, hasta mi lecho, y allí has emponzoñado y manchado mi sangre; has comprado mi honor y mi conciencia.

Y el caballero Jura se retorcia los brazos con furor; se golpeaba la frente con rabia; se metia las uñas en la carne y les sacaba sangre; despedia de sus labios amoratados, verdi-negras espu-

mas de hiel; de sus ojos errantes siniestros relámpagos de demencia.

—«¡Es él, es él! Vienes á burlarte ¡infame! de mí. Vienes á traerme en tu sonrisa el veneno de mi deshonra. ¿De dónde apareces? ¿De dónde vienes? Negro, negro como el infierno que te ha engendrado; vil, vil como la esclavitud que te tocaba por natural castigo. Y te burlas de mí, de un blanco, de un patricio, de un latino, de un senador que se ha sentado en el Capitolio de Washington. Y con tu aliento le robas, hijo vil de los bosques, familia, esposa, felicidad, nombre, hasta el honor. ¿Quién te hizo tan poderoso? El adulterio de una mujer que yo creí de la pureza y de la castidad de una vírgen, y salió manceba de mis negros. Se rien de mí los esclavos. Me señalan como ente ridículo, engañado por uno de los suyos, y engañado en su honor. ¡Cómo les blanquean los dientes entre los oscuros labios movidos por sardónica carcajada! Allá veo mis abuelos, antiguos descubridores y conquistadores, gente de

pura sangre francesa, que traen su armadura sobre sus esqueletos recien desenvueltos del sudario y que vienen á pedirme cuenta de su nombre, pasto vil de un esclavo. Perdon, progenitores mios, perdon. No soy digno de vosotros. Ya hubierais , á estar en mi caso, cogido el corazon de ese infame, lo hubierais aderezado en sangre, lo hubieras frito en aceite hirviente, y se lo hubierais dado á comer á su querida..... Carolina. ¿Te acuerdas del dia de nuestras bodas? Blanco vestido de gasa plateada como los reflejos de la luna en el rio; blanco velo de encaje tan tenue como los vapores del lago; corona de azahar prendida entre los rizos de tus sedosos cabellos ; el corazon latiendo de esperanza, los ojos bajos al peso del rubor, dulce sonrisa en los purpúreos labios, y alguna que otra lágrima furtiva como la gota de rocío depositada por el alba en la flor. Tu figura era una aparicion de los cielos ; tu mirada un rayo de luz ; tu sonrisa promesa de goces santos ; tu corazon el cielo y la tierra de tu esposo, y de tu

seno se veia surgir ya en idea un coro de ángeles más bellos y más luminosos que los ideados por Murillo. La vida era entónces una melodía contínua, el bienestar de quien nada teme y nada desea. Y has desceñido tu cuerpo de aquellas vestiduras, tu alma de aquella inocencia, y te has vendido por un momento de goce brutal á las caricias de un mulato.

«¡Oh rabia! Furias del infierno, genios del mal, especies de la tierra, víboras, tigres, leones, todos los seres, ficticios ó reales, que molestais, que heris, que devorais, venid, unos con vuestros aguijones, otros con vuestros dientes, otros con vuestras garras; y repartíos el blanco cuerpo de la proterva y hermosa Carolina.

«Ricardito, Ricardito mio, ¿lloras, lloras? Pues consuélate, consuélate solito, porque no tienes padre; yo no sé quién es tu padre, nadie lo sabe, porque miéntras entregaba su cuerpo al esposo, tenía el pensamiento puesto en otro sér, y adulteraba en idea ántes de adulterar realmente.

¿Qué te digo? Yo estoy loco. ¿A qué contarte, pobre niño, estas infamias de tu madre, que debes adorar de rodillas como á Dios, que debes creer tan pura é inmaculada como la Vírgen del altar?

«Estoy en el Senado. Mis compañeros, que ántes me saludaban, me esquivan. Las galerías, que ántes miraban con respeto mi riqueza y mi influencia, cuchichean, murmuran, rien; y cien dedos me señalan. Huia de los negros, dicen, cuando los encontraba en la calle, como los romanos huian de un mal augurio, y se ha encontrado un negro en su lecho nupcial, una negrita en la cuna de sus hijos. Y á la sonora, histérica carcajada de aquel público, tan ruidosa como el trueno en la nube, tan fuerte como el estremecimiento del terremoto en el abismo, se desploma la techumbre sobre mi cerebro. Se rien de mí, se burlan de mi infamia. Os mataré á todos, negros, blancos, mulatos, á todos, todos.»

Y el infeliz habia perdido el juicio. Destrozaba los muebles con furia ó los echaba por la

ventana. Cogia sus vestiduras y las rasgaba, corriendo medio desnudo de un lado á otro como si huyera de las carcajadas que promulgaban su deshonra. Cogia niños, mujeres, criados, médicos, cuantos encontraba al paso, y los golpeaba con la furia de la locura. Se precipitaba por las ventanas á riesgo de matarse. Ya cogia un fusil y disparaba un tiro; ya un puñal y lo asestaba al primero que veia. No hubo remedio. Fué necesario atarlo, encerrarlo. Estaba loco. Su inmensa desgracia le habia hecho perder la razon; y á la pérdida de la razon habia sucedido una locura furiosa. ¡ Infeliz! ¡Cuánto más le valiera la muerte!

CAPÍTULO XVII.

EL CASTIGO.

Era una noche de estío. Carolina, mal repuesta de sus enfermedades, bordaba en su estancia al resplandor de una lámpara, en la cual venian á morir de vez en cuando várias mariposas. Estaba sola, enteramente sola, porque siendo las altas horas de la noche, habia mandado á dormir sus siervos y domésticos. Las grandes ventanas de su estancia, que daban al jardin, permanecian abiertas á pesar de lo avanzado de la hora, á fin de que dejasen alguna entrada al fresco reparador de la noche. Vestida de peinador blanco, recogidos sus cabellos en una red blanca, pálida como la muerte, descoloridos los la-

bios; la vida solamente se concentraba en los lucientes y animados ojos. Si ellos no resplandecieran, pareceria una estatua funeraria. En uno de los rincones de la estancia dormia prófundamente Ricardito; y junto á Carolina estaba la cuna de su hija. El aliento de la noche refrigeraba un poco aquella frente devorada por la fiebre, el blando rumor de la enramada daba alguna música á sus oidos taladrados por el siniestro rumor de interiores remordimientos; y en algunos momentos consiguiera olvidarse de sí misma y de sus penas, á no resonar estridentemente de vez en cuando la carcajada del pobre loco en su encierro, los gritos semejantes á los aullidos de una fiera. Cada vez que aquella carcajada suena, Carolina se estremece. Lo cuida ella sola; y lo guarda cerca de su habitacion, porque quiere tenerlo tan presente á sus ojos como presente está la culpa á su conciencia. Aunque ya hace tiempo que oye aquella carcajada, aquellos gritos, aquellas palabras incoherentes, aquellas frases en las cuales alguna vez relam-

paguean recuerdos racionales, Carolina se estremece de horror á los ecos de la voz estridente de su eterno acusador, de su esposo. Así el sueño huia de los párpados de la pobre mujer. Como es incontrastable la naturaleza, despues de largos insomnios, de luchas consigo misma, de torcedores de conciencia, dormíase algunos momentos en su sillon.

En aquella sazon las carcajadas de Jura cesaron, su voz se apagó, la inquietud de Carolina se calmó un poco; y tras aquella calma fugaz vino pesado sueño. La labor se le cayó, pues, de las manos, la cabeza se inclinó sobre el pecho, y durmióse profundamente; que no podia ménos de vencer la naturaleza tras tantos y tan porfiados insomnios.

Apénas se habian cerrado los ojos de Carolina cuando se dibujó en la ventana la sombra de un hombre. Si álguien le hubiera observado, notára en él profunda emocion. Así que descubrió la estancia, cayó en una especie de arrobamiento. Sus ojos no se cansaban de contemplar

aquel cuadro. De puntillas entró, se dirigió á la cuna, contempló la faz de la recien nacida, é imprimió en sus labios, en sus mejillas, ardorosos besos. Al rumor de aquellos besos se despertó Carolina, se frotó los ojos, y gritó:

—¿Quién? ¿Quién?

—Yo, yo, Antonio.

Y el mulato se arrojó á los piés de su amada.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo has venido á este sitio, del cual debieran arrojarte para siempre mi dolor y tus remordimientos?

¡Remordimientos.—¡Tendré muy encallecida la conciencia; pero no me reconviene de haberte amado. Y no me reconviene porque jamas fuí dueño de no amarte. Una fuerza superior á mi albedrío arrastraba mi corazon hácia tu corazon. Y no hay fuerza que pueda separarnos.

—El deber nos separa, el deber, la mayor fuerza del mundo. Mira lo que ha traido sobre mí el momentáneo olvido del deber. Mira mi rostro demacrado, mis manos huesosas, mi pecho partido en pedazos, la fiebre en mis ojos,

las sombras en mi conciencia, la desesperacion eterna en mi alma. Mira, allí está mi hijo, mi hijo adorado, á quien no podré trasmitir un nombre sin mancha. Mira, mi hija está aquí, hija del crímen, denunciando hasta en el color de su rostro la deshonra de su madre. Mira, arriba está mi esposo, el hombre que me sacó de la pobreza, que me entregó su apellido y su honra, que me hizo nadar en la opulencia, que arrojó mares de diamantes sobre mis cabellos y puso ejércitos de esclavos á mis plantas, y que ha recibido de mí, en pago de todo esto, la mancha del deshonor, la enfermedad de la locura. No lo conocerias si lo vieras, escuálido, demacradísimo, errante la vista, incoherente el lenguaje, fija la idea en su desgracia y en mi infamia, asaltado de carcajadas epilépticas, perdido el cerebro en delirios horribles. Todo eso, todo, es obra del momentáneo olvido de mis deberes que ha desquiciado el mundo entero sobre mis hombros.

—¡Cálmate, Carolina, cálmate! Tú crees ha-

ber sido causa de la desgracia de tu esposo, y si supiéramos ligar los efectos con las causas, aparecerias inocente á tus propios ojos. Era imposible, materialmente imposible que el caballero Jura acabára en paz su existencia. Un hombre que ha pasado su vida en el comercio de carne humana, debia llegar al término de esa vida en el martirio de la demencia y en el torcedor del remordimiento. No se pueden separar los hijos de los padres, y los padres de los hijos, los esposos de las esposas, los hermanos de los hermanos, sin que al fin, el perpetrador de todos estos crímenes reciba el condigno castigo. Carolina, lo siento por tí; pero no podia ser feliz tu esposo, no podia serlo, no debia serlo.

—Antonio, la accion buena de su vida fué su casamiento, y su casamiento ha sido su desgracia. Comprendo que lo castigáran aquellos á quienes ha dañado; pero es incomprensible que lo castiguen aquellos á quienes ha favorecido: su mujer, su hijo. Todas las argucias del mun-

do no bastarán á conjurar mi dolor ni aliviar mi responsabilidad.

—¡Su casamiento! ¿Y tú presentas su casamiento como una virtud? Se casa con una niña inocente sin preguntarle siquiera si le ama, creyendo llenar con eso un corazon que no podria llenarse ni con lo infinito. Y cuando tú estabas destinada por la Providencia y por la naturaleza á ser mia, se interpone en nuestro camino, y el viejo te arrebata á este corazon, que era el centro de gravedad para tu alma.

—No porfies. Tus sofismas no podrán matar mi dolor. Sean cualesquiera las faltas de Jura, no autorizaban mi falta, no disculpaban mi culpa. Yo he precipitado mi alma del cielo de inmaculada pureza en el cieno de infame adulterio. Yo desde entónces he perdido la propia estimacion. Yo ni vivo, ni duermo, ni veo más en esta vida que mi pecado, ni más en la otra vida que mi castigo.

—Y yo, Carolina, que vengo á recordarte mi amor, que vengo á decirte cuánto ha crecido

en la ausencia, que vengo á traerte mi corazon para que lo pisotees si quieres, mas que lo guardes; para que si quieres lo asesines, mas que lo asesines á tus manos; porque prefiero la muerte súbita y violenta recibida de tí á esta vida sin calor, sin esperanza, sin felicidad, siempre ansiosa de verte enamorada, y siempre temerosa de encontrarte desabrida é ingrata.

—¿A quién diriges esas palabras? ¿No ves que soy un cadáver? Todas esas imágenes de amor que arrojas te parecerán mariposas que brotan del tibio Abril, cuando me parecen á mí moscas que brotan de la ponzoñosa corrupcion.

—Huyamos de aquí. Allá en las selvas se renovará tu sangre y tu alma, como se renuevan las hojas y las flores. El aliento del desierto te rehará una nueva conciencia. El Dios de la libertad verá desde el santuario de los cielos que tu corazon es mio, que mi corazon es tuyo, y nos unirá en el ara bendita de la naturaleza. Y nuestro amor purísimo redimirá todas nuestras culpas.

—Nací para amar, Antonio, y necesito amar. Necesito suspender mi alma de otra alma, encadenar mi pensamiento á otro pensamiento, sentir al lado de mi corazon otro corazon tan amante como el mio; necesito alguna ilusion, alguna esperanza, alguna promesa de que mi vida no ha pasado como una sombra, algun sér que me dé la felicidad, y que de mí reciba la felicidad tambien.

Y Carolina se iba acercando á Antonio como la pobre avecilla á la fascinadora serpiente, como la tenue mariposa á la deslumbrante luz, cuando se oye la histérica y convulsiva carcajada del loco, su voz aguda y estridente, que dice estas fatídicas palabras:

—¡Adúltera! ¡Adúltera! Has manchado el lecho de tu esposo y el nombre de tus hijos.

—¿Lo oyes, Antonio, lo oyes? Esa no es la voz de un loco, ésa es la voz de mi conciencia. Lo que dice es verdad, verdad, eterna verdad, que eternamente me ha de perseguir sobre la tierra y bajo la tierra. Y yo hubiera querido

amar y ser amada, pero amar y ser amada santamente para Dios, legítimamente para los hombres.

—Mira, Carolina: todas las leyes que nosotros juzgamos potentes son leyes inanes junto á la ley universal, imperiosa, junto á la ley de la naturaleza. ¡Ahí, ahí está Dios! No es tu esposo el hombre que la sociedad te designe, el hombre que te designe tu familia, sino el hombre en cuyos brazos te precipite fuertemente tu propio corazon. Y para tí ese hombre soy yo; luego yo soy tu esposo. Podrás ocultar ese dulce nombre á la murmuracion de una sociedad enferma y envidiosa, pero podrás decirlo, deberás decirlo ante las estrellas, en los bosques, al borde de los manantiales, á la sombra de los árboles benditos cargados de flores y de frutos, allí donde gorjean los ruiseñores sus divinas pasiones, donde arrullan las palomas sus castas bodas, donde todo es verdad y no artificio, en brazos de la madre naturaleza, ante la providencia de Dios.

—Tu palabra me exalta, pero no me persuade. Contra ella tengo un escudo inquebrantable, el escudo de mi propia conciencia. Cierto, el esposo verdadero es el esposo elegido del corazon. Pero cuando ya, aunque sea sin amor, aunque sea sin voluntad, una mujer ha elegido esposo, no tiene más remedio que sacrificarlo todo á ese esposo, todo, y ante todo su propio corazon: que para vencer á la naturaleza fuerzas sobradas hay en la voluntad. Y si no tiene otra razon, si no tiene otro motivo, debe tener la razon, el motivo supremo, haber sido, ser, ó llegar á ser madre. Si como el ruiseñor, si como la paloma que invocas, viviéramos sólo en la naturaleza, podiamos entregarnos completamente á la naturaleza; pero somos del género humano, que no puede vivir fuera de la sociedad, y cuando la encuentra en conflicto con la naturaleza, tiene que sacrificar la naturaleza á la sociedad. Yo soy madre. Mi esposo es el loco que allí aulla; á él debo fidelidad y respeto, sólo á él, miéntras viva, aunque se encuentre sin razon y casi casi

sin alma. Tú eres un intruso, un ladron de mi voluntad, que, sin llamarte, has venido á robarme la felicidad de mi familia, el honor de mis hijos. Vuélvete, vuélvete por donde has venido, y déjame entregada á maldecir la hora en que te conocí y á rescatarme de mis culpas, clavándome todos los dias y todas las noches en carne viva el hierro candente de mis remordimientos.

—He venido de muy léjos, y he venido para llevarte conmigo, para tenerte á mi lado, para no separarme jamas de tí ni siquiera por la muerte: que me enterráran á tu lado, y la enormidad de nuestra culpa será lavada, redimida, por la inmensidad de nuestro amor. No te niegues á esta súplica del sér á quien amas, del sér que no ha conocido en la tierra más amor que tu amor. En vano esquivas los ojos á mi mirada, los oidos á mi palabra; tu pensamiento está fijo en mi pensamiento, y tu alma y mi alma han confluido en el mismo cauce, y juntas correrán hasta desembocar en la muerte.

—Pero yo soy señora y soberana de mí misma. Mi corazon podrá seguirte, pero no te seguirá jamas mi pié. Mi pensamiento podrá volar caprichoso á tu lado, pero no contrastará la inercia de mi cuerpo, que ha de quedar inmóvil aquí, junto al encierro de mi esposo, junto á la cuna de mi hijo. Sí, Antonio, te he amado con locura, te he amado como ya no se ama en la tierra, te he amado con delirio en el alma y delirio en los sentidos.....

—Me engañaba, falaz, me engañaba, gritó desde su aposento con voz siniestra el demente. Y despues lanzó sardónica y larga carcajada.

—Es verdad. Lo engañaba. Le mentia un amor que no estaba en mi voluntad. Le prodigaba unas caricias que no nacian de mi deseo. Le prodigaba los más dulces nombres cuando sólo sentia la más cruel indiferencia. Hija, el depósito de honra que me entregaron mis padres, lo he malbaratado en una noche. Madre, he sacrificado mi hijo á mis voluptuosidades. Esposa, he mentido y he engañado y perju-

rado á mi esposo. Mujer, el alma pura que Dios me dió para engarzarla, como una estrella, en los cielos, la he precipitado oscurecida y manchada como una escoria en los infiernos. Y tú vienes á pedirme que te siga en nombre de no sé qué derechos de la naturaleza, mi madrastra, y á fin de gustar no sé qué goces de los sentidos, eterno dolor mio y eterno remordimiento.

—Carolina: me hablas como en aquellos tiempos en que yo era tu esclavo y tú mi señora. Me hablas con imperio. Pues si tu voluntad está decidida á no seguirme, mi voluntad está decidida á separarte de este sitio. En el conflicto de estas dos voluntades triunfará la más fuerte. Y la más fuerte es la mia. Sígueme: que la mañana va á venir. Sígueme: que todavía nos protegen las sombras. Tréete tus hijos. Vámonos.

—En vano insistes: te he dicho que no, y no te seguiré. Déjame entregada á mi dolor.

—Me seguirás por fuerza, exclamó Antonio, asiéndola fuertemente por el brazo.

—No te empeñes en lo imposible. Estoy resuelta. Pluguiera á Dios que lo hubiera estado siempre. Si te empeñas, moriré, pero no te seguiré. Aquí guardo el legado último de mi esposo, aquí guardo un veneno que hizo para dármelo en las últimas horas de su verdadera vida, en la penumbra entre la razon y la demencia. Si persistes, el veneno que llevo siempre conmigo pasará del pomo al estómago, y en vez de llevarte la mujer que codicias, te llevarás un cadáver.

—Carolina, ten piedad de mí.

—Cruel, cruel, gritaba el loco, me engañabas.

—¡Piedad! ¿La tuviste de ese infeliz? ¿La has tenido de mí? ¿No manchaste por viles apetitos en una hora toda una eternidad? Huye de mí: que cuando pienso en el mal que me has hecho y en el bien que he perdido, quisiera aborrecerte, y ya que no puedo aborrecerte, puedo y quiero maldecirte.

—Carolina, Carolina, me matas y te matas.

—Pena mayor que la muerte nos ha de aguardar aún.

—Me engañabas, pérfida, me engañabas, continuaba gritando el loco.

—¿Eres de piedra, Antonio? No te azota en el corazon, en el hígado, en el cerebro, la funesta palabra de ese loco. Y quieres que te siga cuando yo la llevo resonante siempre en los oidos. Déjame aquí, en la viudez de mi alma, como cineraria estatua sobre roto sepulcro, pidiendo á Dios que prospere tus dias y que perdone mis culpas.

—Carolina, por piedad. Una caricia, un beso no más.

—¡Oh! Apártate. Una caricia me quitó mi pureza, como una palabra precipitó á Luzbel. Jamas. Mis labios quedarian de nuevo manchados, cuando los purifica ahora un poco el remordimiento. Huye, huye de mi presencia, porque podrás por fuerza sacarme de aquí, pero me sacarás muerta. Huye de mi presencia.

—No me iré sin llevarme algo que es mio,

algo que me recuerde eternamente mi amor; sin llevarme mi hija, la hija de mis entrañas.

—¿Qué has dicho?

—He dicho una resolucion tan inquebrantable como la tuya.

—Antonio, vuelve en tí.

—Carolina, no te oigo, como tú no me oyes á mí.

—Separarme de una hija.

—Aun te queda un hijo, á mí nada me queda.

—Hija mia, hija mia, exclamó Carolina lanzándose sobre la cuna de la niña. Mi delicia, mi consuelo, mi esperanza, mi amor, mi religion, mi vida, mi alma. Separarte de mí es como separar la flor de su tallo. Separarte de mí es perderte, es matarte. ¿Quién te miraria con los ojos de tu madre? ¿Quién te abrigaria en su regazo? ¿Qué alimento podrian darte tan dulce como la leche de mis pechos? Yo miro tus primeras sonrisas y me embeleso. Yo oigo tu lloro y me parece más grato que la más dulce melodía. Y me contemplo á mí misma, y me renue-

vo y me duplico en las niñas tranquilas de tus hermosos ojos. Ella no tiene de nada culpa. Hija del crímen, es pura como la luz de la mañana. Nuestra falta no le toca. En nuestro crímen sólo hay una cosa santa, y es la pura niña por la cual quiero salvar las últimas reliquias de mi honor en el naufragio de todas mis virtudes. La niña necesita de mí como del aire. Es parte integrante de mi sér. Más fácil sería arrancarme el corazon que arrancármela á ella, mi ángel custodio, mi Dios. No, no será. Yo defiendo la cuna de mi hija con la furia con que defiende el águila el nido de sus polluelos y la leona la madriguera de sus cachorros. Dios me la ha dado para que la alimente, la crie, la eduque, la dé un alma despues de haberle dado un cuerpo, la preserve de tropezar en el deshonor y de caer en el vicio. ¡Su padre, su padre! ¿Qué derecho tiene un padre sobre un hijo recien nacido? Miéntras sea tan débil, es mia, tan mia como cuando la llevaba encerrada en el seno de mis entrañas. Nadie hubiera podido entónces sepa-

rarla de mí sin quitarme la vida, nadie puede separarla ahora sin matarme. . . . . . .

—Carolina, tú no me has oido, tú no has considerado mi dolor y te quedas; yo tampoco te oigo á tí; yo me llevo á mi hija y me separo de tí para siempre.

Y Antonio cogió con furia la niña, la estrechó entre sus brazos, saltó por la ventana, y se perdió de vista.

Carolina dió un rugido espantoso. Cayó en el suelo desplomada y murmuró estas palabras:

«—Maldito seas. Maldita sea yo..... ¿Quién bendecirá á mis hijos? Casarse sin quererse; ¡error irreparable!»

Y quedó sin sentido, rígida como un cadáver, miéntras el eco repetia la risa del loco mezclada con estas fatídicas palabras:

—Me engañabas, pérfida, me engañabas. .

. . . .

La falta irreparable de un casamiento sin amor no cae solamente sobre los cónyuges; trasciende tambiem á los hijos. Y vamos á verlo

en la segunda parte de ésta narracion en que trazarémos la historia del corazon de Ricardo.

FIN.

ÍNDICE.

DE LOS

CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO SEGUNDO.

Capítulo	I.—	Conversaciones literarias. . . .	1
—	II.—	La fatalidad..	45
—	III.—	La oracion.	69
—	IV.—	Las reconvenciones.	81
—	V.—	La inocencia..	93
—	VI.—	La tempestad.	115
—	VII.—	¡ Implacable !.	127
—	VIII.—	La caida.	133
—	IX.—	Despedida y llegada.	141
—	IX bis.—	El mercado.	153
—	X.—	El matrimonio.	163
—	XI.—	Ideas religiosas.	171
—	XII.—	Lecciones de historia natural. . .	185
—	XIII.—	Memorias..	201
—	XIV.—	Una niña.	211
—	XV.—	Regocijo y dolor.	223
—	XVI.—	Maldiciones.	233
—	XVII.—	La locura..	241
—	XVIII.—	El Castigo.	249

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.